ROSIE PROMISE



CÓMO NO *enamorarte* DEL PADRE DE TU BEBÉ

COMPROMISOS IMPERFECTOS, 2

Índice

Cómo no enamorarte del padre de tu bebé
Sinopsis
Créditos legales
No te pierdas nada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Nota de la autora
Esto es para ti
Encuéntrame aquí

Cómo no enamorarte del padre de tu bebé

Compromisos imperfectos, 2

ROSIE PROMISE

Sinopsis

Cómo no enamorarte del padre de tu bebé

Una comedia romántica spicy sobre un embarazo sorpresa

Rachel siempre ha tenido tres normas básicas en su vida: no compromisos, no dramas y jamás depender de nadie.

En la fiesta de la boda de su mejor amiga conoce a Lucke, el amigo tranquilo del novio que no parece impresionado por su ironía ni su capacidad de convertir cualquier conversación en un espectáculo.

Rachel y Lucke se atraen, se pican, se provocan y… **Acaban en la cama**.

Pero no pasa nada, porque solo es una noche sin promesas, sin amor y sin intención de repetir.

El problema es que dos meses después, **Rachel descubre que está embarazada**, aunque lo que no esperaba es que Lucke no huyera al contárselo.

Pero **Lucke** no dramatiza, ni la presiona, ni le promete amor eterno, solo **quiere estar**…

Lo que empieza como un **acuerdo práctico entre dos adultos responsables** se convierte en **convivencia improvisada, tensión sexual**, ecografías con latido incluido y una química que ya no se queda solo en la cama.

Rachel siempre ha temido perderse dentro de una relación y Lucke nunca ha tenido que luchar por quedarse… Hasta ahora.

Entre sexo explosivo, discusiones alocadas, escenas domésticas tan absurdas como reales y un embarazo que no entraba en los planes de ninguno de los dos, ambos tendrán que descubrir si el amor puede elegirse… incluso cuando nunca se lo habían planteado.

Porque a veces **el error no es quedarse embarazada, sino enamorarse del padre de tu bebé.**

Cómo no enamorarte del padre de tu bebé es la segunda historia **autoconclusiva** de la **serie *Compromisos imperfectos*.**

¿Qué vas a encontrar en esta historia?

- Embarazo inesperado
- One night stand
- Él se queda
- Hombre tranquilo x mujer caótica
- Found family
- Romance contemporáneo adulto
- Spicy emocional
- Comedia romántica moderna

© Rosie Promise, 2026

Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

Sígueme en Amazon para no perderte ninguna de mis publicaciones.

Sígueme aquí.

Capítulo 1
Rachel

Llego tarde a la fiesta de Nora y Mason, como me pasa siempre con las cosas que se supone que deberían emocionarme. Subo los tres escalones de la entrada con la sonrisa que utilizo cuando quiero que el mundo crea que tengo todo bajo control, aunque por dentro vaya improvisando a cada paso.

La puerta está abierta. Dentro escucho risas y un murmullo constante de conversaciones cruzadas. Huele a alcohol y a comida y oigo un entusiasmo colectivo que me provoca una mezcla curiosa de cariño y urticaria. Me recoloco bien los zapatos de tacón apoyándome en la pared, porque con las prisas casi pierdo uno, y entro justo cuando alguien aplaude por algo que no he llegado a escuchar.

—Llegas tarde —me dice mi amiga Nora con una sonrisa en cuanto me ve.

—Llego cuando quiero —respondo mientras la abrazo—. Que es una forma elegante de decir que casi no vengo.

—Mentira.

—Bueno, ya sabes… una mentirijilla funcional —me río.

Nora se aparta un poco para mirarme de arriba abajo, lo justo para hacer un escaneo rápido y dedicarme un gesto que significa que estoy aprobada, pero sin necesidad de decir ni media palabra.

Llevo un vestido negro sencillo y con la espalda descubierta y el pelo suelto porque no he tenido tiempo de mucho más.

—Estás guapísima —dice Nora.

—Y tú estás casada —respondo guiñándole el ojo—. Empate técnico.

Se ríe soltando una carcajada y yo la imito. Lo que más me gusta de nuestra amistad es que no somos empalagosas entre nosotras, nunca lo ha habido. Entre nosotras hay afecto real del que

no necesita demostraciones teatrales, ni discursos sobre lo mucho que nos queremos y eso es lo mejor de todo.

—¿Estás bien? —me pregunta pasándome una copa de vino.

—Estoy feliz por vosotros —contesto con sinceridad—. Muchísimo. Solo que no quiero eso para mí.

—No tienes que quererlo, ¿eh?

—Menos mal —suspiro antes de que choquemos nuestras copas sin dejar de sonreír.

Mason aparece por detrás, me da un beso en la mejilla y un abrazo breve y firme, de esos que no intentan decir más de lo que son. Me cae bien por eso, porque no me analiza, ni me pregunta, ni me dice nada con doble sentido sobre el futuro.

—Has llegado —afirma mirándome ahora a los ojos.

—Contra todo pronóstico —bromeo.

—Me alegro —contesta sonriente.

—Yo también —respondo, y lo digo en serio.

Tras los saludos iniciales, me muevo por la fiesta mientras Nora vuelve a desaparecer entre los invitados, absorbida por la música y su propia felicidad. Cojo otra copa, esquivo a una pareja que discute sobre dónde dejar los abrigos, saludo a gente que conozco lo justo para no parecer borde y hago un comentario ingenioso aquí y allá, lo suficiente para que la sala se relaje y alguien diga que siempre soy igual. Ese es mi papel, el de la amiga brillante y divertida. Además, trabajo en algo creativo, flexible, suficientemente abstracto como para que nadie entienda del todo a qué me dedico y lo bastante real como para pagar el alquiler de mi apartamento de Brooklyn sin tener que pedir ni favores ni adelantos. No tengo horario fijo, ni jefe que me vigile, ni ganas de explicar mis decisiones. Me gusta vivir sin tener que pedir permiso.

—Tú no te casas nunca, ¿no? —me pregunta una chica de la que no recuerdo su nombre, con una sonrisa sincera y un vestido incómodamente ajustado.

—Nunca es una palabra demasiado contundente —respondo —. Pero, bueno… Digamos que eso de casarme no es una prioridad para mí.

—Pero crees en el amor, ¿no?

—Creo en muchas cosas —digo—. En el deseo, en la honestidad, en irse cuando toca y quedarse cuando se elige bien como ha hecho Nora.

La chica parpadea, supongo que no esperaba mi respuesta. Sinceramente yo tampoco esperaba soltar algo así, pero ya está fuera y no pienso recogerlo.

Sigo moviéndome entre los invitados, hablando, riéndome e improvisando pequeños discursos que no prometen nada a nadie. La música sube un poco más de volumen, alguien baila sin sentido del ridículo y yo me apoyo en la barra para recuperar aire justo cuando lo veo. No sé quién es, ni está haciendo nada para llamar la atención y, pese a eso, destaca sobre el resto. No por guapo en el sentido evidente, aunque lo es, sino por la manera de estar en la fiesta sin necesidad de llamar la atención. No gesticula, ni se ríe más alto de lo necesario, solo escucha. Tiene una copa en la mano y una calma que contrasta con todo lo demás que le rodea. Lo más sorprendente para mí es que su mirada y la mía coinciden en el mismo momento en el que yo levanto la vista. Coincidimos un segundo o dos, nada épico ni romántico, solo un cruce limpio y directo, pero que me incomoda. La verdad es que parece el tipo de hombre que no entra en juegos absurdos y eso me provoca una reacción inmediata y poco elegante, porque le convierte en un peligro potencial para mí.

Aparto la mirada primero, porque alguno de los dos tiene que hacerlo, y sigo mi camino como si no hubiera pasado nada. No pienso volver a mirarlo esta noche y menos en una fiesta como esta, que está llena de promesas ajenas.

El problema es que vuelvo a encontrármelo. Cuando me acerco a la barra, veo que está ahí, como si el universo tuviera un sentido del humor bastante peculiar... Sin embargo, lejos de echarme atrás, me pongo a su lado con naturalidad y pido otra copa.

—¿Amigo del novio? —pregunto, porque sé que es una pregunta segura y que no va a dar pie a mucho más.

—Sí.

—Eso explica la cara de superviviente…

Sonríe un poco haciendo una mueca breve que no busca mi aprobación.

—¿Amiga de la novia?

—Demasiado —respondo—. Rachel.

—Yo, Lucke.

Nombre corto y pronunciado con sonido firme. No añade nada más.

—¿Te lo estás pasando bien, Lucke? —pregunto, inclinándome un poco hacia él.

—Sí.

No me devuelve la pregunta por educación y se limita a observarme con atención, algo que me descoloca más que si soltara cualquier comentario ingenioso.

—Eres de pocas palabras —observo.

—Las suficientes.

Me río, porque es lo que hago cuando algo no sale como espero, y doy un sorbo a la copa y noto cómo el alcohol baja despacio por mi garganta.

—Eso suele ser mentira.

Decido subir un poco el nivel solo para comprobar qué pasa.

—En mi caso no.

Lo dice sin arrogancia y se limita a sostenerme la mirada mientras yo intento decidir si me apetece seguir jugando con él o retirarme con elegancia.

—Eso suena a amenaza —respondo finalmente.

—No lo es.

—¿Una promesa entonces?

—Tampoco —niega con la cabeza, aunque tiene una forma de contestar, que no explica más de lo necesario. Tampoco me lanza el balón de vuelta para que siga hablando si no quiero y eso me obliga a elegir. Y no suelo elegir quedarme callada.

Apoyo el codo en la barra y me giro ligeramente hacia él, lo justo para invadir su espacio sin tocarlo.

—¿Entonces qué eres exactamente en esta fiesta? —pregunto —. ¿El amigo sensato que se limita a observar el caos que le rodea o el que está esperando que alguien le salve del aburrimiento?

—No necesito que me salven —me responde de forma directa y sin doble intención.

—Vaya —digo—. Me estás dejando sin opciones.

—No sabía que tenías un guion.

—Siempre lo tengo.

—Se nota.

Hay algo en el modo en que lo dice que no me suena a crítica, sino más bien a constatación. Eso me obliga a mirarlo con más atención y me fijo en que Lucke es alto, tiene la espalda ancha bajo la camisa clara que lleva y unas manos grandes con las que sostiene la copa sin gesticular. No se mueve demasiado y su calma me provoca un impulso infantil de sacudirlo para ver si reacciona.

—¿Siempre eres así? —pregunto.

—¿Así cómo? —quiere saber arrugando el entrecejo.

—Tranquilo.

—Casi siempre —asiente.

—Qué agotador.

—Para ti, quizá —me contesta y su respuesta me arranca una sonrisa sincera.

Me bebo la mitad de la copa de un trago más largo de lo prudente y noto el calor subir despacio desde mi estómago. Justo en ese momento, la música cambia a algo más rítmico, alguien choca conmigo por la espalda y su mano se adelanta un poco para que no pierda el equilibrio sujetándome con firmeza a la altura de la cadera. No retira la mano con brusquedad, solo lo hace cuando ya estoy equilibrada, como si ese contacto hubiera sido una decisión técnica y no algo que me ha recorrido la piel de arriba abajo.

—Gracias —digo.

—De nada.

La conversación podría terminar ahí. De hecho, sería lo sensato y yo volvería a moverme por la sala, él seguiría apoyado en la barra y esta noche sería una anécdota sin consecuencias. El problema es que me quedo.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Mason? —le pregunto.

—Años.

—Eso no es una unidad de medida útil.

—Los suficientes para saber que no hace nada por impulso.

—Eso me preocupa, porque Nora sí que lo hace…—respondo torciendo el gesto.

—Entonces, se equilibran.

Lo dice sin ironía, como si hablar de equilibrio en la pareja fuera algo natural para él. Apoyo la barbilla en mi mano y lo observo con un poco más de descaro.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿También te equilibras con alguien o practicas el minimalismo?

—No practico nada.

—Vaya. Eres un misterio.

—No —suelta con naturalidad sin sonreír y sin hacerse el interesante. Simplemente me ha respondido con una seguridad que me incomoda, porque no me ofrece grietas por donde colarme.

—Te voy a hacer una pregunta peligrosa —insisto, acercándome un poco más, lo suficiente para que nuestras rodillas casi se rocen.

—Hazla.

—¿Crees en todo esto?

Miro alrededor para que entienda a qué me refiero.

—Sí —responde asintiendo y sin tener la necesidad de justificarse, ni de argumentar.

—¿Así, sin más?

—Sí.

—Qué radical.

—No lo es.

—Para mí un poco sí.

Me observa con más atención ahora, como si estuviera decidiendo algo que no alcanzo a descifrar. Noto el alcohol suavizarme el sarcasmo y, por primera vez en toda la noche, el impulso de no bromear.

—No estoy hecha para eso —digo, señalando el centro de la fiesta donde Nora se ríe con alguien.

—¿Para qué?

—Para quedarme —le respondo sin dramatizar, ni convertirlo en una confesión solemne. Simplemente lo suelto igual que lo hago

con cualquier otra frase incómoda, aunque él no se apresura a corregirme ni a hacer una interpretación alternativa.

—Puede que no tengas que hacerlo como ellos —dice al fin y eso sí que me descoloca.

—¿Cómo entonces?

—A tu manera.

—Eso suena peligrosamente razonable —me río.

—Lo es.

Nos quedamos mirándonos y esta vez no aparto la vista primero. Mientras nos miramos, siento el deseo aparecer sin previo aviso. Me fijo en su boca, en la línea de la mandíbula y en cómo su pecho sube y baja despacio bajo la camisa. Me doy cuenta de que estoy imaginando cosas que no deberían aparecer dentro de mi cabeza en la boda de mi mejor amiga.

—Estás pensando demasiado —dice.

—Siempre.

—No, ahora.

Su respuesta me descoloca, porque me sorprende lo bien que me ha calado.

—¿Y qué estoy haciendo ahora? —pregunto.

—Mirando.

Trago saliva y veo que no sonríe, ni presume de haber acertado. Solo mantiene la mirada, firme y tranquila, como si no tuviera prisa por ver qué hago. Finalmente, decido ser valiente de una manera poco estratégica.

—Si te beso, ¿te vas a convertir en uno de esos hombres que creen que eso significa algo más?

—No.

—¿Tan seguro estás?

—Sí.

—¿Y si significa algo para mí?

—Entonces lo sabrás.

Su respuesta se me clava en el estómago. No me promete nada y eso me resulta tan atractivo como irritante. Me acerco un paso a él y nuestros cuerpos están tan cerca ahora, que noto el

calor que desprende y su respiración regular, mientras la mía empieza a alterarse.

—No suelo sentir esto tan rápido —murmuro, más para mí que para él.

—No tienes que explicarlo.

Me apoya la mano en la cintura otra vez, pero ahora con calma y decisión. Yo me pongo de puntillas, le cojo del cuello de la camisa y lo beso. Su boca responde sin prisa, firme, profunda, y durante unos segundos el ruido de la fiesta desaparece bajo el latido acelerado de mi corazón, que me sube por el pecho. Lucke me devuelve el beso con una intensidad contenida, que me hace apretar más los dedos en su camisa. Un instante después, se separa lo justo para mirarme.

—Rachel.

—Esto no entraba en mis planes —digo, con la respiración aún alterada.

—Lo imagino.

—No quiero complicaciones.

—No te las estoy ofreciendo.

Lo dice mientras su pulgar traza un recorrido lento sobre mi cadera que me obliga a cerrar los ojos un segundo. Mi cuerpo responde antes de que mi cabeza organice una réplica ingeniosa.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Quedándome.

Lo vuelvo a besar, pero ahora de forma más lenta y consciente de la presión de su mano en mi cadera y del calor que aparece bajo mi piel. Noto cómo el deseo me recorre el cuerpo, aunque no hay romanticismo en esto, sino atracción limpia, física, e inevitable.

—Esto es una mala idea —digo separándome de él antes de que la escena se nos vaya de las manos.

—Puede.

—No soy de quedarme. Ni de que se queden.

—No tienes que decidir nada esta noche.

Lo miro, intentando detectar el truco, pero no veo ni rastro de estrategia en su gesto. Solo una calma que me invita a bajar la

guardia y eso me asusta más que cualquier presión.

Justo en ese instante, alguien nos interrumpe pidiendo paso y el momento se rompe lo suficiente para que recupere el control, al menos, de forma aparente. Así que cojo mi copa, ya casi vacía, y le doy un último sorbo.

—Mañana me arrepentiré de esto —admito.

—Mañana será mañana.

Sonríe con una media sonrisa y me observa como si no estuviera intentando retenerme y la decisión ya solo dependiera de mí. Yo le sostengo la mirada un instante con la certeza de que esto no entraba en mis planes. Ahora ya no estoy segura de querer seguir ningún plan.

Capítulo 2
Lucke

Rachel se separa de mi boca, toma aire y, durante un instante, parece más pendiente de que su respiración vuelva a obedecerle que de mí. A nuestro alrededor la fiesta sigue rodando, ajena y ruidosa: alguien choca dos copas, la música sube un poco más de volumen, Nora suelta una carcajada que se oye desde lejos y Mason provoca otra ronda de risas.

—Esto no entraba en mis planes —suelta Rachel mirándome, y su frase tiene el tono suave de quien está acostumbrada a tenerlos.

—Lo imagino.

No me sale bromear, sino decir la verdad. Ella ladea la cabeza, esperando el truco que imagina que tengo guardado en la manga, aunque no dispongo de ninguno. Hay gente que responde a un beso con preguntas y promesas. Rachel, en cambio, se limita a recuperar el control sin que se note demasiado que lo ha perdido.

—No quiero complicaciones —añade.

—No te las estoy ofreciendo.

No digo nada más. No le pongo un significado ni se lo quito y me quedo donde estoy.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —pregunta y se acerca lo justo a mí para que su perfume vuelva a invadirme.

—Me estoy quedando.

Esas tres palabras le caen encima y parece que le molestan o, tal vez, le gustan demasiado. Parpadea una vez y, antes de que su cerebro formule otra frase brillante, su cuerpo se adelanta y me besa otra vez. Esta vez no hay sorpresa sino intención.

Una mano aprieta la tela de mi camisa y tira de mí con la misma naturalidad con la que ella se abre paso: sin pedir permiso, ni disculparse, ni convertirlo en un espectáculo. Su boca encaja con la mía con una seguridad que me descoloca, porque no se parece a

nada que yo hubiera pensado de una mujer que hace chistes sobre las promesas eternas. Un instante después, cuando se separa de mí, su respiración está un poco alterada, al igual que la mía, aunque me empeñe en mantenerla regular.

—Esto es una mala idea —murmura.

—Puede —asiento y veo que se ríe bajito.

—No soy de cosas serias...

—No tienes que decidir nada esta noche.

—Ya, pero mañana me arrepentiré de esto —dice, apurando la copa.

—Bueno, mañana será mañana.

Me sostiene la mirada durante un momento y después se gira con la elegancia caótica que tiene mezclándose de nuevo entre el resto de los invitados.

Cuando Rachel se va, no hago el gesto instintivo de seguirla, aunque mi mirada no puede evitarlo. Me apoyo en la barra y pido un vaso de agua, más por tener algo frío en la mano que por sed. Doy un trago y, por suerte, el agua me devuelve un poco de control, aunque el calor que me ha dejado en la boca no tiene prisa por irse.

—Eh —dice Mason, que aparece de repente a mi lado—. ¿Todo bien?

—Sí.

—Te he visto con Rachel.

—Nos hemos cruzado —le cuento restándole importancia.

Mason me mira un segundo, calibrando lo que me va a decir.

—Esa mujer es un huracán —comenta, divertido—. Nora la adora.

—Se nota.

—Pero no suele dejarse impresionar.

—No intento impresionarla.

Asiente, satisfecho, y se aleja hacia un grupo de amigos que le llaman la atención desde el otro lado de la pista. Me quedo con la última frase que acabo de decir en la cabeza y pienso que, aunque no intento impresionarla, sí me importa que sepa descifrarme bien.

La busco entre la gente y la encuentro cerca de la cocina, riéndose con un grupo de amigos y moviéndose de conversación en

conversación con habilidad. Pero en un momento la pierdo de vista. Me giro hacia la puerta, no para correr detrás, sino para confirmar si ha salido, aunque no la veo.

Esta mujer me ha descolocado, porque hace todo como habla: directa, rápida, con un sentido del humor muy personal y la prudencia de quien actúa y luego intenta negar que lo ha hecho. Yo, en cambio, no he hecho lo de siempre: salir corriendo.

Vuelvo a la barra cuando Rachel reaparece con la copa medio llena y el brillo en los ojos de quien ha sobrevivido a la fiesta sin dejar que la fiesta la atrape de todo. Se mueve por la fiesta como si fuera un tablero, a pesar de que no tiene intención de ocupar ninguna casilla por mucho tiempo. Cuando atraviesa la pista, se detiene junto a un grupo, suelta una frase sin alzar la voz, ni gesticular demasiado, aunque consigue que dos personas se doblen de risa y sigue. Mientras, yo sigo apoyado en la barra observándola. Pensar que su cuerpo es lo que más me atrae sería lo más sencillo, pero no es lo único que me engancha. Me fijo en los detalles pequeños: cómo hace girar la copa entre los dedos, cómo cambia el peso de una pierna a la otra y cómo responde tan rápido que nadie tiene tiempo de ponerse solemne. Rachel habla, bromea, se mueve y da la sensación de que estar demasiado tiempo en el mismo sitio no entra en sus planes. Nora la intercepta cerca de la mesa del comedor y se abrazan con naturalidad y sin ceremonias. Nora se inclina hacia ella, le dice algo al oído y Rachel levanta las manos en señal de rendición y sonríe, aunque su expresión no parece la de alguien que se rinde de verdad.

De repente, Mason aparece con dos copas más y le pasa una. Rachel la acepta, hacen un brindis entre ellos y suelta algo que hace que Mason niegue con la cabeza mientras se ríe. Antes de que la escena se alargue demasiado, ella se gira hacia otra conversación. Al ver lo que hace, tengo la sensación de que Rachel siempre está preparada para irse y creo que eso es exactamente lo que me engancha de ella. No porque me apetezca perseguirla, porque eso es algo que yo no hago. Lo que me intriga de verdad es que no intenta gustar y aun así gusta.

Rachel vuelve a mirar hacia la barra hasta encontrarme. Después, alza su copa en un saludo breve y se acerca hasta mí.

—Sigues aquí —dice.

—Sí.

Apoya el codo en la barra, deja la copa delante de ella y sus ojos me recorren de pies a cabeza.

—Eso empieza a resultar sospechoso.

—No especialmente.

—Después de un beso en una fiesta pasan dos cosas: o alguien se pone intenso o raro.

—¿Y yo? —quiere saber con curiosidad.

—Tú sigues aquí.

—Sí.

Frunce la nariz, porque supongo que mi respuesta le ha desordenado su particular manual de instrucciones.

—Eso no ayuda.

—No lo pretendía.

—Empiezo a pensar que lo haces a propósito.

—¿El qué?

—No reaccionar como espero.

—Porque no tengo ni idea de cómo esperas que reaccione.

Tamborilea con los dedos sobre la barra.

—Normalmente tengo bastante claro lo que significa un beso.

—¿Ahora también?

—No, ahora estoy decidiendo si me estás tomando el pelo o si eres así de verdad.

—Soy así, lo prometo —afirmo levantando mi mano derecha.

—Eso no es una explicación.

—No, no lo es.

La ironía se le queda sin gasolina un segundo y justo en ese momento, alguien intenta pasar entre nosotros para coger hielo. Rachel se aparta medio paso y al regresar al mismo lugar donde estaba, su hombro roza el mío, aunque ella lo ignora sin pestañear.

—Te voy a decir algo —empieza.

—Adelante.

—Esto no significa nada.

—No he dicho que lo signifique —respondo alzando una ceja.

—Pues… la mayoría lo diría.

—Puede ser, pero yo no soy la mayoría.

Rachel ladea la cabeza.

—Eso suena peligrosamente cómodo.

—No, solamente tranquilo.

—Peor todavía.

Lanza una carcajada breve y me observa, calculando si mi calma es real o una técnica de despiste.

—No soy de repetir errores —me suelta como quien no quiere la cosa.

—Entonces será mejor hacerlo bien.

—Eso parece un desafío —responde con una media sonrisa.

—Pues te aseguro que no lo es.

—¿Entonces qué es?

—Solo una sugerencia.

Inclina el cuerpo hacia mí, lo justo para que me sienta invadido, pero sin llegar a tocarme.

—No eres fácil de clasificar.

—No lo intento.

—Normalmente calo rápido a la gente —suelta achicando los ojos.

—¿Y ahora también?

—Todavía no estoy segura.

El DJ sube el volumen de la música y alguien empieza a bailar sin vergüenza y esa ausencia de vergüenza contagia risas. Mientras observa, Rachel da un sorbo a su copa.

—Esto sigue siendo una mala idea.

—Puede —le respondo encogiéndome de hombros.

—Pero sigues aquí.

—Sí —asiento también con la cabeza.

Gira su copa entre los dedos.

—¿Por qué?

Podría darle respuestas bonitas, pero sé que no le serviría.

—Porque quiero ver qué pasa.

Me mira con una sonrisa pequeña y casi insolente.

—Puede que no te guste el resultado.

—Tal vez...

—No suelo ser fácil.

—No me preocupa —le respondo encogiéndome de hombros.

Busca algo en mi cara que le dé una señal de por dónde seguir, pero no la encuentra. Agarra su copa de nuevo y al hacerlo, me roza con su mano en la mía.

—Esto podría salir mal —suelta.

—También podría no hacerlo.

—No me conoces.

—Todavía no.

—Eso suena optimista.

—No lo es.

Suelta una risa suave y honesta.

—Eres raro —afirma antes de dar otro trago.

—Puede.

—Porque la mayoría estaría intentando impresionarme.

—No lo necesito —le digo con seguridad.

Rachel me mira y se aparta de la barra con un movimiento lento.

—Voy a seguir moviéndome antes de que esta conversación empiece a parecer demasiado seria.

—Buena idea —afirmo asintiendo con la cabeza.

Da un paso atrás.

—Te aviso de una cosa —vuelve a decirme acercándose un poco a mí.

—Dime —respondo mirándole a los ojos.

—No suelo quedarme.

—Lo sé.

—Y tampoco suelo volver.

—Entonces será interesante ver qué haces esta noche —contesto mirándole fijamente a los ojos y observo cómo ella me sonríe de forma sugerente.

—Eso depende de ti.

Se gira y se mezcla entre la gente. Yo no la sigo, porque me quedo donde estoy, con la copa en la mano, observándola cruzar el salón.

Podría acabar aquí, dejar que esto se convierta en una anécdota con alcohol, podría ir a buscar a Mason y fingir que he venido solo a brindar por el amor de él y de Nora. Lo fácil sería retirarme ahora, justo cuando este interés todavía parece manejable, pero no lo hago. Me quedo porque, por una vez, me apetece descubrir si su manera de huir es solo costumbre o también una manera de defenderse.

La veo reírse otra vez con Nora, inclinarse hacia su oído y decirle algo que provoca otra carcajada, que parece ser el sonido oficial de la noche. Rachel alza la copa, se gira, me encuentra al otro lado de la habitación y, durante un segundo breve, su expresión se ablanda de forma casi imperceptible, antes de volverse irónica de nuevo. Es un gesto pequeño, pero me basta para entender que no soy el único al que esto le ha removido.

No voy a perseguirla, pero tampoco voy a irme antes de tiempo solo para demostrar que soy inmune, porque no lo soy.

Cuando llegué, solo venía a celebrar el matrimonio de dos amigos. Ahora estoy mirando a una mujer que no se queda en ningún sitio y pensando, con una claridad inesperada, que quizá lo único que quiero esta noche es ver hasta dónde llega.

Me bebo el último trago de mi copa y acepto que por una vez no me importa. Aun así, la noche todavía no ha acabado, porque Rachel acaba de conseguir que siga aquí.

Capítulo 3
Rachel

La fiesta continúa girando a mi alrededor cuando vuelvo a encontrarme con Lucke en la barra. La música está un poco más alta y buena parte de los invitados se ha puesto a bailar sin ninguna vergüenza en mitad del salón. Nora sigue intentando convencer a Mason de que deje de repartir chupitos a gente que claramente no los necesita. Supongo que hemos llegado a ese punto de la noche en el que todo empieza a volverse más ruidoso y sincero.

Lucke sigue donde lo dejé y eso es raro.

—Sigues aquí —le digo acercándome hasta él.

—Sí.

No añade nada más, algo que me desconcierta lo suficiente como para quedarme junto a él más de lo que preveía.

—Empiezo a pensar que no sabes cuándo marcharte —añado.

—Puede ser —responde alzando una ceja.

—Eso no sé si es muy tranquilizador.

—Bueno, tampoco es tan terrible.

Me apoyo en la barra junto a él y dejo la copa delante de nosotros. Lo observo un momento con descaro, porque tengo la sensación de que él está haciendo exactamente lo mismo y ninguno de los dos nos molestamos en disimularlo.

—Esta noche está siendo rara —comento.

—Sí, eso parece.

—Te lo aseguro, porque no suelo ir por ahí besando a desconocidos en bodas —acepto.

—Bueno… No soy exactamente un desconocido.

—Nos conocemos desde hace… —miro hacia el salón como si la respuesta estuviera escrita en algún sitio— ¿diez minutos?

—Creo que son más bien… doce.

—Eso no mejora nada.

Lucke se encoge de hombros con calma.

—Ha funcionado.

—No he dicho que funcione.

—Tampoco has dicho lo contrario —me responde con tranquilidad y su gesto me hace reír, aunque intento disimularlo llevándome la copa a los labios—. No me gustan las situaciones que empiezan así —le advierto.

—¿Cómo?

—Sin pensar demasiado.

—Pues llegamos tarde.

Le sostengo la mirada unos segundos y después dejo escapar el aire por la nariz.

—Vale.

—Vale —me copia.

—Esto está siendo peligrosamente fácil —admito.

—Puede que lo estés complicando tú sola.

—Eso es porque alguien tiene que hacerlo y supongo que me ha tocado a mí… —le respondo arqueando una ceja.

La música cambia a otra canción más lenta y varias parejas empiezan a bailar abrazados en la pista. Mientras, Lucke me observa.

—¿Te vas? —quiere saber.

—Estoy decidiéndolo aún.

—¿Necesitas mucho tiempo?

—No.

—Entonces decide.

Lo miro y veo algo en su manera de hablar que no intenta convencerme ni hacerme sentir especial. Solo está ahí y eso debería hacer que me marche, pero, en lugar de eso, dejo la copa en la barra.

—Vámonos —le digo con determinación.

Lucke arquea una ceja.

—¿Así de rápido?

—Antes de que me lo piense…

—Buena estrategia —me responde con una sonrisa seductora.

—No lo arruines diciendo nada.

Lucke deja el vaso en la barra y coge su chaqueta del respaldo de la silla. Nadie parece darse cuenta cuando cruzamos el salón hacia la puerta o quizá sí, aunque ninguno de ellos comenta nada. Al salir de la fiesta, noto que el aire de la calle es frío, lo que me despeja un poco la cabeza. Cuando se cierra la puerta, la música queda atrás y durante un segundo el silencio exterior me resulta casi extraño.

Camino unos pasos por la acera y veo que Lucke se coloca a mi lado.

—¿En tu casa o en la mía? —pregunta con naturalidad.

—La tuya.

—¡Qué rápida!

—No te emociones. Es solo logística.

—Lo imaginaba.

Nos miramos un momento de reojo.

—No quiero complicaciones —le digo.

—No te las estoy ofreciendo.

—Ni expectativas —añado.

—Perfecto —asiente.

—Ni conversaciones incómodas mañana.

—Eso también me parece bien.

Asiento, satisfecha.

—Entonces estamos de acuerdo.

Lucke señala la esquina de la calle.

—Mi coche está allí.

—Claro que lo está.

—¿Eso te molesta?

—Un poco.

—Si quieres, puedo fingir que he venido andando.

—No hace falta, llevo unos tacones demasiado altos.

Un instante después, nos subimos a su coche sin más ceremonias y el motor arranca con un ruido suave. Desde mi asiento, observo cómo la ciudad pasa por la ventanilla en silencio mientras avanzamos por calles medio vacías a estas horas. No hablamos durante unos minutos, aunque no me resulta incómodo, sino fácil.

Cuando el coche se detiene frente a un edificio de ladrillo oscuro en una calle tranquila, me doy cuenta de que no he cambiado de idea y eso también es raro para mí.

—Es aquí —me dice apagando el motor.

—Lo había deducido…

Salimos del coche y cruzamos la entrada del edificio. El portal huele a ambientador de flores y el suelo está tan pulido que parece un espejo. Subimos al ascensor sin hablar demasiado hasta que las puertas metálicas se abren en un pasillo corto que termina frente a una puerta gris. Lucke sale el primero y escucho el tintineo de las llaves en su mano. Al instante, abre la puerta y se aparta para dejarme pasar antes que él. El apartamento es amplio y no tiene una decoración demasiado recargada, es sobrio y resulta evidente que aquí vive un hombre. La cocina está abierta al salón, donde hay un sofá grande frente a una ventana enorme y una estantería llena de libros que no da la sensación de que los han colocado para decorar.

—No parece el piso de alguien que trae gente a casa después de las fiestas —comento mientras me adentro poco a poco en la estancia.

—No es algo que suela hacer.

—Eso sí que es preocupante.

Lucke deja las llaves en la mesa y se gira hacia mí.

—¿Quieres beber algo? —me pregunta.

—Agua, por favor.

—Buena elección.

Mientras llena un vaso en la cocina me quito la chaqueta y la dejo sobre el respaldo de una silla.

—Voy a decir esto una vez —digo cuando vuelve.

—Adelante.

—Esto no significa nada —sentencio cogiendo el vaso que me da.

—De acuerdo.

—Ni tampoco es el principio de nada —añado antes de beber un sorbo de agua.

—Perfecto.

—Ni el final —concluyo.

Lucke me mira con calma.

—Rachel.

—¿Qué?

—No necesitas convencerme de nada —me aclara.

Eso me hace reír.

—Bien.

—Bien —me copia.

Dejo el vaso en la mesa sin terminarlo y me acerco a él.

—Esto tampoco significa que vaya a quedarme.

—No lo esperaba.

—Me alegra que tengamos claras las reglas.

Lucke apoya una mano en la mesa que está detrás de él.

—No sabía que había reglas.

—Me las estoy inventando sobre la marcha.

—Entonces parecen razonables.

Lo observo un momento.

—Eres peligrosamente fácil de llevar.

—Eso depende de quién lo intente.

—Veremos.

Me acerco un paso más y él permanece donde está sin dejar de mirarme.

—¿Siempre haces esto tan despacio? —pregunto.

—No.

—¿Entonces?

—Estoy esperando a que te decidas.

—Ya me he decidido.

—Eso me parece...

Lo beso antes de que termine la frase y su boca responde con la misma seguridad con la que me ha mirado durante toda la noche. Me pasa una mano por la espalda y me acerca más a él. El beso se vuelve más lento y profundo, aunque nos reímos un instante, cuando chocamos con la esquina de la mesa.

—Esto está siendo poco elegante —murmuro.

—Suerte que no está mirando nadie.

—Eso ayuda.

Me separo lo justo para quitarme los tacones y los dejo caer junto a la pared.

—Mucho mejor —le cuento aliviada.

Lucke se apoya en la mesa mientras vuelvo a acercarme y nuestras manos encuentran sitios donde quedarse. Poco a poco, la noche se vuelve más silenciosa en el apartamento mientras dejamos de prestar atención a todo lo demás.

Entre él y yo no hay promesas ni preguntas, solo química. Nos besamos con ansia. Nuestras manos van más rápido que la cabeza y, al instante, mi vestido desaparece entre risas y después hago lo mismo con su ropa. Lucke tira de mí para acercarme a él y su boca encuentra mi cuello con una decisión que me arranca un suspiro.

—Esto se nos está yendo de las manos —murmuro.

—Hace rato —me responde, aunque no parece preocupado.

Recorre mi espalda con sus manos, mientras vuelvo a besarlo. Nuestra manera de tocarnos y besarnos no es delicada, porque entre él y yo hay ansia, curiosidad y la electricidad propia de cuando dos personas dejan de fingir que controlan la situación.

La mesa del salón queda detrás de mí antes de que me dé cuenta. Lucke me levanta con una facilidad que me hace reír contra su boca y me siento en el borde de la mesa.

—No te acostumbres —le advierto.

—Ni se me ocurriría.

Al instante, sus labios vuelven a los míos y el mundo se reduce a la distancia mínima que ahora hay entre nosotros. El apartamento está en silencio, pero dentro de ese silencio todo se acelera. Me apoyo con las manos en sus hombros cuando me acerca más él y durante un instante ninguno habla, porque no hace falta. Su respiración se mezcla con la mía mientras la noche sigue avanzando al otro lado de las ventanas. La sensación es intensa, casi vertiginosa, y durante unos segundos me olvido de todas las reglas que había decidido imponer antes de venir aquí.

—Rachel —murmura cerca de mi oído.

—No empieces a decir cosas raras —le advierto.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

Nos miramos un momento y veo que su sonrisa es leve, casi divertida, como si esta situación le resultara tan absurda como a mí.

—Esto sigue siendo una mala idea —afirmo.

—Probablemente.

—Perfecto.

La tensión entre nosotros se convierte en una especie de juego sin instrucciones. Él entra en mí de una certera embestida y mi cuerpo se abre para recibirlo y rodearlo con mi humedad. Lucke es grande, también dentro de mí, y eso me enloquece mientras él me penetra cada vez más rápido. Me toma con una mano por la espalda, mientras con la otra se apoya en la mesa. Le rodeo la cintura con mis piernas y me agarro a sus hombros anchos y fuertes hasta que el placer me invade. Cuando el orgasmo me arrolla, le clavo las uñas en la espalda. Él no deja de observarme mientras el placer me invade y me dedica una media sonrisa mientras trato de recuperar el resuello, aunque lejos de darme tregua aumenta la velocidad de sus acometidas. Justo en ese momento, me agarra por las nalgas con ambas manos y me alza de la mesa. Camina hasta el ventanal del salón y me apoya contra el cristal y me vuelve a besar. En esta posición mi cuerpo se abre más para él y entra hasta lo más profundo de mí. Sus embestidas siguen siendo fuertes y decididas. Bajo los dedos hasta mi centro de placer y me acaricio con ansia, por lo que poco después un orgasmo arrollador me vuelve a invadir, que unido a sus acometidas, me hacen enloquecer de puro éxtasis. Lucke al verme así, se deja llevar y acaba explotando dentro de mí sin dejar de mirarme a los ojos.

Más tarde, cuando el apartamento vuelve a quedarse tranquilo y nos hemos sentado en el sofá, me quedo unos minutos tumbada mirando el techo. Lucke está sentado en el borde del sofá, todavía recuperando el aliento.

—Esto sigue siendo una mala idea —digo.

—Probablemente.

—Pero ha sido una buena mala idea.

—Estoy de acuerdo —afirma con una media sonrisa y nuestras miradas se encuentran un momento.

Justo después, me incorporo y empiezo a buscar mi ropa por el suelo.

—¿Te vas ya? —pregunta con un gesto de sorpresa, que trata de disimular, pero no lo consigue.

—Sí.

—Es tarde.

—Precisamente por eso.

—Puedo acercarte.

—No, no hace falta.

Me pongo el vestido y recojo mi chaqueta de la silla. Lucke no intenta detenerme y eso me gusta.

—Ha sido divertido —le digo.

—Sí.

—No lo compliquemos.

—No, no pensaba hacerlo.

—Perfecto —. Asiento, satisfecha.

Al salir del apartamento de Lucke, la calle está casi vacía y el aire frío termina de despejarme la cabeza. Camino unos metros antes de sacar el móvil. Cuando lo hago, la pantalla se ilumina en mitad de la noche silenciosa y pido un taxi. Mientras espero, me doy cuenta de algo que no había previsto: no me arrepiento y eso sí que es peligroso.

El coche llega unos minutos después y me acomodo en el asiento trasero.

—¿Dirección? —pregunta el conductor.

Se la doy y el coche arranca. A través de la ventanilla el edificio de Lucke se aleja lentamente hasta desaparecer en la siguiente esquina. Mientras observo la ciudad, me digo que lo que ha pasado entre él y yo se queda aquí. Eso es lo lógico y lo fácil. Aun así, mientras la ciudad pasa al otro lado de la ventanilla, no puedo evitar pensar que esta noche acaba de empezar algo que ninguno de los dos tenía previsto.

Capítulo 4
Lucke

Me despierto antes de que suene el despertador, algo que no suele ocurrirme, porque normalmente mi cuerpo negocia con el sueño hasta el último minuto posible. Durante unos segundos me quedo quieto, con los ojos todavía cerrados y tratando de entender por qué mi cabeza ha decidido activarse antes de tiempo, pero entonces lo sé: el otro lado de la cama está vacío, porque Rachel no está.

Abro los ojos con calma y me quedo mirando el techo mientras esa información se asienta en mi cabeza con la misma naturalidad con la que uno acepta que fuera está amaneciendo. No esperaba despertarme y verla a mi lado, porque anoche vi con mis propios ojos cómo se marchó. Además, antes de que pasara nada entre nosotros, ya me dijo «No soy de quedarme». Sin embargo, ahora mi cama me acaba de confirmar que lo decía en serio.

Me incorporo despacio y apoyo la espalda en el cabecero, mientras observo el espacio vacío a mi lado. No hay nada de ella, solo el recuerdo bastante reciente de su risa en mi memoria. Lo curioso es que todo esto me parece perfectamente lógico, pero también ligeramente molesto al mismo tiempo.

Me paso una mano por la cara antes de levantarme y resoplo. Al poner los pies en el suelo, noto que está frío. Cuando camino hacia el salón, el apartamento conserva el silencio propio de las primeras horas de la mañana, cuando la ciudad todavía está desperezándose al otro lado de las ventanas. Aun así, la escena de anoche sigue prácticamente intacta en mi cabeza y también frente a mis ojos. El vaso de agua está en la mesa del salón, mis zapatos siguen donde los dejé junto al sofá y la silla donde Rachel dejó la chaqueta vuelve a estar vacía.

Nada parece fuera de lugar y, sin embargo, el apartamento tiene un aire ligeramente distinto, como si alguien lo hubiera cambiado lo suficiente como para alterar el equilibrio.

Recojo el vaso de agua y lo llevo a la cocina mientras intento reconstruir la última parte de la noche. Rachel sentada en el borde de la mesa y mirándome de forma desafiante, pero también divertida, algo que parecía formar parte de su forma natural de comportarse.

Abro la cafetera y echo café molido sin pensar demasiado en la cantidad. Poco después, el sonido del agua, que empieza a calentarse, rompe el silencio del apartamento y ese detalle tan cotidiano me devuelve un poco a la rutina.

Lo que pasó hace unas horas solo ha sido una noche de sexo con una mujer que se marcha antes de que salga el sol. Nada extraordinario. Sin embargo, lo curioso es que mi cabeza sigue repasando los detalles de lo que vivimos: Rachel quitándose los tacones junto al sofá o apoyándose en la mesa del salón con el vaso de agua entre las manos o cuando evaluó el apartamento con una mirada irónica que parecía analizarlo…

Sacudo ligeramente la cabeza mientras apoyo las manos en la encimera. En condiciones normales la historia termina cuando se cierra la puerta. De hecho, Rachel cerró la puerta. Sin embargo, algo en mi cabeza parece haber decidido que la historia no terminó en ese momento, algo que no me ha pasado nunca menos en esta ocasión.

El café empieza a caer en la taza con un goteo lento y constante que llena la cocina del olor familiar que suele marcar el inicio de mis mañanas. Lo observo caer mientras la taza se llena poco a poco. Después miro la zona del apartamento que alcanzo a ver desde la cocina como si lo estuviera viendo por primera vez, aunque en realidad lo conozco lo suficiente como para recorrerlo con los ojos cerrados.

Nada ha cambiado. La mesa sigue donde estaba, los libros continúan alineados en la estantería del salón y la luz de la mañana entra por el mismo ángulo de siempre y se derrama sobre el suelo con la suavidad propia de las primeras horas del día. Todo está exactamente igual excepto esta sensación incómoda que no sé muy bien qué hacer con ella.

Cojo la taza y doy el primer sorbo con cuidado de no quemarme mientras camino despacio hacia el salón. Mi rutina matinal no suele tener demasiadas variaciones: café, ducha, vestirme y salir.

No suelo entretenerme en pensar antes de empezar el día. Mi cabeza se pone en marcha sola cuando llego al trabajo o cuando salgo a correr, pero antes de eso mi cerebro funciona casi en automático, como si necesitara un margen de tiempo para ponerse al día con el mundo. Sin embargo, hoy no es así, porque el primer pensamiento que aparece en mi cabeza tiene el pelo oscuro y una sonrisa insolente: Rachel. Aunque no aparece en mi mente como una escena completa, sino en forma de pequeños recuerdos concretos. Suspiro y doy otro sorbo de café mientras observo la ventana. No siento nostalgia, sino una sensación ridícula que algunos llaman conexión, aunque yo creo que no es más que curiosidad, pero la diferencia es importante.

Dejo la taza en la mesa y camino hacia el baño con la sensación de que mi cabeza se está entreteniendo en algo que normalmente despacharía en cuestión de segundos.

El agua de la ducha tarda un poco en calentarse y mientras espero me quedo mirándome en el espejo. Mi cara es la misma de siempre. No tengo ojeras, porque he dormido lo suficiente y tampoco tengo ni rastro de resaca ni de arrepentimiento. Lo único que encuentro de lo que pasó ayer es ese pensamiento recurrente que aparece donde normalmente no hay nada: Rachel.

Cuando el agua por fin empieza a salir caliente me meto bajo la ducha y cierro los ojos durante unos segundos. El vapor empieza a llenar el baño, mientras el agua me golpea los hombros con un peso constante que me suele ayudar a ordenar las ideas.

Normalmente una noche como la de ayer sigue una secuencia bastante clara: dos personas se encuentran, se gustan, follan y, después, cada uno vuelve a su vida. No es necesario hacer ningún análisis, ni una segunda lectura. Es más, Rachel parecía entender este sistema perfectamente. De hecho, fue la primera en dejarlo claro: «No soy de quedarme». Recuerdo la forma tranquila y directa en que lo dijo. Ayer me pareció lógico y hoy… también.

Apoyo una mano en la pared mientras el agua sigue cayéndome encima y permito que mi cabeza repase algunos fragmentos de la noche anterior con una precisión que me resulta ligeramente sospechosa: Rachel entra en mi apartamento y recorre el salón como si estuviera inspeccionando un territorio nuevo. Rachel besándome en la cocina antes de que pudiera terminar una frase… Abro los ojos, porque me doy cuenta de que esto empieza a parecer un patrón y cierro el grifo antes de que ese recuerdo vuelva a repetirse otra vez en mi cabeza.

Cuando regreso al salón con la toalla todavía anudada a la cintura, el apartamento sigue exactamente igual de silencioso que antes. La taza de café está donde la dejé y mi móvil descansa sobre la mesa del salón con la pantalla apagada. Lo cojo sin pensar y desbloqueo la pantalla. Las notificaciones aparecen de inmediato y compruebo que tengo dos correos del trabajo, una alerta del banco y un mensaje en el grupo de amigos de la boda. Nada especialmente relevante. Aun así, mis ojos recorren la pantalla durante un segundo y veo que no tengo ningún mensaje de Rachel. De hecho, no esperaba ninguno, porque Rachel no parece la clase de mujer que manda mensajes después de una noche como la de ayer. Además, tampoco nos dimos los números de teléfono. Sin embargo, el simple hecho de haberlo comprobado me resulta revelador.

Dejo el móvil sobre la mesa mientras termino el café y camino hacia el dormitorio para vestirme. La cama sigue deshecha y me detengo un momento, lo justo para reconocer que a pesar de que normalmente una noche como la pasada termina cuando se cierra la puerta, con Rachel no ha sido así. No porque fuera algo extraordinario y memorable, sino simplemente porque sucedió, sin más y sin buscar que continuara. Y, por alguna razón que todavía no termino de entender, mi cabeza parece haber decidido que ese detalle merece un poco más de atención de la habitual.

Termino de abotonarme la camisa mientras observo la cama un segundo más antes de apartar la vista. No hay dramatismo en la escena ni ninguna sensación particularmente intensa que me obligue a quedarme pensando demasiado tiempo. Es simplemente un

recordatorio silencioso de algo que ocurrió hace apenas unas horas y que, en teoría, debería haber terminado en el mismo momento en que Rachel cerró la puerta del apartamento. Sin embargo, mientras recojo el reloj de la mesilla y me lo ajusto en la muñeca, la idea vuelve a aparecer con una claridad bastante incómoda: Rachel. No como recuerdo romántico, ni como una especie de nostalgia absurda, que convierta la noche en algo más de lo que fue, sino más bien como un pequeño interrogante que se ha instalado en algún lugar de mi cabeza con la misma tranquilidad con la que ella entró anoche en mi apartamento.

No acostumbro a pensar demasiado en mujeres que se marchan antes de que amanezca. De hecho, normalmente agradezco esa clase de finales limpios. Dos personas coinciden, se gustan, follan y después cada uno sigue su camino sin explicaciones, sin análisis y sin la necesidad de convertir algo sencillo en una historia innecesariamente complicada.

Rachel parecía entender ese sistema mejor que nadie. De hecho, fue ella quien estableció las reglas antes de que yo ni siquiera llegara a plantearlas.

«No soy de quedarme».

Lo dijo con la misma naturalidad con la que alguien podría explicar que no toma café por las mañanas. Recuerdo la forma directa, segura y casi divertida en que me miró al decirlo. Suelto un suspiro, camino hacia el salón y recojo el móvil de la mesa mientras intento centrarme en cosas más prácticas, como revisar mi agenda o confirmar que no tengo ninguna reunión que haya olvidado.

La pantalla se ilumina en cuanto la desbloqueo y veo varias notificaciones de los amigos del grupo de la boda. Nada que requiera demasiada atención. Aun así, mi dedo se detiene un momento antes de abrir la conversación. No estoy esperando encontrar nada en particular, aunque el simple hecho de haber comprobado la pantalla hace un momento, me parece bastante sospechoso.

Veo que tengo un mensaje de Mason acompañado de una foto.

Mason:
Anoche fue épico.

La imagen es una fotografía tomada en algún momento de la boda, probablemente cuando la gente ya había perdido cualquier intención de comportarse con moderación. Mason aparece en el centro con Nora, los dos levantando las copas hacia la cámara, mientras varios amigos se apiñan alrededor de ellos. Tardo apenas un segundo en encontrarla entre todos los que posan. Rachel está en el lado derecho de la imagen, ligeramente inclinada hacia Nora mientras se ríe de algo. No mira a la cámara ni parece especialmente interesada en posar. La foto la ha pillado en mitad de una carcajada y yo amplío la imagen con los dedos sin darme cuenta.

Observo que le cae el cabello sobre un hombro y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás mientras se ríe. Hay algo en esa expresión que resulta difícil de clasificar. No es coquetería, simplemente es ella sin filtros.

Aparece otro mensaje debajo de la foto.

Mason:
Creo que alguien debería pedir disculpas al camarero

Varias respuestas aparecen inmediatamente con emoticonos, bromas e incluso alguien menciona el estado en el que quedó la barra. Sonrío antes de bloquear el móvil y dejarlo sobre la mesa. La imagen desaparece de la pantalla, pero la sensación se queda un momento más en mi cabeza. Lo justo para confirmar algo que empiezo a tener bastante claro: Rachel me interesa, pero no como una conquista más dentro de una lista que nunca he tenido demasiado interés en contabilizar, sino porque no termino de entenderla y eso es algo que no me ocurre muy a menudo.

Camino hacia la puerta del apartamento mientras recojo las llaves del mueble del recibidor. El sonido metálico resuena en el silencio del pasillo mientras me detengo un momento antes de salir. Lanzo un suspiro. La verdad es que no estoy pensando en buscarla, porque perseguir a alguien nunca ha formado parte de mi forma de funcionar. Tampoco huyo, simplemente observo lo que aparece en

mi camino. Rachel apareció anoche y se marchó antes de que amaneciera y las cosas, en teoría, deberían quedarse ahí.

Apoyo la mano en el pomo de la puerta y recuerdo algo que dijo justo antes de marcharse.

«No soy de quedarme».

Abro la puerta del apartamento y salgo al pasillo mientras la ciudad empieza a ponerse en marcha al otro lado de las ventanas. No voy a buscarla, eso sigue siendo cierto, pero si vuelve a cruzarse en mi camino… no pienso dejarla marchar tan rápido.

Capítulo 5
Rachel
Dos meses después

Me despierto antes de que suene el despertador, porque tengo el estómago revuelto y esa es una forma bastante desagradable de empezar el día.

Durante unos segundos me quedo tumbada mirando el techo de mi apartamento con la sensación de que algo dentro de mi cuerpo está intentando rebelarse contra mí. No es un dolor exactamente, ni una náusea completa. Es más bien una especie de protesta interna que aparece cuando menos ganas tengo de lidiar con ella.

Lanzo un suspiro y me incorporo despacio mientras me paso una mano por el pelo.

—Genial —murmuro para mí misma—. Mi cuerpo ha decidido declararse en huelga.

Me levanto de la cama y camino hacia la cocina con esa sensación rara en el estómago que no termina de definirse. Noto el suelo frío bajo mis pies descalzos mientras me preparo un café casi en automático.

Cuando oigo que la cafetera empieza a burbujear, me apoyo en la barra de la cocina. No estoy enferma, eso lo tengo claro. Además, anoche no bebí ni hice nada que
justifique esta especie de malestar estúpido, me digo en un intento de convencerme. Me sirvo una taza de café cuando acaba de salir y doy el primer sorbo, mientras miro por la ventana.

Entonces recuerdo algo… La regla. Parpadeo. Vuelvo a pensar en ello mientras doy otro sorbo de café con más calma. Mi ciclo siempre ha sido un desastre, así que no suelo prestarle demasiada atención a cuándo me viene la regla. Hay meses en los que aparece cuando quiere y otros en los que parece olvidarse de que existe. Así

que, en teoría, eso no significa nada. Absolutamente nada. Sin embargo, mi cerebro decide sacar a relucir un recuerdo que había dejado aparcado en algún lugar cómodo de mi memoria: Lucke y la noche de la boda, la mesa de su salón, la forma en que me levantó como si fuera una pluma…

Dejo la taza sobre la encimera.

—Bueno… —murmuro.

Me pongo las manos en la cintura mientras miro la cafetera como si pudiera responderme.

—Tampoco fuimos precisamente responsables.

No es una confesión sino, más bien, un dato objetivo. Aun así, sacudo la cabeza inmediatamente. Esto es absurdo. No, no puede ser. Lo más probable es que mi cuerpo esté haciendo una de sus piruetas habituales y que dentro de unos días todo vuelva a la normalidad. Aun así…

Me paso una mano por la frente.

—Vale.

Respiro hondo.

—Voy a comprar una prueba de embarazo.

No porque crea que esté embarazada, sino porque prefiero quitarme esta idea ridícula de la cabeza antes de que empiece a crecer y haga un castillo de un grano de arena.

Diez minutos después sigo en pijama delante del armario preguntándome por qué exactamente he tomado esa decisión tan rápido, porque la parte racional de mi cerebro insiste en que esto es una estupidez monumental. Aun así, me pongo unos vaqueros, una camiseta cualquiera y una chaqueta para salir a la calle sin parecer una persona que acaba de levantarse con una teoría absurda en la cabeza.

Mientras me peino con las manos delante del espejo del recibidor, intento recordar cuántas veces he pasado por algo parecido. Varias. Mi cuerpo es un desastre a nivel de regularidad… Siempre lo ha sido. Hay meses en los que mi regla aparece cuando le da la gana y otros en los que decide tomarse vacaciones prolongadas sin avisar. Así que, en teoría, esta situación entra dentro de lo perfectamente normal. Me lo repito en un intento de

tranquilizarme. Aun así, mi cerebro sigue insistiendo en esa pequeña posibilidad incómoda que ha aparecido hace unos minutos mientras bebía café en la cocina.

Sacudo la cabeza mientras cojo las llaves.

—Esto es ridículo —murmuro.

La farmacia está a dos calles de mi apartamento y llego caminando en menos de un par de minutos. A esta hora de la mañana el barrio está empezando a despertarse y el interior del local huele a un aroma extraño que mezcla desinfectante, colonia barata y crema hidratante.

Camino directamente hacia la zona donde suelen estar los test de embarazo con la misma actitud con la que alguien se acerca a comprar aspirinas. Cojo una caja sin mirar demasiado la marca y la sostengo entre las manos mientras leo la descripción como si aquello fuera un dispositivo tecnológico complejo.

«Resultado fiable en tres minutos».

Levanto una ceja.

—Claro que sí.

Una señora mayor está mirando vitaminas en el estante de al lado y por alguna razón siento la absurda necesidad de parecer completamente tranquila mientras llevo el test a la caja.

La farmacéutica lo pasa por el lector sin levantar demasiado la vista.

—¿Algo más?

—No, gracias.

Pago, guardo la caja en el bolso y al salir a la calle me echo a reír sola.

—Seguro que esto sale negativo —murmuro mientras camino de vuelta a casa— y entonces me sentiré como una idiota paranoica.

Cinco minutos después estoy otra vez en mi apartamento con el convencimiento de que eso es exactamente lo que va a suceder.

Dejo las llaves en el cuenco del recibidor, me quito la chaqueta, el bolso y camino hacia el baño con el mismo aplomo con el que iría a lavarme los dientes, porque mi cabeza insiste en que esto no es más que una comprobación absurda.

Abro la caja sobre el lavabo y saco el folleto de instrucciones con la sospecha de que alguien se ha inventado un idioma nuevo para explicar algo que supuestamente es sencillo. Leo un par de líneas, frunzo el ceño, vuelvo a leerlas, giro el papel y me encuentro con un dibujo que parece diseñado para humillarme.

—Esto es una pérdida de tiempo —murmuro, más para convencerme que porque lo piense de verdad.

Dejo el móvil sobre el mármol y hago lo que tengo que hacer sin solemnidad ni nada que haga que esto parezca un momento importante. Esta no es una escena digna de película. Solo estoy en un baño pequeño, con luz demasiado blanca y yo en pijama mental, aunque me haya puesto vaqueros para salir a la calle. Después de haber puesto la muestra de orina, apoyo la prueba de embarazo como dice que lo apoye y me quedo mirándolo un segundo y pongo el temporizador en mi teléfono.

Mientras pasan los primeros segundos, me inclino hacia el espejo y me observo con una expresión de «venga, Rachel» que pongo cuando estoy a punto de hacer una tontería. Mi cara es la misma de siempre, mis ojos también, mi boca también, solo que mi estómago sigue teniendo esa sensación extraña de revuelta contenida que no termina de definirse.

Vuelvo la vista al test y veo que aparece una línea. Parpadeo y respiro.

—Bien, he tomado la muestra bien —murmuro.

Me relajo lo justo para sentirme ligeramente ridícula por haber montado esta operación. Cojo el móvil, miro el cronómetro y veo que aún falta tiempo, así que me quedo de pie en el baño con las manos en la cintura, esperando por respeto al método científico, aunque en realidad ya estoy preparando un discurso interno para explicarme a mí misma que soy una paranoica y vuelvo a mirar.

La segunda línea aparece. No lo hace de golpe, ni se ilumina, ni suena ninguna alarma. Simplemente está ahí, fina y clara, como si hubiera estado esperando el momento adecuado para arruinarme el día.

Me quedo quieta con la mirada fija en el plástico.

—No —digo en voz baja, sin emoción, como quien niega un hecho matemático.

Me acerco más y miro la prueba desde otro ángulo, como si el ángulo pudiera cambiar lo que estoy viendo, pero la línea sigue ahí. Levanto el folleto de instrucciones con el ansia propia de quien busca una cláusula pequeña en un contrato.

«Dos líneas: positivo».

Vuelvo a mirar el test. Vuelvo a mirar el folleto. Vuelvo a mirar el test.

—Esto está roto —murmuro.

No me lo digo porque lo crea, me lo digo porque necesito decir algo que no sea la palabra embarazada.

Dejo el test sobre el lavabo, me apoyo con las manos en el mármol y respiro hondo. No estoy llorando, ni temblando, ni teniendo una reacción digna de un drama. Lo único que siento ahora mismo es una especie de vacío caliente en el pecho, una sensación rara que se mezcla con incredulidad y con esa parte de mí que intenta encontrar una solución rápida.

En la caja vienen dos pruebas.

Perfecto.

Abro el segundo test con los dedos demasiado rápidos, como si hacerlo deprisa pudiera convertir lo que acaba de suceder en un error. Repito el proceso con la misma falta de solemnidad y vuelvo a poner el cronómetro, esta vez con la mirada clavada en el plástico, como si con eso pudiera intimidarlo.

Espero.

No me siento, ni me muevo, ni respiro con normalidad.

Cuando aparece la primera línea no me tranquilizo, porque ya sé que la vida no está en modo amable hoy. Me inclino otra vez y, por supuesto, la segunda línea aparece poco después tranquila, impecable y casi insolente.

Dos veces… Dos.

Me aparto un paso del lavabo y me quedo mirando el baño como si hubiera cambiado de tamaño.

Vale. Esto ya no es una prueba defectuosa. Esto es real. Trago saliva, me paso una mano por el pelo y noto que la nuca se

me pone caliente. Resoplo. No me planteo abortar, no porque me crea mejor que nadie, ni necesite explicarlo como si fuera un manifiesto. Simplemente porque quedarme embarazada nunca ha sido una opción para mí, ni siquiera en esas conversaciones abstractas que una tiene alguna vez con amigas en un bar, cuando el tema surge entre risas y opiniones.

Mi problema no es ese, es otro.

Me dejo caer en el borde de la bañera con el test en la mano y miro el plástico como si fuera un objeto ajeno que alguien ha dejado en mi casa por error. El corazón me late con fuerza y mi cabeza intenta hacer lo que siempre hace cuando se asusta: buscar una broma, un comentario o una salida por la tangente, pero no me sale. Así que hago lo único que me sale cuando la ironía se queda sin gasolina: pienso.

No tengo miedo del bebé.

Esa idea aparece en mi cabeza con una claridad inesperada y me descoloca, porque esperaba que el pánico fuera por ahí, por la parte obvia, por el miedo a la maternidad, a la responsabilidad, al cambio de vida... Sin embargo, lo que me aprieta el pecho no es imaginar un bebé, sino imaginarme a mí misma desapareciendo dentro de una vida que no reconozco.

Tengo miedo de perderme y convertirme en alguien que solo responde a necesidades ajenas. De dejar de ser Rachel, la que se mueve, la que entra y sale, la que no se queda, la que no permite que nada se cierre alrededor de ella hasta dejarla sin aire… Tengo miedo de quedarme atrapada.

«Atrapada».

Esa palabra se me instala en la garganta y me cuesta tragar, pero entonces aparece él, Lucke, como una variable incómoda.

Un hombre del que no tengo ni el número de teléfono. Un hombre al que vi una noche hace dos meses, con el que me acosté y del que me fui prácticamente sin despedirme, porque en ese momento era lo correcto, lo fácil y lo que encajaba conmigo.

Suelto un hondo suspiro y cojo el móvil con los dedos todavía torpes y abro los contactos, aunque sé perfectamente que no va a estar su nombre allí. Paso por la lista como si pudiera aparecer por

arte de magia, como si la vida fuera a regalarme al menos esa comodidad, pero no, no está. Cierro los ojos un segundo, respiro y busco el contacto de Nora, porque hay personas a las que se llama cuando necesitas que el mundo deje de girar un momento.

Le doy al botón y el tono suena una vez, dos, tres…

—¿Rachel? —contesta, con la voz todavía medio dormida—. ¿Pasa algo?

Abro la boca y durante un segundo no sale nada, porque lo que tengo que decir es peor de lo que esperaba.

—Estoy en el baño con dos palitos en la mano —respondo al fin— y los dos me odian.

Hay un silencio breve al otro lado, el suficiente para que Nora pase de estar dormida a estar despierta del todo.

—¿Qué? —grita.

Miro las pruebas de embarazo que tengo frente a mí otra vez, porque parece que necesito verlos para poder decirlo.

—Estoy embarazada, Nora.

Y en el momento en que lo digo en voz alta, el aire del baño cambia, como si la realidad se hubiese sentado conmigo en la bañera y ahora no hubiera manera de echarla. Nora tarda exactamente tres segundos en reaccionar y, teniendo en cuenta lo que acabo de decirle, ese tiempo me parece razonable.

—¿Cómo que estás embarazada? —pregunta al fin.

—Pues como lo oyes —respondo mirando otra vez los test—. Dos líneas rosas… Además, me lo he hecho dos veces. Así que parece que no es un error…

Escucho cómo se incorpora al otro lado del teléfono y me imagino perfectamente la escena: Nora sentada en la cama, el pelo revuelto, intentando ordenar la información que acabo de darle antes de ser capaz de decir algo.

—Vale —dice finalmente—. Vamos a respirar un segundo.

—Estoy respirando.

—No lo parece.

—Te prometo que sí.

Apoyo los codos en las rodillas mientras sostengo el móvil entre el hombro y la oreja. El baño sigue siendo el mismo de hace

diez minutos, pero la sensación dentro de él ya no se parece en nada a la de antes.

—¿Estás segura? —pregunta Nora.

Miro las pruebas.

—A menos que la farmacia esté vendiendo palitos decorativos con líneas falsas, diría que sí.

Hay un pequeño silencio al otro lado. Supongo que es el tiempo que necesita Nora para reorganizar sus neuronas para ponerse al día con la realidad.

—Vale —repite—. Entonces estás embarazada.

—Exacto.

—¿Cómo estás?

La pregunta es sencilla, pero me obliga a pensar un momento antes de responderle.

—Sorprendentemente funcional.

—Rachel…

—En serio —añado—. No estoy llorando ni lanzando cosas contra la pared.

—Eso ya es un avance.

Sonrío ligeramente, porque el comentario es muy Nora.

—No estoy asustada por el bebé —admito después de unos segundos.

—Eso también es un dato importante.

Me paso una mano por la nuca mientras observo los test otra vez.

—Lo que me da miedo es otra cosa.

—¿Qué?

Respiro hondo antes de responder.

—Dejar de ser yo.

Al otro lado del teléfono no escucho una reacción exagerada. Nora me conoce lo suficiente como para entender exactamente lo que quiero decir.

—Entiendo —dice con calma.

—No tengo miedo de tener un hijo —añado—, sino de que mi vida deje de parecerse a mi vida.

—Rachel, eso no tiene por qué pasar.

—Lo sé.

—Pero tampoco es algo que tengas que decidir ahora mismo.

Apoyo la espalda en la pared del baño mientras miro el techo.

—Lo sé.

—Lo primero que tienes que hacer es asimilarlo.

—Eso estoy intentando.

Nora guarda silencio un segundo antes de lanzar la pregunta que, en el fondo, sabía que iba a llegar en cualquier momento.

—¿Y Lucke?

La palabra cae en la conversación con la misma naturalidad con la que ha aparecido en mi cabeza hace unos minutos.

—No lo sé.

—Rachel.

—No tengo su número.

—Eso no cambia nada.

Me levanto de la bañera y empiezo a caminar por mi diminuto baño con el móvil pegado a la oreja.

—En realidad cambia bastante —respondo—. Es difícil tener una conversación seria con alguien del que no tienes ni el teléfono.

—Pero sabes quién es.

—Sí.

—Y él debería saberlo.

Me detengo frente al espejo y durante un segundo observo mi reflejo como si estuviera mirando a otra persona que acaba de meterse en una situación complicada sin avisar a nadie.

—No estoy segura de que eso sea necesario —digo.

—Rachel.

—Lo digo en serio.

—Rachel.

—Podría ocuparme yo sola.

La respuesta de Nora llega sin pausa.

—Claro que podrías.

Su tono no es crítico ni dramático, sino simplemente lógico.

—Pero no deberías.

Aprieto los labios mientras observo mi reflejo.

—No quiero convertir esto en una historia rara.

—No lo será.

—No quiero que piense que le estoy pidiendo algo.

—No lo estás haciendo.

—No quiero montar un drama de esto.

—Rachel —Su voz se vuelve un poco más firme—. Lucke tiene derecho a saberlo.

No responde de inmediato y yo miro el lavabo, las pruebas, el espejo… La realidad sigue ahí.

—Lo sé.

—Entonces díselo.

Salgo del baño y voy hasta el salón con el móvil todavía en la mano y me dejo caer en el sofá mientras intento ordenar la idea dentro de mi cabeza.

—No busco apoyo emocional —digo al fin.

—Lo sé.

—Ni una historia de amor.

—Lo sé.

—Solo… —Me quedo callada un segundo—. Responsabilidad compartida.

—Exacto —dice Nora.

Me paso una mano por la cara.

—Esto no es una historia de amor.

—No.

—Es una realidad.

—Sí.

Nos quedamos en silencio unos segundos, supongo que ambas estamos aceptando que el día acaba de cambiar de forma drástica.

—¿Vas a decírselo? —pregunta Nora al final.

Miro los test otra vez, que me he traído y he dejado sobre la mesa baja del sofá.

—Sí.

La palabra sale de mi garganta con una claridad que me sorprende incluso a mí.

—Bien.

—Pero hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—No tengo su número de teléfono.

Nora suelta una pequeña risa.

—Rachel…

—No te rías.

—No me río.

—Un poco sí.

—Bueno, vale un poco.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá mientras miro el techo.

—Esto es ridículo.

—No, no lo es.

—Me acosté con un hombre del que no tengo ni su teléfono y ahora tengo que decirle que va a ser padre.

—Cuando lo dices así suena intenso.

—Porque lo es.

—Pero solucionable.

—Eso espero.

—Sí, seguro que sí. Ahora te paso su número.

Cuelgo después de despedirme de Nora y dejo el móvil sobre la mesa del salón.

El apartamento está tranquilo, quizá demasiado para todo lo que acaba de pasar en los últimos veinte minutos.

Me levanto y camino hasta la ventana mientras intento pensar con claridad.

No tenía su número hasta que Nora me lo ha pasado. Tampoco tengo su dirección, ni prácticamente nada de él, excepto un recuerdo bastante claro de hace dos meses.

Apoyo la frente en el cristal frío de la ventana mientras observo la calle.

Esto no tiene nada que ver con una historia de amor, ni con segundas oportunidades, ni con ninguna de esas historias que la gente suele imaginar cuando un hombre y una mujer vuelven a verse. Esto es mucho más simple, directo y real.

Cojo el móvil otra vez y lo sostengo entre las manos mientras una idea se forma con claridad en mi cabeza. No voy a esconderme,

ni pienso complicarlo, ni convertirlo en algo que no es.

Respiro hondo.

—Supongo que ha llegado el momento de volver a ver a Lucke.

Capítulo 6
Lucke

Estoy terminando de revisar un informe cuando vibra el móvil sobre la mesa. La vibración es breve, apenas un segundo, pero interrumpe el ritmo constante del teclado y el silencio ordenado de la oficina. Aparto la vista del portátil sin prisa, estiro el brazo y cojo el teléfono con calma. En la pantalla aparece un número que no conozco. Arrugo el entrecejo y al abrir el mensaje, veo que me dice que es Rachel.

No esperaba volver a saber de ella después de aquella noche, aunque eso no quita que no haya pensado en ella.

Su mensaje es corto.

Número desconocido:
Hola, Lucke.
Soy Rachel.
Tenemos que hablar.
No es dramático.
Bueno, un poco sí.

Me quedo mirando las palabras unos segundos extrañado. Rachel no me pareció una mujer que se anduviera con rodeos, de hecho, aquella noche me lo dejó bastante claro. Tampoco parecía una persona que dijera ambigüedades sin motivo, ni alguien que necesitara dramatizar para llamar la atención. Así que, si dice que es un poco dramático, probablemente lo sea.

Dejo el móvil sobre la mesa y me paso una mano por la mandíbula mientras vuelvo a mirar la pantalla del ordenador, aunque mi cabeza continúa en el mensaje de Rachel y no en el portátil. Intento encontrar una explicación rápida de su mensaje, pero no lo consigo, así que cojo el móvil otra vez.

Lucke:
Hola, Rachel.

¿Todo bien?

Su respuesta tarda menos de medio minuto en aparecer en mi teléfono.

Rachel:
No exactamente.

Leo su frase dos veces. No hay emoticonos, ni explicaciones, ni pistas… Escribo otra vez.

Lucke:
¿Qué pasa?

Justo al enviar mi mensaje, aparece el indicador de que está escribiendo, pero al instante desaparece y, poco después, vuelve a aparecer. Al final me llega su mensaje.

Rachel:
¿Puedes quedar?

No me dice nada más. Apoyo los codos sobre la mesa y me quedo mirando la conversación unos segundos mientras algo dentro de mi cuerpo trata de ajustarse como puede a la situación. No siento pánico, ni una alarma que me empuje a imaginar algo catastrófico. Lo que siento es una especie de tensión leve en la mandíbula y la intuición bastante clara de que esta conversación no es trivial. Rachel no es el tipo de persona que escribe «tenemos que hablar» para comentar el tiempo.

Escribo una respuesta breve.

Lucke:
Sí.

Su mensaje tarda unos segundos en llegar.

Rachel:
Hay una terraza junto a Bryant Park.
¿Nos vemos ahí en media hora?

Miro la hora en la esquina de la pantalla.

Lucke:

Allí estaré.

Nuestra conversación termina ahí. Dejo el móvil sobre la mesa y cierro el portátil sin terminar el informe que tengo entre manos. No porque no sea importante, sino porque ahora mismo ha dejado de ser lo más relevante del día.

Me levanto de la silla, cojo la chaqueta del respaldo y salgo de la oficina con una sensación curiosa en el cuerpo. No es nerviosismo sino algo más parecido a una alerta tranquila, que aparece cuando algo importante está a punto de ocurrir, aunque todavía no sepas exactamente qué.

El ascensor tarda unos segundos en llegar. Mientras baja, saco el móvil otra vez y releo el mensaje: «No es dramático. Bueno, un poco sí».

La frase tiene un tono muy Rachel. Seco, directo y con una ironía leve que probablemente le esté funcionando como defensa. Suspiro y guardo el teléfono en el bolsillo justo cuando se abren las puertas del ascensor.

Media hora después estoy cruzando el parque en el que hemos quedado. El aire de la mañana todavía conserva algo de frescor y el camino de grava está lleno de gente que pasea perros, padres empujando carritos y gente haciendo *running*, que parece haber decidido que hoy es un buen día para superar sus propios límites físicos.

Camino despacio hacia la terraza mientras intento adivinar qué puede haber pasado. Mi cabeza repasa posibilidades: quizá es algún problema relacionado con la boda, algún asunto relacionado con Nora o, quizás, una consecuencia tardía de aquella noche… Pero descarto esta última opción casi al instante, porque han pasado dos meses y si hubiera habido algún problema inmediato, ya lo habría sabido.

Sigo caminando entre los árboles y, sin proponérmelo, la memoria me trae una imagen bastante clara de aquella noche. La mesa del salón, cómo Rachel se apoyó en ella, el momento en que la levanté, su risa y después cómo se marchó aquella noche sin hacer ningún

drama, ni protagonizar una escena incómoda, ni hacer promesas innecesarias.

Rachel no parece ser una mujer que mire atrás demasiado tiempo, aunque tampoco una de esas que escriba «tenemos que hablar» por una tontería. Resoplo y sigo caminando sobre el camino de grava.

Cuando llego a la terraza todavía faltan unos minutos para la hora en la que hemos llegado y Rachel no está. Así que elijo una mesa desde donde se ve bien el parque. Un camarero aparece casi de inmediato y le pido un refresco mientras observo el movimiento constante de gente de un lado a otro del parque. Niños corriendo, padres hablando entre ellos de forma animada y un perro que persigue una pelota con una dedicación admirable.

Apoyo los antebrazos en la mesa y miro el reloj mientras espero, hasta que tres minutos después veo a Rachel caminando con paso firme al otro lado de la calle. Lleva el pelo recogido en una coleta, unos vaqueros y una camiseta.

Cuando se acerca a la mesa levanto ligeramente la mano para que me vea.

—Hola —le digo con una sonrisa.

—Hola —me responde dejando el bolso sobre la silla antes de sentarse frente a mí. Se sienta sin darme un abrazo, ni hacer ningún otro gesto, ni siquiera una sonrisa. Se limita a mirarme de forma directa y algo más tensa de lo que recordaba.

Supongo que, si alguien nos ve, debe tener la sensación de que solo somos dos adultos sentados frente a frente a punto de hablar de algo verdaderamente serio e importante.

El camarero aparece otra vez y Rachel pide un refresco sin mirar la carta. Justo después, al volvernos a quedar en silencio, apoya los antebrazos en la mesa y me mira directamente.

—No voy a darle muchas vueltas a lo que tengo que contarte.

Asiento una vez.

—Perfecto.

Rachel respira hondo antes de empezar a hablar.

—Estoy embarazada —suelta sin rodeos ni dramatismo.

Durante un segundo el sonido del parque sigue llegando hasta donde estamos sentados con la misma normalidad de antes: niños gritando, una pelota rebotando contra el suelo, el tintinear de vasos en la barra… Pero Rachel añade una frase más, con un tono seco que parece utilizar cuando necesita mantener el control.

—No es una metáfora —añade aún con la mirada fija en mí.

Justo en ese momento, el camarero deja el refresco delante de ella y se marcha sin sospechar que acaba de servir una bebida en una mesa donde la realidad ha cambiado de forma bastante brusca.

Bajo la vista al vaso que tengo delante y lo giro un poco entre los dedos mientras dejo que la frase termine de asentarse en mi cabeza. Sin embargo, ese «Estoy embarazada» no provocan una reacción inmediata ni desencadenan una escena digna de una película.

Dejo el vaso sobre la mesa y recuesto la espalda en la silla. Rachel sigue observándome, supongo que está esperando una reacción por mi parte. Tal vez que me muestre incrédulo o me comporte de forma impulsiva. Sin embargo, lo único que hago es alzar la vista hacia ella y mirarla directamente a los ojos.

—¿Estás bien?

Mi pregunta sale antes de que haya pensado demasiado en lo que estoy diciendo. Rachel parpadea, un gesto suficiente para mostrarme que no era lo que esperaba que le dijera.

—Sí —responde después de un segundo—. Quiero decir… físicamente sí.

Asiento despacio.

A nuestro alrededor, el parque sigue exactamente igual que hace un minuto. Dos niños pasan corriendo cerca de nuestra mesa, mientras discuten por una pelota y una mujer intenta convencer a un perro de que deje de perseguir palomas. La normalidad del lugar hace que nuestra conversación tenga un contraste extraño.

Rachel apoya la espalda en la silla y coge su vaso.

—Imaginaba que ibas a preguntar si estoy segura.

—¿Lo estás?

Ella suelta una pequeña exhalación por la nariz.

—Bastante.

Asiente y da un sorbo al refresco antes de continuar.

—Me he hecho dos pruebas de embarazo.

Asiento yo ahora, mientras mi cabeza no se entretiene en hacer cálculos complicados e innecesarios. Hace dos meses de la noche que pasamos juntos después de fiesta de Nora y Mason.

—No estoy aquí para montar una escena —dice y deja el vaso sobre la mesa—. Ni para pedirte nada.

No respondo y la dejo hablar.

—De hecho —continúa—, tampoco estoy aquí para que hagas «lo correcto». No necesito que nadie rescate ni me regale una solución heroica.

Su tono es firme, pero no agresivo. Parece más bien una aclaración preventiva, antes de que la conversación tome una dirección que no quiere.

—Lo digo para que quede claro desde el principio.

Apoyo los antebrazos sobre la mesa sin dejar de mirarla.

—Entiendo.

Rachel me observa unos segundos, como si estuviera intentando decidir si realmente lo entiendo o si estoy fingiendo entenderlo para ganar tiempo.

—No quiero un matrimonio improvisado —añade—. Ni una historia absurda basada en la culpa.

—Bien.

—Ni tampoco quiero que te sientas atrapado.

«Atrapado».

Esa palabra queda suspendida en el aire un momento. La forma en la que la ha pronunciado, deja bastante claro que es una palabra que le incomoda incluso a ella.

—No estoy atrapado —respondo.

Rachel levanta una ceja.

—Lucke.

—Es la situación —continúo con calma—. No una trampa.

Ella me observa un instante, antes de apartar la mirada hacia el parque.

—Aún no sé qué voy a hacer —dice finalmente sin dramatismo.

—No sé cómo va a cambiar mi vida esto. Ni siquiera sé si quiero que cambie.

Asiento ligeramente.

—Es razonable.

Rachel vuelve a mirarme.

—¿Razonable?

—Sí.

Ella parece ligeramente desconcertada por mi respuesta.

—No esperaba que utilizaras esa palabra.

—Es la que encaja.

Rachel entrelaza los dedos sobre la mesa.

—Supongo que esperabas algo distinto de esta conversación.

—La verdad es que no sabía qué esperar —reconozco echando hacia atrás en la silla.

—¿Ni siquiera cuando te escribí?

Niego con la cabeza.

—Tu mensaje no daba demasiadas pistas.

Rachel suelta una pequeña risa breve que desaparece casi tan rápido como aparece.

—Supongo que no.

Durante unos segundos ninguno de los dos habla y solo nos miramos.

—Quiero que quede claro algo más —. Rachel se inclina ligeramente hacia delante.

Asiento.

—No espero que te hagas cargo de mi vida.

—No es mi intención.

—Ni tampoco quiero que te conviertas en una especie de presencia permanente por obligación.

—Rachel —empiezo, pero ella levanta la mirada hacia mí antes de interrumpirme.

—No tienes que hacerlo.

La frase queda suspendida sobre nuestras cabezas, mientras Rachel parece estar esperando una confirmación o un gesto que indique que estoy buscando una salida o una forma elegante de

apartarme de la situación. Pero, en lugar de eso, apoyo los dedos sobre el borde del vaso y la miro directamente.

—Quiero estar.

Rachel frunce el ceño.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunta alzando una ceja.

—Significa que no voy a desaparecer.

Ella permanece en silencio unos segundos. Supongo que no esperaba mi respuesta, algo que noto en cómo vuelve a apoyar la espalda en la silla y cruza los brazos durante un momento antes de descruzarlos.

—No somos pareja —dice finalmente.

—No estamos hablando de nada de eso.

Rachel inclina la cabeza un poco.

—Ni esto no es una historia romántica.

—No, no lo parece.

Ella me observa como evaluando mi respuesta. Imagino que le sorprende que no le discuto, ni trato de convencerla de nada, ni intento convertir esta conversación en una promesa. Rachel mira el parque otra vez y suelta una pequeña exhalación que suena más a cansada que a irritada.

—Vale.

Justo en ese momento, el camarero pasa cerca de nuestra mesa y Rachel bebe otro sorbo de su refresco, mientras observa a un grupo de niños que intentan organizar algo parecido a un partido en el césped.

—Supongo que esto complica bastante nuestras vidas —dice después de unos segundos.

—Probablemente.

—No sé muy bien qué hacer con esto.

—Tampoco es necesario decidirlo ahora.

Rachel me mira otra vez.

—Eso es sorprendentemente sensato.

—Intento mantener un nivel básico de funcionalidad.

Ella vuelve a sonreír ligeramente.

—Se agradece.

La conversación pierde algo de tensión en ese momento, aunque el peso de la situación sigue flotando sobre la mesa.

—Tengo que irme en unos minutos —me dice tras consultar la hora en su teléfono.

—Claro —. Asiento con la cabeza.

—Gracias por no hacer esto más raro de lo que es —agradece levantándose primero de la silla.

—Todavía estamos a tiempo.

Rachel niega con la cabeza mientras coge el bolso.

—No, creo que ya hemos pasado la parte más rara.

Se inclina un poco y me da un beso rápido en la mejilla. Su gesto es breve, neutro y casi administrativo. Justo después, se aparta.

—Te escribiré.

—De acuerdo —le respondo y observo cómo da media vuelta y se marcha de la terraza.

Me quedo sentado unos segundos, entonces el camarero aparece y dejo el dinero sobre la mesa antes de que deje la cuenta. Cuando me levanto, el parque continúa lleno de niños corriendo de un lado al otro, de padres hablando y de un perro que sigue persiguiendo la misma pelota.

Camino sobre la grava mientras la frase de Rachel vuelve a aparecer en mi cabeza con claridad: «Estoy embarazada». La verdad es que no tengo ni idea de cómo va a cambiar mi vida eso, aunque tengo claro que no pienso salir huyendo.

Capítulo 7
Rachel

Tengo una lista, aunque no está escrita en ningún papel, ni en el móvil, ni en la libreta que suelo usar cuando necesito ordenar ideas que empiezan a multiplicarse dentro de mi cabeza como conejos hiperactivos.

La lista está en mi mente y la repaso mientras camino de un lado a otro por mi apartamento con una taza de café en la mano y la sensación de que, si no establezco normas ahora mismo, esto se va a convertir en una de esas historias caóticas que empiezan con una mala decisión y terminan con gente llorando en cocinas ajenas a las tres de la madrugada. Y eso es algo que no estoy dispuesta a permitir.

«Regla número uno: no somos pareja». La frase es sencilla, contundente y absolutamente necesaria.

«Regla número dos: no vamos a fingir ser una familia feliz». Ni delante de nuestros amigos, ni delante de nuestros padres, ni delante de nadie. No voy a convertirme en una versión edulcorada de mí misma para que esta situación parezca más fácil de digerir.

«Regla número tres: cada uno mantiene su espacio». Lucke tiene su vida y yo la mía. El hecho de que haya un bebé en medio de todo esto no significa que tengamos que fusionarnos en una especie de unidad doméstica.

«Regla número cuatro: nada de promesas absurdas sobre el futuro». El futuro es un concepto demasiado grande para manejarlo a las nueve de la mañana con una taza de café y un embarazo inesperado.

Me detengo frente a la ventana del salón y observo la calle y veo que un taxi pasa lentamente por la esquina y un repartidor descarga cajas frente al edificio de enfrente. La ciudad sigue funcionando con la misma indiferencia eficiente de siempre, como si

el hecho de que haya una pequeña revolución biológica ocurriendo dentro de mi cuerpo no fuera asunto suyo.

—Esto no es una comedia romántica… Ni lo será —murmuro para mí misma y suelto el aire de mis pulmones despacio.

Dejo la taza en la encimera de la cocina y camino hacia la habitación pequeña que está al fondo del apartamento, aunque llamar habitación es una palabra bastante generosa. En realidad, es un espacio diminuto que ahora mismo funciona como despacho, trastero, cementerio de cajas que nunca he tenido tiempo de ordenar y refugio ocasional para todo aquello que no sé muy bien dónde poner. Abro la puerta y me quedo observando el caos de cajas, libros, una silla que no recuerdo haber comprado, un ventilador viejo que diría que no funciona y un montón de cosas que, aparentemente, han decidido vivir aquí de forma permanente.

—Aquí irá la habitación del bebé —musito mientras apoyo la mano en el marco de la puerta.

La idea no es perfecta, ni práctica, ni especialmente lógica si tenemos en cuenta el tamaño del apartamento. Pero es la única habitación que existe. Así que será esa. Me cruzo de brazos mientras examino el espacio con mirada crítica y, la verdad, no tengo ni idea de dónde voy a meter todos estos trastos. Probablemente acabaré creando un nuevo trastero en algún rincón del salón.

Pero, bueno, este es un problema que prefiero dejar para otro día, porque hoy tengo otro asunto más inmediato. Miro el reloj y resoplo. Lucke llegará en diez minutos.

La decisión de llamarlo para hablar en persona de nuevo fue impulsiva, pero necesaria. Aquella conversación en el parque de hace unos días fue demasiado breve, correcta y adulta. Ahora necesito asegurarme de que entiende las reglas para que esto no se convierta en algo que no quiero.

Diez minutos después llaman al timbre. Respiro hondo antes de abrir la puerta y al hacerlo, encuentro a Lucke apoyado en el marco exterior con su habitual expresión tranquila. Lleva unos vaqueros, una camisa de manga larga arremangada y alza ligeramente una ceja al verme.

—Hola.

—Hola.

Nos quedamos un segundo uno frente al otro mirándonos y en ese momento aparece en mi cabeza una imagen incómoda: la última vez que estuvimos a menos de medio metro de distancia fue sobre la mesa de su salón. Me aclaro la garganta y abro algo más la puerta para que pase.

—Pasa.

Lucke entra en mi apartamento y observa el espacio con curiosidad tranquila.

—Es pequeño —comenta.

—Estamos en Nueva York —respondo encogiéndome de hombros.

—Eso lo explica todo.

Cierra la puerta detrás de él y se vuelve hacia mí.

—¿Querías hablar?

—Sí.

Camino hacia el salón y él me sigue. No nos sentamos en el sofá, porque no quiero que este encuentro tenga el tono relajado de una conversación casual. Así que me apoyo en el respaldo de una silla.

—Vamos a establecer algunas reglas.

Lucke me observa con interés.

—De acuerdo —asiente sin protestar y sin preguntar, algo que me irrita ligeramente.

—Primera norma —empiezo a decir cruzándome de brazos.

—Te escucho.

—No somos pareja.

Lucke asiente sin vacilar.

—Correcto.

Parpadeo.

—¿Eso es todo?

—Es una afirmación bastante clara.

Frunzo el ceño.

—Pensé que ibas a discutir.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Buena pregunta, pero en lugar de responderle, sigo adelante con mi particular listado.

—Segunda norma. No vamos a fingir ser una familia perfecta.

—Bien.

—Tercera. Cada uno mantiene su vida.

—Rachel.

—¿Qué?

—Eso ya lo hacíamos antes.

Resoplo.

—Sabes a lo que me refiero.

—Sí.

La facilidad con la que acepta todo empieza a ponerme nerviosa.

—¿No vas a discutir ninguna?

—No veo el motivo.

Aprieto los labios.

—Esto debería ser más complicado.

—¿Lo prefieres?

—No.

Suspira suavemente.

—Entonces seguimos.

Me aparto de la silla.

—Quiero enseñarte algo.

Camino hacia la habitación pequeña del fondo del apartamento y abro la puerta. Lucke aparece detrás de mí.

—Aquí irá la habitación del bebé.

—Ambicioso —añade observando el caos de cajas durante unos segundos.

—Voy a vaciarlo.

—¿Dónde meterás todo esto?

—Todavía no lo sé —reconozco encogiéndome de hombros.

Lucke se apoya en el marco de la puerta y me mira.

—Rachel.

—¿Qué?

—Lo tienes bastante pensado.

—No tanto.

Doy un paso atrás para salir de la habitación y él hace lo mismo. El problema es que el pasillo es ridículamente estrecho y cuando se mueve para dejarme pasar, su mano roza mi brazo. El contacto es mínimo, pero suficiente y mi piel reacciona antes que mi cerebro.

Él también lo nota, lo veo en la forma en que su mirada baja un instante hacia mi boca.

—Esto no cambia nada —digo rápidamente.

—No.

Nos quedamos muy cerca el uno del otro.

—Seguimos siendo dos adultos que tomaron una decisión estúpida hace dos meses.

—Fue una buena decisión.

—Lucke.

Su mano se apoya en la pared junto a mi cabeza y aunque no me toca, el espacio entre nosotros desaparece.

—¿Estás intentando convencerme a mí —murmura— o a ti misma?

La pregunta se queda flotando entre nosotros. Estoy lo bastante cerca de él como para notar el calor de su cuerpo. No me está tocando, pero el espacio entre nosotros se ha reducido a algo ridículamente pequeño, apenas el aire necesario para respirar.

—No estoy intentando convencer a nadie —respondo, aunque mi voz suena más baja de lo que pretendía.

Lucke inclina ligeramente la cabeza.

—Entonces estamos de acuerdo.

—¿En qué?

—En que esto no cambia nada.

La forma en que lo dice es tranquila, casi demasiado. Como si la conversación de las reglas hubiera sido una formalidad más que una frontera.

Intento moverme para pasar junto a él, pero su brazo sigue apoyado en la pared y el gesto bloquea el pasillo estrecho del apartamento.

—Lucke.

—¿Sí?

—Estás en medio.

—No me había dado cuenta.

Levanto una ceja.

—Aparta.

Tarda un segundo en hacerlo y cuando finalmente baja el brazo y se mueve, nuestros cuerpos se rozan al pasar de forma breve, pero suficiente.

El recuerdo de aquella noche regresa con claridad a mi cabeza: la mesa del salón, sus manos en mis caderas, el peso de su cuerpo sobre el mío, la forma en que me levantó con una facilidad insultante.

Respiro hondo mientras camino hacia el salón.

—Esto es exactamente lo que quería evitar.

Lucke aparece detrás de mí.

—¿El qué?

—La parte incómoda.

—¿Te resulta incómoda?

—Sí.

—No lo parece.

Me vuelvo hacia él.

—Porque no estoy haciendo un drama.

—Eso es cierto.

Apoyo las manos en la encimera de la cocina.

—Estamos aquí para hablar de organización, no para repetir errores.

Lucke se apoya en la pared frente a mí.

—Rachel.

—¿Qué?

—Nadie está hablando de errores.

—Yo sí.

No me responde inmediatamente y se limita a observarme con una atención tranquila que empieza a ponerme nerviosa.

—Aquella noche no fue un error… —empieza a decir.

—No compliques las cosas —le ruego.

—No lo estoy haciendo.

—Lucke.

—Rachel.

Nos quedamos mirándonos unos segundos y su mirada baja otra vez hacia mi boca y algo dentro de mí se pone en tensión.

—No —digo rápidamente.

—No he dicho nada.

—No hace falta.

Intento apartarme, pero él se mueve en el mismo momento y volvemos a estar demasiado cerca. Su mano roza mi cintura al pasar y noto cómo mi cuerpo reacciona.

—Esto es una mala idea —murmuro.

—Probablemente.

—Entonces no lo hagamos.

—No lo estamos haciendo.

Levanto la vista hacia él.

—Lucke.

—Rachel —me dice con voz grave y sin prisa cuando acerca la mano a mi brazo.

No intenta atraparme. Solo pasea los dedos por mi piel con una lentitud que hace que el aire cambie de temperatura.

—Se supone que estamos estableciendo límites —le recuerdo.

—Lo estamos intentando.

—No parece que funcione.

—Eso también es cierto.

Mi espalda acaba apoyada contra la encimera cuando él se acerca un poco más a mí. Aunque no me está acorralando, tampoco se está alejando.

—Esto sigue siendo algo solo físico —digo.

—Si tú lo dices.

—Lo digo.

Su mano se desliza desde mi brazo hasta mi cintura de una forma demasiado cálida para alguien con quien se supone que estoy manteniendo una conversación práctica.

—Rachel.

—¿Qué?

—Podrías apartarte.

—Podrías soltarme.

Ninguno de los dos lo hace y la tensión entre nosotros se estira como una cuerda demasiado tensa. Cuando finalmente lo beso es casi por frustración. Un gesto rápido y breve, como si quisiera demostrar que no significa nada.

El problema es que Lucke responde y su boca se mueve contra la mía con una seguridad que desarma cualquier intento de convertir el momento en algo trivial. Su mano desciende por mi espalda y me acerca alterando mi respiración. Nuestro beso se vuelve más lento y consciente que aquella primera vez. Esta vez no hay sorpresa ni impulsividad, porque sabemos exactamente lo que estamos haciendo.

—Esto no cambia nada —le aviso contra su boca.

—Nada.

Sus dedos se hunden en mi cintura y me levantan ligeramente para sentarme sobre la encimera. El gesto es tan natural que apenas tengo tiempo de reaccionar.

—Lucke —susurro.

—Sí.

—No conviertas esto en algo complicado.

—No lo hago.

Sus labios bajan hasta mi cuello y siento cómo mi cuerpo responde con facilidad.

A pesar de que intento mantener la distancia emocional que me prometí mantener, mi cuerpo parece no haber firmado ese acuerdo.

—Esto sigue siendo físico —repito.

—Lo sé —susurra y recorre mi espalda con sus manos y regresa a mi cintura mientras mi respiración cada vez está más alterada.

No hay prisa en sus movimientos, ni torpeza, sino una familiaridad intensa que hace que todo resulte demasiado fácil.

Cuando me besa otra vez, el mundo fuera del apartamento desaparece durante unos segundos. No pienso en el bebé, ni en las reglas, ni en el futuro. Solo en el calor de su cuerpo y en donde coloca las manos para enloquecerme. Nos desnudamos arrancándonos la ropa. Lucke se sienta en el sofá y me invita a sentarme a horcajadas sobre él. Cuando lo hago, él guía su erección

hasta mi entrada y yo me clavo en ella con facilidad, notando cómo entra poco a poco entre mis pliegues y cómo mi cuerpo se adapta a su tamaño según desciendo sobre ella. Me toma por la cintura para ayudarme a marcar el ritmo de mis caderas y con su boca atrapa mis pezones erectos. Jadeo de placer medio enloquecida, mientras él da rienda suelta a su ansia, hasta que deseoso de ser él quien marque el ritmo, me abraza y me tumba con mi espalda sobre el sofá y se coloca él encima de mí. Ahora sus embestidas son firmes y certeras, consiguiendo que estalle de placer poco después, al instante él se vacía en mí sin dejar de mirarme a los ojos mientras el éxtasis le invade.

El momento dura lo suficiente para que mi cabeza vuelva a activarse y me separo ligeramente.

—Esto es exactamente lo que no debía pasar —le digo.

Lucke apoya la frente contra la mía.

—Probablemente.

Respiro hondo.

—De acuerdo.

Su respuesta suena demasiado tranquila y me vuelvo hacia él con el ceño fruncido.

—¿Solo eso?

Lucke se encoge ligeramente de hombros.

—Tú has dicho que no cambia nada.

Aprieto los labios.

—Exacto.

—Entonces estamos de acuerdo.

No sé muy bien por qué esa facilidad me irrita más que si hubiera discutido.

—Esto sigue siendo solo físico —suelto cruzándome de brazos mientras lo observo.

—Si tú lo dices.

El tono no es sarcástico ni desafiante, sino neutro y eso me obliga a apartar la mirada de él. Camino hasta la ventana y observo la calle durante unos segundos. Un taxi se detiene en la esquina, alguien discute por teléfono mientras cruza el paso de peatones y la ciudad continúa funcionando con la misma normalidad de siempre.

Nada ha cambiado. A pesar de que hay un bebé creciendo dentro de mí, un hombre en mi cocina que acaba de besarme como si nada hubiera cambiado desde aquella noche y yo sigo repitiéndome exactamente la misma frase: «Esto sigue siendo solo físico», aunque a estas alturas no sé si me lo creo del todo.

Capítulo 8
Lucke

La primera norma que decido imponerme después de salir del apartamento de Rachel no tiene nada que ver con el bebé, ni con la logística, ni siquiera con las reglas que ella se ha empeñado en enumerar con tanta convicción mientras caminaba de un lado a otro por su salón como si estuviera redactando los artículos de la constitución.

La primera de mis normas es sencilla: no invadir su espacio.

Rachel me lo ha dejado bastante claro, no quiere que esto se convierta en una historia romántica improvisada, ni en una versión acelerada de una relación que en realidad no existe. Tampoco quiere que alguien aparezca de repente en su vida con la intención de organizarla, dirigirla o salvarla de nada.

Eso es algo que he entendido perfectamente mientras estaba de pie en su cocina observándola discutir consigo misma sobre reglas que, en realidad, parecían más diseñadas para tranquilizarla a ella que para limitarme a mí. Así que decido respetarlo.

Tampoco la voy a llamar cada hora, ni le voy a escribir todos los días, ni voy a aparecer por su casa con excusas absurdas. Además, Rachel tiene razón en algo importante: ambos tenemos vidas que ya existían antes de aquella noche y cada una debe mantener su espacio. El problema es que respetar su espacio no significa que deje de pensar en ella.

La primera vez que me pasa es al día siguiente por la mañana, cuando estoy revisando correos en la oficina y aparece una noticia médica en una de las pestañas que tengo abiertas del navegador. No recuerdo exactamente cómo he llegado hasta allí, pero estoy leyendo un artículo sobre los cambios hormonales durante el primer trimestre de embarazado antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Cuando lo hago, cierro la página, vuelvo al

correo e intento concentrarme, pero tres minutos después estoy leyendo otra.

Respiro hondo y me reclino en la silla mientras observo la pantalla del ordenador con una sensación ligeramente absurda. No esperaba que la paternidad empezara con una avalancha de artículos médicos abiertos en el navegador, aunque tampoco esperaba muchas de las cosas que han pasado en los últimos dos meses.

Al final selecciono uno de los enlaces y se lo envío, sin añadir ningún comentario. Solo le paso el enlace. No pasan ni cinco minutos antes de que Rachel responda.

Rachel:
¿Me acabas de mandar un artículo sobre vitaminas prenatales?

Miro la pantalla.

Lucke:
Sí.

Su respuesta tarda unos segundos.

Rachel:
Esto es inquietante.

Lucke:
Solo es información.

Rachel:
Es sospechosamente responsable.»

Sonrío levemente.

Lucke:
Intento mantener un nivel básico de funcionalidad.

Los puntos suspensivos que me indican que está respondiéndome, aparecen, pero al instante desaparecen y, poco después, vuelven a aparecer.

Rachel:
No te acostumbres.

Cierro la conversación con una sensación curiosa en el pecho. Rachel sigue siendo Rachel, lo cual, por alguna razón, resulta tranquilizador.

Durante los días siguientes mantengo la misma estrategia. No invadir, pero tampoco desaparecer. Le envío información útil cuando la encuentro. Una lista de alimentos recomendados, un artículo sobre el primer trimestre, un enlace a una clínica cercana que tiene buenas valoraciones… Rachel responde siempre con la misma mezcla de ironía y desconfianza.

Rachel:
¿Te has convertido en mi asesor médico?»

Lucke:
No.

Rachel:
Menos mal.

Lucke:
Solo comparto información.»

Rachel:
Esto empieza a parecer peligrosamente organizado.

Lucke:
Es una habilidad infravalorada.

Otro día, me atrevo a escribirle algo más.

Lucke:
Si quieres que te acompañe a alguna cita médica, puedo hacerlo.

La respuesta tarda un poco más en llegar esta vez.

Rachel:
No hace falta.

Lucke:
Lo sé.

Pasan unos segundos.

Rachel:
Pero gracias.

No insiste, porque no hace falta.

La siguiente vez que la veo es una semana después, cuando me escribe un mensaje breve a media tarde.

Rachel:
Tengo cita médica mañana.

No dice nada más, ni dónde, ni a qué hora. Pero el mensaje llega acompañado de una foto borrosa de un papel, donde se distingue claramente el logotipo de una clínica. Miro la imagen unos segundos antes de responder.

Lucke:
¿Quieres que vaya?

La respuesta tarda unos segundos.

Rachel:
No hace falta.

Pausa.

Rachel:
Pero puedes.

No es exactamente una invitación, ni una negativa. Rachel tiene una habilidad curiosa para mantenerse siempre en el punto medio entre ambas cosas.

La sala de espera de la clínica es luminosa, silenciosa y está llena de revistas que nadie parece tener interés real en leer. Rachel está sentada en una de las sillas cuando llego.

—Pensé que no vendrías —me suelta al verme.

—Dijiste que podía.

—Eso no es lo mismo.

Me siento a su lado.

—Lo sé.

Rachel me observa un momento.

—Esto es extraño.

—Un poco, sí…

Se acomoda en la silla.

—No me mires así.

La frase me hace girar la cabeza hacia ella.

—¿Cómo?

Rachel abre la boca, pero acto seguido la cierra y frunce ligeramente el ceño.

—No sé.

Su respuesta me hace sonreír.

—Eso aclara mucho —ironizo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—No realmente.

Rachel suspira y aparta la mirada hacia la pared.

—Es una mirada muy… tranquila.

—Estoy tranquilo.

—Eso también es sospechoso.

—¿Preferirías que hubiera entrado en pánico?

—No.

—Entonces estamos bien.

Rachel vuelve a mirarme y durante unos segundos la tensión que hay entre nosotros no tiene nada que ver con el embarazo, sino con algo que ninguno parece especialmente interesado en nombrar.

Cuando salimos de la clínica caminamos unos metros en silencio por la acera. Rachel lleva el informe doblado dentro del bolso y camina con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Hace frío. Nueva York está entrando en esa época del año en la que el viento parece venir de todas las direcciones al mismo tiempo.

—No hacía falta que vinieras.

—Lo sé.

Rachel se detiene frente a un semáforo.

—Pero has venido.

—Sí.

La luz cambia a verde y cruzamos la calle. Cuando llegamos a la otra acera Rachel se detiene otra vez, pero esta vez se queda frente a mí.

—Lucke.

—¿Sí?

Me observa durante un momento y da un paso hacia delante, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que su frente queda

cerca de mi pecho. Cuando está así, sus brazos rodean mi cintura con una naturalidad que me sorprende. No dice nada, porque no hace falta que lo haga. Yo apoyo una mano en su espalda con cuidado y ella se queda quieta antes de relajarse. No nos damos un abrazo largo, pero tampoco es un gesto casual, porque hay algo diferente en él. Cuando Rachel levanta la cabeza sus ojos están muy cerca de los míos.

—Esto tampoco cambia nada.

—No.

—Seguimos siendo dos adultos razonablemente responsables.

—Eso espero.

Rachel me observa y su mano se pasea por mi chaqueta hasta detenerse en mi pecho. Yo no me aparto y ella sonríe ligeramente.

—Esto empieza a parecer peligrosamente cómodo.

—Probablemente.

Rachel se separa un poco, pero no del todo.

—No te acostumbres —añade con la mano aún apoyada en mi pecho.

—No planeaba hacerlo.

Rachel inclina la cabeza.

—Mentiroso.

—Un poco.

La sonrisa que aparece en su cara es breve. Luego vuelve a acercarse y su boca roza la mía el beso no tiene el ansia de las otras veces. Rachel apoya una mano en mi cuello y nuestro beso dura unos segundos antes de que se separe.

—Esto tampoco cambia nada.

—Lo sé.

Rachel se queda mirándome un instante más.

—Tengo que irme —dice justo después.

—Claro.

Da unos pasos hacia atrás.

—Gracias por venir.

—No hay problema.

Rachel asiente, luego se gira y empieza a caminar calle abajo y yo la observo unos segundos antes de continuar mi camino en dirección contraria.

Mientras avanzo entre la gente que llena la acera me doy cuenta de algo que no había considerado seriamente hasta ahora: Rachel cree que todo esto es una cuestión de responsabilidad, una consecuencia lógica de una decisión compartida y una situación que hay que gestionar con cierta madurez. He de reconocer que, durante los primeros días, pensé exactamente lo mismo, pero algo ha cambiado. No solo es el bebé, ni la logística, ni la responsabilidad, sino también algo que empezó aquella noche y que sigue creciendo aún y que no tiene nada que ver con la palabra obligación.

Respiro hondo mientras el viento frío de Manhattan me da en la cara con la certeza

Capítulo 9
Rachel

Las salas de espera de los hospitales tienen algo profundamente inquietante, que no tiene nada que ver con el silencio, ni el olor a desinfectante, sino la sensación de que todo el mundo está allí por algo importante, aunque intenta fingir que no lo es.

Estoy sentada en una de las sillas de plástico azul mirando una revista que no estoy leyendo, mientras intento convencer a mi cuerpo de que mantenga una apariencia razonablemente tranquila. A pesar de que no lo está consiguiendo demasiado, porque mi pierna derecha lleva cinco minutos moviéndose sola.

Lucke está sentado a mi lado con expresión calmada.

—Vas a romper el suelo si sigues así —comenta.

—Solo estoy quemando energía nerviosa.

—¿Funciona?

—No lo sé.

Paso una página de la revista sin mirar lo que hay impreso.

—Esto es absurdo.

—¿El qué?

—Estar aquí.

Lucke inclina ligeramente la cabeza hacia mí.

—Hombre, es una revisión médica.

—Ya lo sé.

—Entonces no es absurdo.

—No lo será para ti.

—Para mí tampoco es especialmente emocionante.

Levanto una ceja.

—Mentiroso.

—No, no lo soy.

—Acabas de venir a una ecografía prenatal.

—Correcto.

—Eso es emocionante.

—Y además es información.

Suelto una pequeña risa.

—Eres desesperadamente lógico —afirmo negando con la cabeza.

—Es una habilidad útil.

—No cuando estás sentado junto a una mujer que está intentando no entrar en pánico.

Lucke me mira.

—¿Estás entrando en pánico?

—No.

—Entonces vamos bien —me contesta con una sonrisa y yo suelto un resoplido.

—No me tranquiliza tu serenidad.

—Lo intento.

—Ese es el problema.

Justo en ese momento, la puerta de la consulta se abre y aparece una enfermera con una tableta en la mano.

—Rachel Morgan.

Me levanto y Lucke se pone de pie conmigo.

—¿Acompañante? —le pregunta la enfermera mirándolo.

—Sí.

Ella asiente y nos hace un gesto para que entremos a la consulta, que es más pequeña de lo que esperaba. Al mirar a nuestro alrededor, veo que hay una camilla, una pantalla y una máquina que parece diseñada para recordar constantemente que la medicina moderna tiene una fascinación peculiar por los aparatos que parecen sacados de una nave espacial.

La ginecóloga es una mujer de unos cincuenta años con gesto tranquilo y una voz que parece haber sido diseñada específicamente para decir cosas que la gente necesita escuchar sin entrar en pánico.

—Vamos a ver cómo está todo.

Asiento e intento mantener una apariencia razonablemente adulta mientras me tumbo en la camilla. El papel que cubre la superficie cruje bajo mi espalda.

Lucke está de pie a mi lado sin decir nada, solo me observa.

La doctora prepara el aparato mientras me explica el procedimiento con la calma de alguien que repite lo mismo diez veces al día.

—Es posible que el gel esté un poco frío.

No está un poco frío, está helado.

La doctora mueve el sensor sobre mi abdomen y en la pantalla se ve primero una imagen gris que parece completamente abstracta. Durante unos segundos no entiendo lo que estoy mirando, pero luego la doctora señala un punto.

—Aquí.

Entrecierro los ojos.

—¿Eso es…?

—Sí.

La imagen se mueve ligeramente y la doctora ajusta el aparato.

—Y esto…

Un sonido llena la habitación. Es rápido y constante, como si fuera el galope de un caballo, pero es el latido del corazón de mi bebé. Durante un segundo el mundo parece detenerse de forma bastante inconveniente. No esperaba que ese sonido me atravesara el pecho como una descarga eléctrica, ni que mis ojos empezaran a llenarse de lágrimas de la forma más traicionera posible.

—Todo está perfecto —dice la doctora—. El desarrollo es completamente normal.

Asiento o creo que lo hago. La verdad es que no estoy del todo segura. Lucke no dice nada, mientras la doctora sigue hablando.

—Lo importante ahora es que lleves una vida tranquila, mantener una alimentación saludable, descansar y evitar cargar peso.

Asiento otra vez, mientras veo que la doctora imprime unas imágenes.

—Aquí tenéis la primera foto de vuestro bebé.

La primera foto… El concepto me golpea con más fuerza de la que esperaba, trago saliva y la aprieto contra mi pecho.

Cuando salimos de la consulta llevo el sobre con la ecografía en la mano y Lucke camina a mi lado sin decir nada, algo que agradezco.

—No esperaba emocionarme tanto —le cuento en medio del pasillo.

La frase se me escapa antes de pensarla y él se detiene a mi lado.

—Es normal.

—No debería serlo.

—¿Por qué?

—Porque esto era un problema logístico.

Lucke me mira.

—Rachel.

—¿Qué?

—Acabas de escuchar el corazón del bebé.

«Bebé». Esa palabra se queda flotando sobre nuestras cabezas.

—Eso cambia un poco la ecuación.

Bajo la vista hacia el sobre.

—Sí, supongo.

Durante unos segundos ninguno de los dos habla, mientras mi mano sostiene el sobre con las imágenes del bebé. Lucke alarga la suya y sus dedos se cierran alrededor de los míos con suavidad. No dice nada. Solo me coge la mano y yo no la aparto.

Cuando salimos del hospital el aire frío nos recibe y comprobamos que el tráfico, los taxis, la gente caminando deprisa… todo sigue exactamente igual que antes.

—Esto es muy raro —digo.

—Un poco.

—Acabamos de escuchar el corazón de un ser humano.

—Sí.

—Eso debería ser ilegalmente emocionante.

—Es bastante impresionante.

Camino unos metros por la acera.

—No voy a ponerle un nombre ridículo.

Lucke levanta una ceja.

—Eso es bastante tranquilizador.

—Nada de nombres de *influencers*.

—Bien.

—Ni nombres que suenen a personaje de serie adolescente.

—Estoy de acuerdo.

—Ni nada que incluya guiones.

Lucke parece reflexionar.

—Eso elimina muchas opciones modernas.

—Exacto —asiento y me detengo un momento—. Tampoco voy a permitir nombres como Archibald.

—No está en mi lista.

—¿Tenías una lista?

—No.

—Mentiroso.

—Un poco —me responde con una sonrisa pilla.

—Esto sigue siendo una situación absurda.

—Un poco.

—Pero podría ser peor.

—Definitivamente.

Bajo la mirada hacia el sobre que sigue en mi mano.

—No esperaba sentir esto.

—¿El qué?

Tardo unos segundos en responder.

—Ganas de protegerlo.

Lucke no responde y se limita a asentir.

Una hora después estoy sola en mi apartamento. El silencio del salón me resulta extraño después de todo lo que ha pasado durante la mañana. Dejo el bolso sobre la mesa y cojo el sobre con las imágenes de la ecografía. Lo abro despacio y observo las imágenes pequeñas y granuladas. Al instante, apoyo una mano sobre mi vientre de forma casi automática. La sensación es extraña y nueva. No puedo evitar que una leve sonrisa se me dibuje en los labios.

De repente, mi móvil vibra dentro de mi bolso. Lo cojo y veo que es Nora.

Nora:

¿Cómo ha ido la ecografía?

Rachel:
Todo bien.

Los puntos suspensivos que me indican que me está respondiendo aparecen inmediatamente.

Nora:
Necesito más información que eso.

Sonrío.

Rachel:
He escuchado el latido.

Nora:
OMG ¡Qué emoción!

Rachel:
Sí, muchoooooo.

Nora:
¿Has llorado?

Rachel:
Tal vez.

Nora:
Sabía que ibas a llorar.

Rachel:
No entraba en mis planes.

Nora:
¿Lucke estaba contigo?

Rachel:
Sí.

Los puntos suspensivos aparecen otra vez mientras me responde.

Nora:
Vais a ser unos padrazos.

Suelto una pequeña risa.

Rachel:
Eso es muy optimista.

Nora:
No lo es.

Miro otra vez la ecografía.

Rachel:
Puede.

Me pongo la mano otra vez sobre mi vientre y suspiro. La verdad es que la palabra *padres* me sigue pareciendo extraña, pero ya no imposible y ese es el verdadero problema.

Capítulo 10
Lucke

Hay decisiones que no se anuncian con fuegos artificiales ni con discursos dramáticos en medio de la lluvia. Tampoco vienen acompañadas de música épica ni de revelaciones que lo cambian todo en un segundo. A veces aparecen de una forma mucho más discreta, como una conclusión lógica que se cuela en algún rincón de la cabeza y simplemente decide quedarse.

La mía llega una mañana mientras estoy preparando café en mi cocina con el apartamento en un silencio interrumpido por el ruido de la cafetera. Cojo el móvil para revisar los correos del trabajo y veo un mensaje de Rachel que ha llegado hace unos minutos.

Rachel:
¿Estás ocupado?

Su pregunta es breve y muy propia de ella, porque no suele escribir mensajes largos cuando algo es importante.

Lucke:
Depende.

Rachel:
Necesito ir al supermercado.

Me apoyo en la encimera mientras leo su mensaje.

Lucke:
Eso suena a que necesitas un *sherpa*, ¿no?

Rachel:
La doctora dijo que no cargara peso.

Lucke:
Lo recuerdo.

Rachel:
Entonces, sí, necesito un *sherpa*.

No puedo evitar sonreír.

Lucke:
Puedo desempeñar ese papel.

Rachel:
Perfecto.
No esperaba menos.
En diez minutos nos vemos.

Su mensaje llega acompañado de una foto que no esperaba: Rachel en la puerta de su apartamento, con el pelo suelto, una sudadera enorme y expresión de persona que claramente ha decidido que hoy no tiene paciencia para el mundo. Sonrío y guardo el móvil en el bolsillo y termino el café con una sensación curiosa en el pecho. Hace una semana todo esto era un accidente logístico, pero hoy ya no lo es.

No estoy enamorado oficialmente, ni he pronunciado discursos sobre el destino ni estoy escribiendo mentalmente nombres de bebés en una libreta. La decisión es mucho más sencilla que todo eso: he decidido estar junto a ella, no porque nada ni nadie me obligue, sino porque es lo que quiero.

Diez minutos después estoy llamando al timbre de su apartamento. Rachel abre la puerta con una bolsa reutilizable en la mano y el mismo gesto escéptico que suele reservar para las situaciones que considera ligeramente absurdas.

—Has tardado nueve minutos.

—He corrido.

—No te pedí tanto compromiso.

—Soy ambicioso.

Rachel me observa unos segundos antes de girarse hacia el interior del apartamento.

—Vámonos antes de que cambie de opinión.

Bajamos las escaleras del edificio y salimos a la calle. El supermercado está a dos manzanas y el frío de esta mañana tiene esa cualidad desagradable de meterse directamente bajo la ropa.

—Esto es ridículo —afirma Rachel metiendo las manos en los bolsillos de la sudadera.

—¿El qué? —pregunto arrugando el entrecejo.

—Que estés acompañándome a comprar yogures.

—La logística prenatal es compleja.

Rachel resopla.

—No estoy enferma.

—Nadie ha dicho eso.

—Podría ir sola.

—Sí.

Rachel gira la cabeza hacia mí.

—Pero no quieres que lo haga.

—Correcto.

—Eres insoportablemente razonable.

—Intento mantener una coherencia básica.

Entramos en el supermercado y Rachel coge un carrito con la expresión de alguien que no quiere estar allí.

—Solo necesitamos cuatro cosas.

—Eso nunca es verdad.

—Esta vez sí.

Avanza por el primer pasillo con decisión y coge una caja de cereales.

—Esto.

—Perfecto.

Luego yogures y después fruta. Todo parece ir razonablemente bien hasta que llegamos al pasillo de productos congelados y Rachel se queda mirando una caja de helado de chocolate con una intensidad sospechosa.

—No —digo.

Rachel gira la cabeza lentamente hacia mí.

—No te he pedido tu opinión.

—Ese helado pesa un kilo.

—No lo voy a cargar yo.

—No necesitamos helado.

Rachel cruza los brazos.

—Estoy embarazada.

—Eso no convierte el chocolate en una necesidad médica.

Rachel me mira con una expresión, que me da la sensación de que ha llegado mi último día

—Empiezo a entender por qué los manuales de embarazo recomiendan no asesinar al padre del bebé durante el primer trimestre —refunfuña.

—Es una recomendación sensata.

Rachel se queda en silencio unos segundos antes de coger la caja de helado y dejarla en el carrito.

—No he dicho que fuera a obedecer.

La miro y ella me dedica una sonrisa.

—Relájate, Lucke. Solo es helado.

Y por alguna razón absurda, verla discutir por una caja de chocolate en medio de un supermercado de barrio me resulta extrañamente perfecto.

Como era de esperar, el carrito acaba teniendo más cosas de las que Rachel había prometido al principio. No demasiadas, pero sí las suficientes como para demostrar que las listas de compra optimistas son un concepto bastante teórico cuando se mezclan con el hambre y un embarazo reciente.

Hay cereales, fruta, yogures, verduras, pan, el helado de chocolate que ella se ha negado a negociar y una bolsa de galletas que han aparecido misteriosamente en el carro sin que Rachel admita tener una responsabilidad directa.

—No recuerdo haber autorizado eso —le digo señalando la bolsa de las galletas.

Rachel ni siquiera se molesta en mirarla.

—Es posible que haya sido un acto reflejo.

—Muy selectivo.

—Estoy cultivando un ser humano. Necesito energía.

—Eso explica muchas cosas.

Rachel me mira con los ojos entrecerrados.

—No empieces.

—No he dicho nada.

—Lo estabas pensando.

—Tal vez.

Rachel empuja el carrito hasta la caja y empieza a sacar los productos. Yo me quedo a su lado mientras la cajera pasa los artículos por el lector.

—No deberías cargar peso —le recuerdo cuando Rachel intenta coger la bolsa.

—No pesa tanto.

—La doctora ha sido bastante clara.

Rachel suspira con dramatismo.

—Esto empieza a parecer una dictadura prenatal.

—Solo es cooperación logística.

—Eso suena sospechosamente parecido.

Cojo las bolsas antes de que pueda volver a discutir y salimos del supermercado. El frío ha empeorado ligeramente y Rachel se hunde más en su sudadera mientras caminamos hacia su edificio.

—Esto sigue siendo raro —dice después de unos pasos.

—Un poco.

—Hace tres meses ni siquiera sabía que existías.

—La vida tiene sentido del humor.

Rachel gira la cabeza hacia mí.

—¿Estás intentando hacer un comentario filosófico?

—Dios me libre.

Subimos al ascensor del edificio y entramos en su apartamento. Rachel deja la sudadera sobre una silla y se acerca directamente a la cocina mientras yo dejo las bolsas sobre la encimera.

—Vale —dice mirando el contenido—. Esto parece comida de adultos responsables.

—Eso es prometedor.

Rachel abre la nevera y empieza a colocar las cosas dentro.

—No te acostumbres.

—No lo haré.

—Esta no es una escena doméstica adorable.

—Lo sé.

Rachel me mira por encima de la puerta de la nevera.

—Entonces deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

Rachel frunce ligeramente el ceño.

—Como si esto fuera… normal.

—Es bastante normal.

—No, no lo es.

—Solo estoy guardando los yogures.

Rachel cierra la nevera con un golpe suave.

—No me refiero a eso.

Durante unos segundos nos quedamos frente a frente en la cocina, separados por menos de un metro. Rachel apoya la espalda en la encimera y me observa con la expresión analítica que suele usar cuando intenta entender algo que no encaja del todo dentro de su cabeza.

—No deberías estar tan tranquilo —dice al final.

—Estoy tranquilo —respondo y me encojo de hombros.

—Eso me pone nerviosa.

—Lo siento.

Rachel resopla.

—No quiero que esto se convierta en una especie de experimento doméstico.

—No lo es.

—Bien.

Rachel coge una manzana del frutero y se dirige al salón mientras le da un mordisco.

—Tengo sueño —murmura.

—Eso también lo mencionó la doctora.

Rachel se deja caer en el sofá con un suspiro.

—Si vuelves a citar a la ginecóloga voy a empezar a cobrarte consulta.

Me siento en el sillón frente a ella.

—No era mi intención.

Rachel se encoge de hombros.

—Estoy cansada. Es culpa de las hormonas, del estrés o de haber escuchado el corazón de una persona que todavía no mide más que una aceituna.

—Es una descripción bastante precisa.

Rachel me mira.

—No te burles.

—No lo hago.

Rachel se acomoda en el sofá y estira las piernas.

—Solo necesito cinco minutos —dice cerrando los ojos—. Luego volveré a ser una adulta funcional.

—Claro.

El apartamento se queda en silencio durante unos segundos, mientras Raquel tiene la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y una mano descansando sobre el vientre de manera inconsciente.

La observo un rato antes de levantarme y acercarme al sofá.

—Rachel.

—¿Mm?

—Cinco minutos se están convirtiendo en diez.

Rachel abre un ojo.

—No me presiones.

—No lo hago.

—Estoy gestionando mi crecimiento humano interno.

—Es un proceso complejo.

Rachel bosteza.

—Muchísimo.

Me siento en el borde del sofá y ella gira ligeramente el cuerpo para acomodarse mejor. Su cabeza acaba apoyándose contra mi hombro con naturalidad, aunque no dice nada y yo tampoco. El ruido lejano de la calle llega amortiguado desde la ventana y el calor del apartamento empieza a contrastar con el frío que traíamos de fuera.

Rachel respira despacio y un minuto después está profundamente dormida. La observo unos segundos con una sensación extraña en el pecho. A pesar de que no tenía planeado quedarme después de volver del supermercado, tampoco estoy pensando en irme. Así que ajusto ligeramente el brazo alrededor de sus hombros para que esté más cómoda y ella se mueve un poco, acercándose más a mí sin despertarse. Su mano sigue apoyada sobre el vientre y la mía acaba sobre la suya casi sin darme cuenta.

Rachel se despierta un rato después poco a poco. Primero cambia el ritmo de su respiración, luego mueve ligeramente la cabeza sobre mi hombro y finalmente abre los ojos con la expresión confusa que tiene la gente cuando necesita unos segundos para recordar dónde está.

—¿Me he dormido? —murmura con la voz todavía áspera por el sueño.

—Un poco —ironizo.

Rachel parpadea y levanta la cabeza.

—¿Cuánto?

—Media hora.

—Eso no son cinco minutos —resopla.

—No.

Rachel se pasa una mano por la cara mientras intenta recomponer su dignidad.

—No era el plan.

—Ha sido una buena siesta.

—No ha sido una siesta.

—Te has quedado dormida.

Rachel me mira con los ojos entrecerrados.

—No me analices.

—No lo estoy haciendo.

Rachel se incorpora lentamente en el sofá y estira los brazos por encima de la cabeza. La camiseta se levanta ligeramente con el gesto y deja ver una franja de piel sobre el pantalón. El gesto es pequeño, pero lo noto y ella también. Baja los brazos y me observa.

—Sigues aquí.

—Sí.

—Podrías haberte ido.

—Podría.

Rachel inclina la cabeza.

—Pero no lo has hecho.

—No.

Rachel tarda unos segundos en responder y luego apoya la espalda otra vez en el sofá.

—Esto empieza a parecer peligrosamente normal.

—No lo es.

—Vamos bien entonces.

Rachel se gira un poco hacia mí y su rodilla roza la mía sin que ninguno de los dos haga nada para apartarse. Durante unos

segundos nos quedamos así, mirándonos y Rachel suspira suavemente.

—Esto no estaba en las reglas.

—No.

—No habíamos planeado quedarnos dormidos juntos en el sofá.

—No.

Rachel apoya la cabeza contra el respaldo y me observa desde ahí.

—Pero tampoco habíamos planeado muchas otras cosas.

—Es verdad.

Rachel guarda silencio unos segundos y luego se acerca a mí. Apoya una mano en mi brazo primero, como si quisiera comprobar que sigo ahí y pasea sus dedos despacio hasta mi muñeca y se quedan ahí.

—Lucke.

—¿Sí?

Rachel tarda unos segundos en hablar.

—Esto no significa que estemos empezando una relación absurda de esa típica de las películas.

—Lo tengo claro.

—Ni que vayamos a convertirnos en una pareja perfecta que discute sobre nombres de bebé mientras pasea por Central Park.

—Tranquila.

Rachel levanta una ceja.

—No te burles.

—No lo estoy haciendo.

Rachel me observa un instante y luego se inclina hacia delante y me besa. El beso no tiene nada que ver con el primero que nos dimos aquella noche ni con los que vinieron después, cargados de tensión y deseo acumulado. Este es más lento y consciente.

Rachel apoya una mano en mi cuello mientras su boca se mueve contra la mía con una calma que no conocía en ella. Respondo a su beso sin prisas y noto cómo su respiración cambia ligeramente y sus dedos se deslizan por mi nuca antes de perderse en mi pelo.

Después, se acerca un poco más. Acomoda las piernas sobre el sofá y acaba sentándose a horcajadas sobre mis muslos con un movimiento natural que nos acerca todavía más.

—Esto tampoco estaba en las reglas —murmura contra mi boca.

—No.

Rachel sonríe ligeramente.

—Bien.

El siguiente beso es más profundo. Su boca se abre sobre la mía y mi mano se desliza hasta su cintura mientras la acerco un poco más contra mí. Rachel deja escapar una pequeña exhalación cuando nuestras caderas se encuentran y su cuerpo reacciona al instante, al igual que lo hace el mío también.

Rachel se mueve ligeramente sobre mis piernas, acomodándose mejor, y su frente se apoya contra la mía durante un instante, antes de volver a besarme.

—Sigues siendo muy peligroso —susurra.

—Has empezado tú.

Rachel deja escapar una pequeña risa.

—Eso no me convierte en responsable.

Mis manos se deslizan bajo la sudadera hasta encontrar la piel caliente de su espalda. Rachel se arquea ligeramente contra mí cuando mis dedos recorren su columna y sus labios se separan de los míos durante un segundo.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Eso.

—Necesito más información.

Rachel me mira con los ojos ligeramente entornados.

—Sabes exactamente a qué me refiero.

Sonrío y vuelve a besarme antes de que pueda responder. Esta vez el beso es más intenso. Su cuerpo se mueve contra el mío con un ritmo lento que no intenta esconder nada y la tensión crece entre nosotros de forma inevitable. Rachel apoya las manos en mi pecho y se separa un momento para mirarme.

—Esto sigue siendo solo algo físico —dice.

—Claro.

Rachel frunce ligeramente el ceño.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La de alguien que sabe algo que yo no sé.

—No sé nada.

Rachel me observa un instante y luego vuelve a besarme. Mis manos recorren su espalda mientras Rachel se mueve contra mí con una familiaridad que resulta peligrosa. Rachel apoya la frente contra la mía mientras recupera el aliento.

—Esto sigue siendo una idea terrible.

—Probablemente.

Rachel sonríe.

—Bien.

Se inclina otra vez hacia mí y, por primera vez entre nosotros, el deseo no parece como algo accidental, sino como algo que hemos elegido. Se detiene a unos centímetros de mi boca, lo suficiente para que pueda notar el calor de su respiración mezclándose con la mía y durante un segundo no pasa nada más, pero ese segundo pesa más que cualquiera de los besos impulsivos que nos dimos aquella primera noche.

Su mano se apoya en mi pecho, justo sobre el corazón, y sus dedos se curvan ligeramente en la tela de mi camiseta, como si quisiera asegurarse de que sigo ahí.

—Lucke… —murmura, pero no termina la frase, aunque no hace falta.

La beso primero esta vez, despacio, con una calma que no conocíamos cuando todo esto empezó. Rachel responde enseguida, y su boca se abre suavemente bajo la mía mientras sus brazos se deslizan alrededor de mi cuello. Mi mano baja hasta su cintura y la acerco un poco más a mí. Ella se mueve conmigo, acomodándose contra mi cuerpo con una naturalidad que me hace exhalar despacio contra su boca.

—Esto… —susurra entre besos.

—Lo sé.

Rachel deja escapar una pequeña risa que apenas dura un instante antes de que vuelva a besarme. Sus dedos se enredan en mi pelo y su cuerpo se presiona contra el mío.

La levanto del sofá sin romper del todo el beso y ella se deja guiar. La acomodo sobre mis muslos, apoyando las manos en mis hombros mientras me observa un momento.

—Sigues aquí —dice en voz baja.

—Sí.

Rachel pasa la yema de los dedos por mi mandíbula, como si estuviera memorizando algo.

—Bien.

Luego vuelve a inclinarse hacia mí y me besa. Su respiración se mezcla con la mía mientras mis manos recorren su espalda por debajo de la camiseta, encontrando la piel caliente de su cintura. Rachel se estremece ligeramente cuando mis dedos se pasean por su espalda y su frente se apoya un momento contra la mía.

—Eres un problema —susurra.

—No soy el único.

Rachel sonríe y se levanta lo suficiente para quitarse la camiseta antes de volver a acercarse. Su piel roza la mía cuando la abrazo otra vez. Nos movemos despacio, sin prisas, como si ninguno quisiera romper la calma que se ha instalado entre nosotros.

La beso en la mejilla, luego en el cuello, y Rachel inclina la cabeza hacia atrás con un suspiro suave mientras sus manos vuelven a encontrar mi pelo.

—Lucke…

Mi nombre suena distinto cuando lo dice así. La acerco más y ella se acomoda contra mí, nuestras piernas entrelazándose en el sofá mientras seguimos besándonos, explorándonos con una familiaridad que ya no tiene nada de improvisado.

Rachel apoya la frente contra la mía y me mira unos segundos antes de volver a besarme, más despacio esta vez. Entro en ella despacio aprovechando su humedad para clavarme en lo más profundo. Sus manos se deslizan por mi espalda y se quedan allí mientras nos movemos juntos con un ritmo tranquilo que encaja con la respiración de ambos. El mundo fuera del apartamento

desaparece. Solo queda el calor del salón, el sonido suave de nuestras respiraciones y la forma en que su cuerpo se adapta al mío con una facilidad que resulta peligrosamente natural.

Cuando todo se calma un poco después, Rachel se queda apoyada contra mi pecho, respirando despacio y sus dedos dibujan círculos distraídos sobre mi brazo.

—Esto sigue siendo una idea terrible —murmura.

—Probablemente.

Rachel sonríe contra mi pecho, pero no se aparta y yo tampoco.

Más tarde, cuando se queda dormida otra vez apoyada contra mi pecho, me quedo mirando el techo del salón con una sensación sorprendentemente clara: no estoy aquí por obligación, ni por responsabilidad, ni siquiera por el bebé. Estoy aquí porque he decidido quedarme junto a Rachel. La diferencia es pequeña, pero suficiente.

Yo ya he elegido, ahora solo falta que lo haga ella.

Capítulo 11
Rachel

Despertarse con náuseas no es romántico, ni cinematográfico, ni tiene absolutamente nada que ver con esas escenas de embarazo que aparecen en las películas cuando la protagonista sonríe mientras acaricia su vientre y alguien le trae un zumo de naranja recién exprimido. Despertarse con náuseas consiste en correr medio dormida hasta el baño mientras maldices al universo, a la cena de la noche anterior y a tu propio cuerpo por haberse convertido de repente en un laboratorio biológico que funciona con sus propias normas.

Cuando salgo del baño veinte minutos después con la sensación de haber sobrevivido a una experiencia espiritual bastante desagradable, lo primero que veo es a Lucke en el pasillo con los brazos cruzados y una expresión sorprendentemente tranquila para alguien que ha tenido que escuchar cómo su compañera de piso accidental perdía la dignidad al otro lado de la puerta.

—Esto no es una escena sexy —murmuro.

—Nunca lo he pensado.

—Bien.

Me apoyo un segundo en el marco de la puerta.

—Solo ha sido una náusea.

—Tres.

—No lleves la cuenta, por favor.

Lucke inclina ligeramente la cabeza.

—¿Estás mejor?

—Estoy viva, que ya es un logro razonable para la hora de la mañana que es.

Camino hacia la cocina para sentarme antes de que mi estómago decida organizar otra revolución. Lucke me sigue sin decir ni media palabra, lo cual agradezco más de lo que admitiré en voz

alta. Me dejo caer en una de las sillas de la cocina mientras él abre el grifo para llenar un vaso de agua.

—Bebe.

—No soy una paciente hospitalaria.

—No, pero acabas de vomitar.

—Eso no cambia nada...

Lucke deja el vaso delante de mí.

—Bebe igual —insiste.

Lo hago mientras saco el móvil del bolsillo y abro el chat con Nora. Escribo primero, pero lo borro y después vuelvo a escribir.

Rachel:
Sigo viva.

La respuesta tarda exactamente cinco segundos en llegar.

Nora:
Eso suena preocupantemente dramático.

Rachel:
He tenido náuseas al levantarme.

Nora:
¿Lucke sigue ahí?

Levanto la mirada un segundo hacia él y veo que está inspeccionando mi nevera con una curiosidad sospechosa.

Rachel:
Sí.

Nora:
Rachel.

Rachel:
No empieces.

Nora:
Estoy empezando.

Rachel:
No es nada romántico.

Hago una pausa antes de añadir la frase que resume toda esta situación.

Rachel:
Solo es algo logístico.

Nora tarda unos segundos en responder.

Nora:
Claro…

Rachel:
No lo digas con ese tono.

Nora:
No estoy poniendo ningún tono.

Alzo la mirada justo cuando Lucke abre la puerta de la nevera otra vez y lo observo unos segundos y luego vuelvo al móvil.

Rachel:
Se queda porque hoy me encuentro fatal.

Nora:
Ajá.

Rachel:
Deja de hablar como una persona
que está sacando conclusiones absurdas.

Nora:
No estoy sacando conclusiones.

Rachel:
Mentira.

Guardo el móvil antes de que Nora decida profundizar en el tema y cuando vuelvo a mirar a Lucke veo que sigue frente a la nevera con la puerta abierta y una expresión que me resulta inquietantemente analítica.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento entender tu sistema alimenticio.

—Mi sistema alimenticio funciona perfectamente.

Lucke levanta un recipiente de plástico transparente.

—¿Esto qué es?

—Sopa.

—¿De qué?

—No estoy segura.

—Eso es preocupante.

—La congelé hace dos semanas.

—Eso no mejora la situación.

Me levanto de la silla y camino hasta la encimera.

—Devuélvela a su sitio.

Lucke sigue inspeccionando el interior de la nevera.

—También hay tres yogures caducados.

—No, solo son conceptualmente optimistas.

—Eso no es una categoría alimentaria.

Cierra la puerta de la nevera y se gira hacia mí.

—¿Vas a desayunar algo?

—Mi estómago ha rechazado la idea de forma bastante clara.

Lucke abre un armario y dentro hay cereales, café, dos cajas de galletas y una libreta pegada con imanes en la puerta.

—¿Qué es esto? —pregunta observando un par de segundos la libreta.

—Una lista.

—Hay tres listas.

—Cada una tiene su función.

Lucke se acerca para leerlas.

«Comprar leche».

«No volver a comprar helado a las once de la noche».

«Recordar que las espinacas existen».

—Mi sistema organizativo es impecable —le suelto cruzándome de brazos.

Lucke levanta una ceja al escucharme.

—Yo diría que más bien es… creativo.

—Es eficiente.

—No, es caótico.

—Eso lo dices porque no lo entiendes.

Lucke cierra el armario con calma.

—Voy a hacerte algo de comer.

—No hace falta.

—Te vendrá bien.

—Esto sigue siendo mi cocina.

—También lo sé.

Lo observo unos segundos mientras empieza a moverse por la cocina con naturalidad y sin sentirse fuera de lugar, algo que me resulta totalmente desconcertante. No reorganiza nada, ni me juzga, simplemente se adapta, lo cual me descoloca más que si hiciera cualquier comentario crítico.

Lucke rompe dos huevos en una sartén como si llevara años cocinando en esta cocina, lo cual es muy curioso teniendo en cuenta que hasta hace cuarenta y ocho horas ni siquiera sabía que existía. Me apoyo en la encimera con los brazos cruzados mientras lo observo.

—No quiero crear un precedente peligroso.

—¿Cocinar huevos?

—Tú cocinando huevos en mi cocina.

—Simplemente es un acto humanitario.

—Yo lo llamaría más bien «invasión doméstica».

Lucke se encoge de hombros sin perder de vista la sartén.

—Técnicamente sigo siendo un invitado.

—Los invitados no reorganizan desayunos.

—Solo estoy improvisando uno.

—Mi desayuno consiste en café.

—Eso explica muchas cosas.

—Mi sistema funciona —suelto encogiéndome de hombros sin perder detalle de lo que hace.

Lucke coloca el plato delante de mí con una calma que me resulta ligeramente irritante.

—Come algo.

—No tengo hambre.

—Tu estómago no es un buen asesor esta mañana.

—Mi estómago está tomando decisiones muy firmes.

Lucke se apoya en la encimera frente a mí.

—Pruébalo al menos.

—Esto no es una negociación —le digo mirándole directamente a los ojos.

—Lo sé.

—Entonces deja de mirarme como si fueras médico.

—Solo estoy evaluando resultados.

Resoplo, pero cojo el tenedor y empiezo a comer. El primer bocado tarda unos segundos en decidir si quiere quedarse en mi cuerpo o regresar al mundo exterior, aunque finalmente opta por permanecer donde está. Mientras como, Lucke sigue observándome.

—No me mires.

—¿Funciona?

—Por ahora.

—Eso es prometedor.

—No te emociones.

Termino el plato con más éxito del que esperaba y Lucke recoge la cocina antes de que pueda protestar.

—No hace falta que hagas eso.

—Lo tengo claro.

—Sigue siendo mi cocina.

—No se me ha olvidado.

Lo observo mientras abre el grifo y lava el plato que he utilizado. No siento que tenga intención de reorganizar mi vida, ni de imponer ninguna rutina, ni convertir esta situación en algo que se parezca a una convivencia formal. Solo está aquí de forma curiosamente natural, lo cual es lo que más me desconcierta.

Paso el resto de la mañana moviéndome por el apartamento con una sensación difícil de definir. Lucke se instala en el sofá del salón con el portátil mientras responde algunos correos y yo intento concentrarme en el mío desde la mesa, aunque mi concentración no dura demasiado porque cada vez que levanto la vista me encuentro con la imagen ligeramente absurda de un hombre alto y demasiado atractivo trabajando en mi salón como si llevara años haciéndolo.

A mediodía, Lucke sigue aquí, aunque ninguno de los dos parece especialmente interesado en comentar ese detalle. La tarde se estira entre pequeñas conversaciones, algún comentario sarcástico sobre mis listas pegadas en la nevera y un par de mensajes de Nora que respondo con evasivas cada vez más elaboradas.

Cuando empieza a oscurecer, me levanto del sofá después de una siesta involuntaria que no tenía previsto echar y él aparta la

mirada del portátil.

—¿Cómo te encuentras?

—Menos cerca de la muerte que esta mañana.

—Eso suena optimista.

Camino hasta la ventana del salón y miro el tráfico que circula por la calle.

—Podrías irte a casa.

Lucke tarda un momento en responderme.

—Podría…

—Tu apartamento sigue existiendo, ¿eh?

—Eso espero.

—Y tu cama también.

—Probablemente.

Me giro hacia él.

—No tienes que quedarte.

Lucke cierra el portátil con calma.

—Lo sé.

—No estoy enferma.

—No, no lo estás, lo tengo claro.

—Ni soy una planta delicada.

—Nunca lo he pensado.

—Entonces ¿por qué sigues aquí? —pregunto cruzándome de brazos.

Lucke tarda unos segundos en contestar, como si estuviera buscando la respuesta más sencilla posible.

—Porque es más práctico.

Resoplo.

—Empiezo a odiar esa palabra.

—Lo superarás.

Lo observo un momento y después empiezo a caminar hacia mi dormitorio.

—Si te quedas —digo desde la puerta— tendrás que compartir cama.

Lucke levanta una ceja.

—Eso suena peligroso.

—No empieces.

—No he empezado nada.

—Es una cuestión logística —le aclaro.

Lucke asiente con absoluta seriedad.

—Por supuesto.

Un rato después de cenar, estamos en el dormitorio y la situación es exactamente tan incómoda como esperaba. Lucke se sienta en el borde de la cama mientras yo coloco las almohadas con una concentración exagerada, intentando ignorar el hecho de que el padre de mi bebé está a medio metro de distancia observando mis maniobras con una tranquilidad sospechosa.

—Esto es absurdo.

—Un poco.

—Dos adultos perfectamente funcionales discutiendo cómo dormir.

—Hay decisiones estratégicas importantes.

—No dramatices.

—Nunca lo hago.

Me tumbo primero dejando entre nosotros una distancia prudente y él se acuesta después. El espacio entre nuestros cuerpos no llega a un palmo, algo de lo que es muy consciente mi cuerpo. Por ese motivo, intento concentrarme en el techo y convencerme de que dormir con Lucke es solo una solución práctica a una situación médica ligeramente incómoda. Pese a eso, mi cerebro no parece demasiado convencido.

—Rachel —me dice Lucke moviéndose ligeramente bajo las sábanas.

—¿Sí?

—Si necesitas levantarte otra vez esta noche, avísame.

—No hace falta.

—Ya, pero lo prefiero.

Durante unos segundos ninguno de los dos habla y me doy cuenta de algo ligeramente inquietante: dormir a su lado no resulta incómodo, sino fácil, algo que prefiero no pararme a analizar.

La habitación permanece en la calma incómoda que aparece cuando dos personas comparten espacio sin saber qué hacer con sus cuerpos. Es algo distinto, más extraño, porque mi cerebro reconoce

la cercanía de Lucke con una naturalidad que no esperaba y que, francamente, me gustaría analizar en otro momento menos peligroso.

Intento dormir. Cierro los ojos, respiro despacio y cuento mentalmente los segundos mientras intento convencer a mi cuerpo de que la presencia de él a menos de un palmo de distancia no debe importarme. Pese a eso, mi cuerpo no comparte esa opinión.

Lucke se mueve ligeramente y el roce de la sábana contra mi pierna envía un pequeño recordatorio a mi sistema nervioso de que sigo siendo una mujer con nervios perfectamente funcionales. Abro los ojos y miro el techo.

—Esto es ridículo —susurro.

Lucke gira un poco la cabeza sobre la almohada.

—¿El qué?

—Intentar dormir como si esto fuera completamente normal.

—Estamos en una cama.

—No me refiero a eso.

Guarda silencio un momento antes de responder con la misma serenidad que ha demostrado durante todo el día.

—Si lo prefieres, puedo irme al sofá.

Giro la cabeza hacia él.

—No.

—No quiero que estés incómoda.

—No lo estoy.

Lucke me observa durante un segundo.

—Entonces estamos bien.

Resoplo suavemente.

—Tu serenidad empieza a ser sospechosa.

—Lo intento.

—Ese es exactamente el problema.

Lucke sonríe un poco y durante unos segundos ambos estamos en silencio, aunque la distancia entre nuestros cuerpos sigue siendo tan pequeña que cualquier movimiento la vuelve evidente. Me giro hacia él antes de analizar demasiado el gesto y veo que él levanta ligeramente la cabeza.

—Rachel.

—¿Sí?

—Estás invadiendo mi espacio.

—Es mi cama.

—Buen argumento.

Apoyo una mano sobre su pecho con un movimiento que empieza como una comprobación y termina convirtiéndose en algo más consciente de lo que esperaba. Lucke baja la mirada hacia mi mano y vuelve a mirarme.

—Rachel.

—Ya lo sé...

—No, no estoy seguro de que lo sepas.

—Te digo que sí...

Me acerco un poco más a él y la distancia entre nuestros cuerpos desaparece por completo. Lo beso de forma lenta y él responde enseguida. Su mano desciende hasta mi cintura y el beso se vuelve más profundo. Enredo los dedos en su nuca y él me atrae más hacia él con una calma que contrasta con la electricidad que empieza a recorrer el mío.

Lucke se incorpora ligeramente sobre el colchón y me acerca hasta que mi cuerpo queda apoyado contra el suyo. Recorre mi espalda con las yemas de sus dedos y mi respiración se vuelve más profunda.

—Eres un problema —murmuro contra su boca.

—Te prometo que es mutuo.

Sonrío y vuelvo a besarlo. Mis dedos recorren su pecho mientras él mueve una mano por mi cintura hasta detenerse en mi vientre. Mi cuerpo se tensa un instante y él lo nota. Levanta la mirada hacia la mía sin retirar la mano y yo exhalo despacio.

—Está bien.

Lucke no aparta la mano. Su palma permanece allí con una naturalidad que no tiene nada de protectora ni de paternal, solo es contacto cálido y firme. Eso relaja algo dentro de mí.

—No tienes que tratarme como si fuera frágil.

—No lo estoy haciendo.

—Bien.

Lucke inclina la cabeza y me besa de nuevo. Me acerca más contra él y mi respiración se rompe en un suspiro cuando nuestras caderas se encuentran.

—Rachel —susurra.

Apoyo la frente contra la suya mientras nuestros cuerpos siguen moviéndose con un ritmo cada vez más íntimo.

—Esto sigue siendo una idea terrible.

—Probablemente.

Sonrío.

—Bien.

Lo beso otra vez y el mundo parece reducirse al espacio pequeño de la cama, al calor de su piel contra la mía y al ritmo compartido de nuestras respiraciones. Su boca se mueve contra la mía con una calma que no tiene nada que ver con la urgencia de otras veces.

Lucke pasea una mano por mi espalda recorriendo cada centímetro de mi piel hasta que sus dedos encuentran la curva de mi cintura y se quedan ahí un instante, como si estuviera comprobando algo que ya sabe. El gesto es tan tranquilo que mi cuerpo responde antes incluso de que mi cabeza tenga tiempo de pensar en ello y me acerco más a él hasta que el espacio entre nosotros desaparece. Mis manos suben hasta su cuello y se quedan allí, atrapando su calor mientras vuelvo a besarlo. Su boca se abre sobre la mía y el beso se vuelve más profundo e intenso. La forma en que me sujeta contra su cuerpo hace que mi respiración se rompa un poco y él deja escapar una exhalación contra mis labios.

—Rachel…

Lo beso otra vez antes de que pueda añadir nada más y nuestras camisetas desaparecen. Recorro su pecho despacio con los dedos, explorando la firmeza de sus hombros y el calor de su piel. Lucke reacciona enseguida al contacto, acercándome más contra él mientras regresa sus manos a mi espalda.

—Sigues siendo un problema —murmuro.

Lucke sonríe contra mi boca.

—No soy el único.

La respuesta me hace reír muy cerca de sus labios, aunque la risa dura poco porque el siguiente beso es más profundo y su mano se desliza por mi cintura. Nos movemos despacio mientras nos quitamos el resto de la ropa entre besos interrumpidos. Lucke me observa un instante antes de acercarse otra vez.

—Ven aquí —susurra.

Me acerco sin discutir y él pasa una mano por mi espalda mientras me besa otra vez y cada caricia parece despertar una respuesta distinta en mi cuerpo.

—Esto sigue siendo una idea terrible —musito apoyando la frente contra la suya un momento.

—Probablemente.

Lo beso otra vez. y desliza una mano por mi costado. Luego baja un poco más hasta detenerse sobre mi vientre. Mi cuerpo se tensa un poco, pero él lo nota enseguida y levanta la mirada hacia la mía sin retirar la mano.

—Rachel.

Exhalo despacio.

—Está bien.

Su palma permanece sobre mi vientre con naturalidad y eso relaja algo dentro de mí.

—No tienes que tratarme como si fuera frágil —susurro mirándole a los ojos.

—No lo hago.

Lucke inclina la cabeza y me besa otra vez. Mi cuerpo se mueve contra el suyo con una cadencia que encaja con la suya. Sus manos recorren mi espalda mientras mis dedos se aferran a sus hombros.

—Me vuelves loco —murmura muy cerca de mi boca mientras entra en mí.

—No te quejes.

Lucke deja escapar una pequeña risa contra mis labios.

—No lo estoy haciendo.

El movimiento entre nosotros se vuelve más intenso poco a poco. El placer crece con cada roce de piel, hasta que la tensión acumulada entre nosotros termina por romperse y estallamos de

placer. Mis dedos se clavan en sus hombros mientras mi respiración se altera y durante un instante todo parece detenerse entre jadeos de placer. Nos miramos a los ojos susurrando nuestros nombres.

Cuando recuperamos el resuello, me quedo apoyada contra su pecho escuchando el latido de su corazón, mientras sus dedos dibujan círculos lentos sobre mi espalda. Durante unos segundos sigo allí, dejándome envolver por el calor de su cuerpo.

—Esto sigue siendo una idea terrible.

—Sí.

Pero ninguno de los dos se mueve. La noche avanza y en algún momento me quedo dormida.

Cuando abro los ojos por la mañana, la luz entra por la ventana del dormitorio y el apartamento está tranquilo. Tardo unos segundos en recordar dónde estoy, aunque poco después noto que Lucke sigue a mi lado y está despierto.

—Buenos días —me susurra.

Me quedo mirándolo unos segundos.

—Sigues aquí.

—Sí.

—Podrías haberte ido.

—Podría…

Me incorporo un poco en la cama mientras intento ordenar la sensación extraña que se instala en mi pecho, porque de repente esto empieza a parecer algo… real y eso me asusta más que las náuseas matutinas.

Capítulo 12
Lucke
Dos meses después

Dejo mi camiseta en el respaldo de una de las sillas de la cocina mientras reviso el móvil y calculo mentalmente cuánto tiempo tengo antes de que el tráfico de la mañana convierta Manhattan en una trampa de metal y bocinas. Resoplo y maldigo para mis adentros. Hoy no puedo teletrabajar, porque tengo una reunión presencial con un cliente nuevo. No es más que una presentación absurda que alguien decidió programar a las ocho y media de la mañana sin consultarme, así que no puedo saltármela.

Rachel aparece en la puerta de la cocina justo cuando cierro el portátil. Lleva una coleta despeinada y una camiseta mía que le queda demasiado grande. Desde hace unas semanas su vientre empieza a dejarse ver bajo la tela. Es una curva suave que todavía no domina su figura pero que cambia la forma en que se mueve.

—¿Te vas? —me pregunta apoyada en el marco de la puerta de la cocina.

—Sí, tengo una reunión a primera hora.

Rachel asiente despacio.

—Qué tragedia.

—Espero sobrevivir.

Cojo la chaqueta del respaldo de la otra silla y me acerco a la encimera para dejar la taza en el fregadero. Cuando vuelvo a girarme, Rachel ya está dentro de la cocina y su mirada pasa del portátil cerrado a la silla y a mi camiseta que sigue en la silla. No dice nada, solo alza una ceja mientras la observo.

—¿Qué?

Rachel señala la silla con la barbilla.

—¿Eso forma parte de algún plan estratégico?

Miro la camiseta como si la viera por primera vez.

—No.

—Curioso.

Rachel camina hasta la silla, levanta la camiseta con dos dedos y la deja caer otra vez.

—Empiezas a expandirte.

—Solo es una camiseta.

—Estás ocupando territorio.

—No dramatices.

—Tranquilo. No estoy presentando una queja formal —me dice con una sonrisa llena de sarcasmo.

Cojo las llaves de la encimera.

—Vuelvo esta tarde.

Rachel se encoge de hombros.

—Haz lo que quieras.

Camino hacia la puerta y cuando la abro, miro hacia atrás y veo que Rachel vuelve a mirar la camiseta, pero no dice nada, aunque tampoco se ha movido del sitio.

Cuando regreso por la tarde, me encuentro con la camiseta exactamente donde la dejé. Rachel está en la cocina con el pelo suelto, una de mis sudaderas y una expresión de concentración sospechosa mientras mira dentro de una olla con la seriedad de alguien que intenta descifrar una fórmula química.

—Huele a experimento.

Rachel ni siquiera se gira para mirarme.

—Eso es ofensivo.

—Más bien… prudente.

Me acerco a la encimera y miro dentro de la olla.

—¿Qué es? —pregunto arrugando el entrecejo.

—Pasta.

—Eso ya lo veo.

Rachel prueba la salsa con una cuchara.

—Estoy perfeccionando.

—Eso explica el olor...

Rachel me mira de reojo.

—En lugar de criticar podrías colaborar.

—No recuerdo haber firmado ese contrato.

—Es implícito.

Abro el cajón de los cubiertos y saco una cuchara para probar la salsa, mientras Rachel observa mi reacción con interés.

—¿Y bien?

—Le falta sal —sentencio.

—No.

—Sí.

—Que te digo que no.

—Rachel.

—Lucke.

Le acerco el salero. Rachel suspira y añade una pizca diminuta. Prueba otra vez y no dice nada.

—Tenía razón —le digo aguantándome la risa.

—No pienso reconocerlo.

—No hace falta.

Rachel apaga el fuego, yo saco dos platos y ella empieza a servir la pasta. Nos movemos por la cocina sin chocar ni preguntarnos dónde está cada cosa. Hace dos meses habría resultado incómodo, mientras que ahora simplemente ocurre.

Rachel se sienta primero.

—Estamos en un punto peligroso —suelta de buenas a primeras.

—¿Por la pasta?

—Por esto —. Hace un gesto con la punta del tenedor alrededor de la cocina—. Empieza a parecer vida doméstica.

—Eso suele pasar cuando dos personas cenan.

Rachel empieza a comer.

—Seis meses.

—¿Qué?

—Seis meses de embarazo.

—Lo sé.

Rachel me mira.

—Y seguimos sin nombre.

—Podríamos solucionarlo fácilmente.

—Es una sorpresa —me recuerda señalando su vientre.

—Podríamos saber el sexo.

—No.

—Eso ayudaría.
—Eso arruinaría la sorpresa.
—Los bebés no son regalos de Navidad.
—Exactamente lo son.
—Rachel.
—Lucke.
Rachel mastica con calma.
—Además quiero ver tu cara cuando nazca.
—¿Mi cara?
—Sí.
—Eso suena sospechoso.
Rachel se encoge de hombros.
—Te obsesiona tener toda la información.
—Me gusta planificar.
—Eso es control, no planificación.
—No, simplemente es eficiencia.
Rachel sonríe.
—Lo que tú digas.
Apoyo el tenedor sobre el plato.
—¿Entonces cuál es tu plan? —le pregunto recostando la espalda en la silla.
—Esperar.
—Eso no es un plan.
—Claro que lo es.
Rachel apoya una mano sobre su vientre mientras habla.
—Cuando nazca tendrá cara.
—Los bebés ya tienen cara dentro del útero, ¿eh?
—Pero entonces sabremos quién es.
—Eso no ayuda a elegir nombre.
Rachel se inclina un poco hacia delante.
—Podríamos llamarlo Sorpresa.
—No.
—¿Pasta?
—Rachel.
—¿Sal?
—No.

Rachel sonríe con satisfacción.

—Te estresas demasiado.

—Es una decisión importante.

—Solo es un nombre.

—Es la identidad de una persona.

Rachel vuelve a comer.

—Estás exagerando.

—No.

—Sí.

—Rachel.

—Lucke.

La discusión se detiene porque Rachel empieza a reírse y yo me quedo mirándola mientras lo hace, hasta que ella se da cuenta.

—¿Qué?

—Nada.

Vuelve a coger un poco de pasta con la punta del tenedor.

—Estás raro.

—Estoy cenando.

—No.

Rachel levanta una ceja.

—Estás cómodo.

Miro alrededor de la cocina, los platos, la olla, la camiseta que sigue en la silla y a Rachel sentada frente a mí.

—Es una cena.

Rachel sacude la cabeza.

—Eso es lo que me preocupa.

Termina el plato con calma mientras yo recojo la cocina en silencio. Rachel observa mis movimientos un momento antes de levantarse de la silla con la leve torpeza que ha empezado a tener en las últimas semanas. No es dramática ni incómoda, solo la forma en que su cuerpo empieza a adaptarse a la vida que crece dentro de él..

—No hace falta que recojas —dice apoyándose en la encimera.

—Lo sé.

—Sigue siendo mi cocina.

—También lo sé.

Abro el grifo y dejo los platos limpios en el escurreplatos. Rachel me mira un momento antes de suspirar con exageración.

—Empiezas a comportarte como si vivieras aquí.

—Solo he lavado dos platos.

—Es el principio de la expansión territorial.

—Eso suena alarmante.

—Porque lo es.

Cuando termino, apago la luz de la cocina y Rachel camina hacia el salón. Me sigue con la mirada hasta que paso detrás de ella y me dejo caer en el sofá. Rachel se queda un instante de pie, mirando la ventana, hasta que lanza un suspiro y se sienta a mi lado. Rachel apoya la cabeza contra el respaldo unos segundos y después se inclina hacia mí hasta apoyar la cabeza en mi pecho. Llevo la mano a su espalda para acariciarla y Rachel suspira.

—Esto empieza a parecer sospechosamente cómodo.

—Podríamos discutir si te tranquiliza.

—No arruines el momento.

—Lo intentaré.

Rachel se mueve un poco para acomodarse mejor y su pelo roza mi cuello.

—¿Cómo era tu casa cuando eras pequeño?

—Normal.

Rachel levanta la cabeza lo justo para mirarme.

—Eso no significa nada.

—Mis padres eran profesores.

—¿En serio?

—Sí, de instituto.

Rachel sonríe.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Tu obsesión por tener respuestas.

—Eso no es obsesión.

—Eso es genética.

Rachel vuelve a apoyar la cabeza sobre mi pecho.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana.

—¿Mayor?

—Sí.

Rachel se ríe suavemente.

—Ahora todo tiene sentido.

—No sé si quiero saber por qué.

—Los hermanos pequeños siempre desarrollan esa necesidad de control.

—Eso es una teoría arriesgada.

Rachel dibuja círculos distraídos sobre mi camiseta con los dedos.

—Mi casa era un caos.

—¿En qué sentido?

—Siempre había mucho ruido, mucha gente y opiniones muy distintas —me cuenta y levanta la cabeza para mirarme—. Lo curioso es que ahora esto me parece… tranquilo.

Durante unos segundos ninguno de los dos habla. Rachel estira las piernas con cuidado y apoya una mano sobre su vientre de forma automática. El gesto se ha vuelto tan habitual que apenas nos damos cuenta ninguno de los dos.

—Estoy agotada —murmura cambiando de tema.

—Has cocinado pasta.

—Ha sido una experiencia intensa.

—Lo imagino.

Deja escapar una pequeña risa y después se inclina hacia mí, apoyando la cabeza sobre mi pecho como si lo hubiera hecho mil veces. Muevo el brazo casi por reflejo y lo coloco alrededor de su espalda.

—No te acostumbres —murmura con ironía.

—Empiezo a sospechar que dices eso por deporte.

Rachel se acomoda un poco más contra mí.

—Es preventivo — vuelve a apoyar la cabeza sobre mi pecho después de decirlo.

Su respiración se vuelve más lenta mientras mi mano empieza a recorrer su espalda con movimientos distraídos. Hace dos meses esto habría sido extraño, pero ahora no lo es y ese es el problema.

Bajo la mirada hacia ella y veo que su pelo descansa sobre mi pecho y tiene un gesto relajado, que no tiene nada que ver con la Rachel que suele estar preparada para discutir con cualquiera que se acerque demasiado a su espacio personal. Pero ahora no está discutiendo, está apoyada en mí. Se mueve un poco para acomodarse mejor y noto cómo su vientre roza mi costado y el contacto me recuerda algo que a veces desaparece durante unos minutos de conversación absurda o cenas improvisadas. Ahí dentro hay un bebé, nuestro bebé. Esa idea sigue resultando extraña cada vez que la pienso.

Detengo la mano un instante sobre su espalda antes de seguir moviéndola. Durante semanas me he repetido la misma explicación: esto es un gesto de responsabilidad, estoy haciendo lo correcto. No somos más que dos adultos gestionando una situación con cierta lógica. Esto al principio era suficiente, sin embargo, cuando Rachel levanta un poco la cabeza para mirarme, algo en su expresión hace que esa explicación empiece a quedarse corta.

—¿En qué piensas?

—En nombres —miento.

Rachel resopla.

—Otra vez.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Tenemos tres meses por delante para decidirlo.

—Eso no es mucho tiempo.

—Te obsesiona demasiado.

—Es un detalle importante.

Rachel vuelve a acomodarse sobre mi pecho.

—Sabes qué es lo realmente raro de todo esto.

—No, sorpréndeme…

—Que no es incómodo —observa sin rastro de sarcasmo en su tono.

—No debería serlo.

Rachel tarda un momento en responderme

—No. Pero tampoco debería ser tan fácil.

Muevo de nuevo mi mano sobre su espalda y la palabra «fácil» vuelve a aparecer en mi cabeza. Cenar juntos, discutir

nombres, dejar una camiseta olvidada en una silla, Rachel apoyada en mi pecho como si lo hubiera hecho toda la vida… Nada de todo esto estaba en el acuerdo inicial, ni en la lógica práctica que intenté aplicar al principio. Resoplo y Rachel vuelve a levantar la cabeza para mirarme.

—Estás raro.

—Solo estoy pensando.

—Eso siempre es sospechoso.

—No necesariamente.

Se incorpora un poco y se sienta en el sofá. Apoya la espalda contra el respaldo y estira las piernas sobre la mesa baja de centro, mientras me observa con curiosidad.

—¿Te preocupa algo?

Su pregunta es directa. Rachel no suele andarse con rodeos cuando algo le interesa.

—No.

—Eso suena poco convincente.

—Estoy calculando opciones.

—Eso sí suena convincente.

Rachel sonríe un poco.

—Sabes que esto no es permanente, ¿verdad?

—Sí.

—Ni siquiera es convivencia.

—Lo tengo claro.

Rachel se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—Solo una situación logística.

—Evidentemente.

Rachel asiente, se levanta del sofá y se acerca hasta la ventana del salón para observar la calle mientras el ruido del tráfico sube desde la avenida. Yo la miro desde el sofá consciente de que hay algo en esta escena que resulta demasiado familiar.

—Estás demasiado cómodo aquí —me dice girándose para mirarme.

—Estoy sentado.

Rachel rueda los ojos.

—Sabes a lo que me refiero.

—Tal vez.

—Esto no es una vida doméstica —afirma apoyándose en la ventana.

—Nunca he dicho que lo sea.

—Ni una relación.

—Tampoco lo he dicho.

Se cruza los brazos y durante un momento, parece estar pensando si quiere añadir algo más.

—No te acostumbres —añade con una sonrisa, como si fuera una broma necesaria para mantener cierta distancia entre lo que está pasando y lo que ninguno de los dos quiere pararse a analizar.

—Voy a ducharme —dice caminando hacia el baño y cómo la puerta se cierra unos segundos después.

Mientras, yo sigo sentado en el sofá mirando la cocina, la camiseta en la silla y el lugar donde Rachel estaba apoyada hace un momento.

«No te acostumbres».

Su frase vuelve a mi cabeza con claridad, el problema es que ya he empezado a hacerlo.

Capítulo 13
Rachel

Doy un bostezo mientras estoy sentada en la mesa del salón con el portátil abierto y una taza de café, que ya se ha quedado fría, cuando el móvil de Lucke vibra sobre la encimera de la cocina. Él está en la ducha, mientras yo intento terminar un informe antes de que mi cerebro decida declararse oficialmente en huelga por culpa del embarazo y de la falta de sueño.

El móvil vuelve a vibrar y giro la cabeza de forma instintiva hacia él. No tengo intención de levantarme, pero vibra otra vez. Resoplo y me levanto para coger un vaso de agua o eso es lo que me digo mientras camino hasta la cocina, pero el teléfono vuelve a vibrar justo cuando llego a la encimera. La pantalla se ilumina, por lo que no tengo que tocar nada para leer el mensaje.

Lexi:
He pasado cerca de tu oficina hoy y
me he acordado de ti.

Me quedo mirando la pantalla.

«Lexi».

El nombre no me suena y supongo que eso debería tranquilizarme, pero no lo hace. El móvil vuelve a vibrar.

Lexi:
Sigo pensando que deberíamos vernos algún día.

El grifo de la ducha se apaga justo en ese momento y yo, de forma instintiva, aparto la mirada del móvil como si me hubiera quemado. Pero no lo he tocado, ni he respondido, ni he hecho absolutamente nada. Sin embargo, cuando Lucke aparece en la cocina unos segundos después con el pelo húmedo y una camiseta negra recién puesta, mi humor ya ha decidido empeorar.

—Tu móvil no para de vibrar —le digo sentada de nuevo frente a mi portátil e intentando parecer que estoy concentrada en lo que aparece en la pantalla.

Lucke mira la encimera, coge el móvil y lee los mensajes, mientras yo le miro con disimulo. No cambia de expresión y eso me irrita todavía más.

—¿Algún problema? —pregunta.

—Ninguno.

—Rachel —me dice sin apartar la mirada de mí.

—¿Qué?

—Estás enfadada —afirma y yo alzo la mirada hacia él y me cruzo de brazos.

—No.

—Sí.

—Solo he informado de un hecho técnico.

Lucke deja el móvil sobre la encimera.

—¿Qué has leído?

—Nada.

—Rachel.

—Solo he visto el nombre.

Lucke espera.

—Lexi —. La palabra sale de mi boca con una calma sospechosa—. ¿Quién es?

Lucke tarda un instante en responder.

—Alguien con quien salí hace tiempo.

Al escucharle, siento algo extraño en el pecho, que no es tristeza, ni enfado, sino algo peor… ¡Celos! Lo cual resulta profundamente ridículo.

—Interesante.

Lucke levanta una ceja.

—¿Por qué?

—Porque no sabía que tenías club de fans.

Lucke lanza un suspiro.

—Rachel.

—No empieces.

—No estoy empezando nada.

—Perfecto.

Regreso la mirada a mi portátil, aunque no soy capaz de ver nada de lo que aparece en la pantalla. Lucke sigue en la cocina.

—Rachel.

No levanto la vista.

—¿Qué?

—Esto te está molestando.

—No.

—Sí.

Cierro el portátil con más fuerza de la necesaria.

—Esto no es nada serio, Lucke.

La frase sale de mi boca más rápido y con más fuerza de la que pretendía. Cuando levanto la mirada, él sigue mirándome desde la cocina y algo en su expresión me dice que la conversación acaba de empezar de verdad.

—¿Qué significa eso?

—Significa exactamente lo que he dicho.

Me levanto de la silla.

—Esto no es nada serio.

Lucke cruza la cocina despacio hasta detenerse al otro lado de la mesa.

—¿Te refieres al mensaje?

—Me refiero a todo.

—Rachel.

—No empieces a hablar con ese tono tranquilo, porque me sacas de quicio.

—Estoy intentando entender.

—No hay nada que entender.

Apoyo las manos sobre la mesa.

—Esto es una situación logística.

Lucke se queda quieto.

—¿Logística?

—Sí.

—Tenemos un bebé en camino.

—Exactamente.

—Vivimos prácticamente juntos.

—No vivimos juntos.
—Paso aquí la mayoría de las noches.
—Eso no es convivencia.
Lucke me observa con una atención incómodamente directa.
—Rachel.
—¿Qué?
—Estás enfadada.
—No.
—Que sí…
—No estoy enfadada.
—Entonces explícamelo.
Resoplo.
—No hay nada que explicar.
Lucke tarda un momento en responder.
—Te ha molestado.
—No.
—Sí.
—No me molesta que alguien del pasado te escriba.
—Entonces ¿qué te molesta?
—Nada.
Lucke inclina la cabeza.
—Rachel.
—Lucke.
Nos quedamos mirándonos un segundo.
—Esto no es una relación.
La frase sale más seca de lo que esperaba de entre mis labios y Lucke tarda un instante en responderme.
—¿Eso crees?
—Eso es lo que es.
—Tenemos sexo.
—Tenemos química.
—Vamos juntos a las revisiones médicas.
—Eso es responsabilidad.
—Duermes sobre mi pecho cada noche.
—Eso es comodidad.
—Discutes conmigo sobre nombres de bebé.

—Eso es inevitable.

Lucke apoya una mano en el respaldo de la silla frente a mí.

—¿Y los celos?

La palabra me golpea en mitad del pecho.

—No estoy celosa.

—Rachel.

—He dicho que no.

—Entonces ¿por qué estamos discutiendo? —pregunta arrugando el entrecejo.

—Porque estás dramatizando.

—No lo estoy.

—Sí lo haces.

—Rachel.

—Me vas a gastar el nombre… —le respondo con la voz más tensa—. Esto no es nada serio.

Lucke tarda exactamente dos segundos en responder.

—Para mí sí lo es —suelta de repente sin levantar la voz, ni discutir. Simplemente lo suelta y cae como una bomba frente a mis pies.

—No digas eso —acierto a decir.

—Es la verdad.

—Es mejor que no lo compliques.

—No lo estoy complicando.

—Lucke.

—Rachel.

Mi corazón empieza a latir demasiado rápido.

—Esto empezó por accidente.

—Ya lo sé.

—No necesitamos añadir más drama —le aclaro.

—No es drama.

—Entonces ¿qué es?

Lucke da un paso hacia mí y nos quedamos muy cerca uno del otro.

—Es importante.

Trago saliva.

—No.

—Para mí sí lo es.

—No digas eso.

—Ya lo he dicho —responde encogiéndose de hombros.

Intento apartarme, pero Lucke me agarra suavemente del brazo para que me detenga.

—Rachel.

—Suéltame.

—Mírame.

Levanto la mirada y estamos demasiado cerca el uno del otro.

—Esto no es nada serio —insisto.

—Entonces ¿por qué te duele? —me dice a media voz y mirándome fijamente a los ojos.

Durante un segundo pienso en responder algo inteligente, sarcástico o que cierre la conversación y me devuelva el control, pero no lo hago, porque Lucke sigue demasiado cerca. Su mano continúa sobre mi brazo. La distancia entre nuestros cuerpos es mínima y mi respiración empieza a alterarse de una forma que no tiene nada que ver con la discusión.

—Suéltame.

—No.

—Lucke.

—Rachel, mírame —me dice con la voz aún más grave.

—Esto no es nada serio —repito.

—Deja de repetir eso —me ruega sin moverse.

—Porque es verdad.

—No.

—Sí.

Intento apartarme otra vez, pero él se adelanta y su mano pasa de mi brazo a mi cintura y me acerca un poco más a él. El gesto no es brusco, pero tampoco es suave y mi cuerpo reacciona.

—Esto no cambia nada —le advierto.

—No estoy intentando cambiar nada —responde inclinando la cabeza un poco.

—Entonces ¿qué haces?

—Esto —me responde y me besa.

Su boca se estrella contra la mía con una intensidad que arrastra todo el enfado que he acumulado de los últimos minutos. Intento apartarme durante un instante, pero mis manos suben a su cuello y lo acerco todavía más a mí. La cocina desaparece al igual que la discusión y solo nos queda el calor de su boca y la forma en que su mano aprieta mi cintura, que hace que mi cuerpo responda antes de que mi cabeza tenga tiempo de pensar.

—Rachel… —murmura contra mis labios.

—No digas nada.

Vuelvo a besarlo con más fuerza y el me empuja con suavidad contra la mesa, hasta que el borde golpea la parte trasera de mis muslos. El impacto me arranca un pequeño jadeo que él aprovecha para besarme con más ansia.

—Decías que no era nada serio.

—Cállate —le ordeno.

—Estabas muy convencida.

—Lucke.

Su mano sube por mi espalda hasta perderse bajo mi camiseta. El contacto de sus dedos sobre mi piel me obliga a cerrar los ojos un instante, mientras mi cuerpo se acerca al suyo aún más.

—Dime otra vez que no significa nada —susurra.

—No me digas eso.

—¿Por qué?

—Porque sabes lo que haces.

Lucke deja escapar una risa contra mi boca.

—Claro que lo sé.

Recorro su espalda con mis manos hasta alcanzar el borde inferior de su camiseta y tiro de ella con impaciencia.

—Esto es una pésima idea —murmuro.

—Lo sé.

—No pienso discutirlo mañana.

—Perfecto.

—Y no significa nada.

Lucke vuelve a besarme.

—Rachel.

—¿Qué? —musito.

—No te creo.

Su boca desciende por mi cuello y mi respiración se rompe en un suspiro involuntario. La discusión sigue mezclada con el deseo de una forma peligrosa que hace que todo resulte más intenso.

—Esto no arregla nada —consigo decir.

—No estoy intentando arreglarlo.

—Entonces ¿qué es?

Lucke levanta la cabeza y me mira y veo el color verde de sus ojos más oscuro que antes.

—Esto es lo que pasa cuando dejas de mentirte.

Durante un instante pienso en responderle, pero finalmente no lo hago, porque mi cuerpo ya ha decidido otra cosa. Me acerco primero a él y lo beso con ansia, mientras subo mis manos hasta su cuello y tiro de él hacia mí, mientras su boca responde con la misma intensidad. Me levanta un poco y me empuja hacia atrás hasta que el borde de la mesa choca con la parte posterior de mis muslos. El impacto me arranca un pequeño jadeo que él aprovecha para profundizar nuestro beso. Sus manos recorren mi cintura, mi espalda, deteniéndose un instante en la curva de mi vientre antes de volver a subir.

—Rachel… —murmura contra mi boca.

—No hables.

Tiro de su camiseta con impaciencia y él se la quita de cualquier manera. Su piel caliente queda contra mi cuerpo y la forma en que me sujeta hace que mi respiración se acelere aún más. Me levanta lo justo para sentarme sobre la mesa y mi cuerpo reacciona de inmediato. Rodeo su cintura con las piernas, acercándolo todavía más mientras nuestros labios vuelven a encontrarse con una intensidad que ya no tiene nada que ver con la discusión de hace unos minutos.

Lucke me quita la ropa que me queda y agarrando su erección, la guía hasta mi entrada húmeda y ansiosa de él. Entra poco a poco con un cuidado inicial que dura exactamente un segundo. En cuanto nuestras respiraciones empiezan a mezclarse y mis manos se aferran a sus hombros, ese cuidado se transforma en

algo más profundo y urgente. Le clavo las uñas en la espalda acercándolo más a mí.

—Lucke…

Mi voz se rompe en un suspiro que él parece sentir en todo el cuerpo y me aprieta la cintura con las manos. El ritmo entre nosotros se vuelve cada vez más intenso. Lo beso otra vez y apoya la frente contra la mía durante un instante mientras nuestras respiraciones se mezclan. Cuando vuelvo a mirarlo, sus ojos siguen clavados en los míos y ese verde oscuro tiene ahora algo más que deseo. Mi cuerpo se arquea contra el suyo cuando la tensión acumulada termina por romperse y el placer nos atraviesa casi al mismo tiempo. Mis manos siguen aferradas a sus hombros mientras él me sostiene con firmeza, como si necesitara asegurarse de que sigo ahí. Nuestros labios vuelven a encontrarse en un beso más lento, pero todavía agitado.

Durante unos segundos el mundo se reduce a la mesa, al calor de su piel contra la mía y a la forma en que seguimos mirándonos como si acabáramos de descubrir algo que ninguno de los dos estaba preparado para admitir.

El mundo vuelve poco a poco a la cocina. La mesa sigue detrás de mí, la respiración de Lucke todavía está demasiado cerca de mi cuello y sus manos descansan en mi cintura mientras intento ordenar algo que no sé muy bien cómo nombrar. Durante unos segundos ninguno de los dos habla. Lucke se aparta lo justo para mirarme.

—Rachel —susurra.

—No digas nada.

—No, no iba a hacer.

—Perfecto.

Apoyo las manos sobre la mesa para recuperar un poco de equilibrio, mientras mi respiración sigue demasiado irregular y mi cabeza intenta reconstruir la discusión que acabábamos de tener hace unos minutos.

«Lexi».

«Celos».

«Esto no es nada serio».

La lógica de esa frase se ha vuelto bastante cuestionable en este momento.

—Estás pensando demasiado —me dice sin dejar de mirarme.

—Eso es culpa tuya.

—No necesariamente.

Levanto la mirada.

—Esto no cambia nada.

—No he dicho que lo haga.

—Bien.

Lucke tarda un segundo en responder.

—Rachel.

—¿Qué?

—Estás enfadada conmigo.

—No.

—Sí, sí que lo estás.

—No estoy enfadada.

—Entonces ¿qué te pasa?

La pregunta queda flotando entre nosotros y respiro hondo antes de responderle.

—Esto ya no es solo sexo.

La frase sale de mi garganta antes de que tenga tiempo de detenerla y en cuanto me doy cuenta de que la he dicho, me quedo inmóvil y él también. Mi cerebro tarda exactamente dos segundos en darse cuenta de lo que acabo de decir.

«Mierda», me digo para mí y bajo la mirada hacia el suelo.

—No era eso lo que quería decir —trato de aclarar, aunque Lucke no responde—. Solo… —empiezo, pero no termino la frase, porque no tengo una versión alternativa que suene mejor. Vuelvo a levantar la mirada y veo que Lucke sigue mirándome con una expresión que no sé cómo interpretar.

—Rachel.

—No digas nada —le pido.

—Déjame hablar.

—No —insisto y me paso una mano por el pelo—. Ignora lo que he dicho.

—No puedo.

—Sí, sí que puedes.

—No.

—Esto empezó por accidente —murmuro.

—Lo sé.

—No necesitamos complicarlo más…

Lucke no responde inmediatamente y eso me pone nerviosa.

—Rachel.

—¿Qué?

—No eres la única que está pensando en eso.

La frase se me clava en mitad del pecho. Aparto la mirada hacia la ventana de la cocina y veo que las luces de la calle y escucho cómo el ruido del tráfico sube hasta el apartamento como un murmullo constante que normalmente ni siquiera noto, pero ahora noto todo: mi respiración alterada, el latido acelerado de mi corazón y la presencia de Lucke a menos de un metro de distancia.

—Esto es una mala idea —murmuro.

Lucke tarda un instante en responderme.

—¿Qué parte?

No contesto inmediatamente, porque la respuesta no es la que habría dado hace dos meses. Hace dos meses el problema era el embarazo y la logística absurda de compartir revisiones médicas con un hombre con el que no había planeado nada. Pero ahora el problema es otro.

Me giro hacia él.

—No estoy acostumbrada a esto —le digo girándome hacia él.

—¿A qué? —pregunta frunciendo ligeramente el ceño.

—A necesitar a alguien.

Esa frase me abre en canal frente a él, porque durante años me he acostumbrado a no depender, ni necesitar, ni esperar a nadie. Pero ahora Lucke está aquí, en mi cocina, en mi sofá, en mi cama y en mi vida y eso me da más miedo que el embarazo.

—Esto no entraba en mis planes —reconozco bajando la mirada hasta el suelo.

—Rachel.

Levanto la mirada.

—¿Qué?

—Tampoco estaba en los míos —me responde sin dejar de mirarme.

La frase se queda flotando sobre nuestras cabezas. No dice nada más, porque por primera vez no tengo miedo de tener un bebé creciendo dentro de mi barriga, sino que tengo miedo de Lucke, de lo que significa y de lo que empieza a importarme nosotros.

—Esto sigue siendo una situación logística —digo después de soltar un hondo suspiro.

Lucke levanta una ceja.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

Me giro hacia la puerta del pasillo.

—Voy a ducharme.

Camino hacia el baño antes de que pueda añadir algo más, cierro la puerta y apoyo la espalda contra la madera. No sé qué hacer con Lucke y eso es lo que más me asusta.

Capítulo 14
Lucke

Rachel sale del baño con el pelo húmedo recogido en una toalla y una camiseta grande que le llega casi hasta medio muslo. La puerta se abre despacio y la veo detenerse en el umbral del pasillo cuando descubre que sigo en la cocina. Yo no me he movido. Sigo sentado en la misma silla en la que estaba cuando ella se encerró en el baño hace unos minutos. Su portátil continúa abierto sobre la mesa, el vaso de agua está donde lo dejó y Nueva York sigue a lo suyo al otro lado de las ventanas.

Rachel me mira, aunque no parece sorprendida, sino incómoda. Avanza unos pasos hasta la cocina y se detiene al otro lado de la mesa. Durante un instante pienso que va a decir algo sarcástico y que rompa la tensión que ha quedado suspendida desde hace unos minutos, pero no lo hace. Se limita a inclinarse sobre la mesa, coge el vaso de agua, bebe un sorbo y luego deja el vaso otra vez donde estaba. Apoya las manos en la mesa. El gesto parece casual, pero la forma en que sus dedos se tensan sobre la madera me dice que lleva varios minutos pensando en lo que va a decir.

—Tenemos que hablar.

Asiento ligeramente.

—De acuerdo.

Tarda unos segundos en continuar. Mira la ventana, regresa la mirada a la mesa, después la baja hasta el suelo, hasta que finalmente vuelve a mirarme a mí.

—Creo que necesitamos poner un poco de distancia, porque esto se está complicando.

Me apoyo hacia atrás en la silla.

—¿Qué es lo que se está complicando?

Rachel resopla.

—Lucke, no hagas eso.

—¿El qué?

—Responder con preguntas.

—Estoy intentando entender lo que quieres decir.

Se pasa una mano por el pelo húmedo.

—No es tan complicado.

La observo sin moverme.

—Explícamelo —le pido apoyando los codos sobre la madera ahora.

Rachel camina despacio alrededor de la mesa y se detiene frente a mí sin dejar de mirarme. La distancia entre nosotros es de apenas un metro.

—Cuando nazca el bebé —empieza— las cosas van a cambiar.

—Es bastante probable.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco.

Rachel suspira.

—Esto —dice señalando entre nosotros— no puede seguir creciendo de esta forma.

Inclino la cabeza ligeramente.

—¿Qué forma es esa? —le pregunto inclinando ligeramente la cabeza.

—Estás metiéndote demasiado en mi mundo.

Suelta sin rodeos.

—Estoy quedándome.

Rachel parpadea una vez.

—Eso es exactamente de lo que estoy hablando.

—No parece un problema.

Rachel suelta una pequeña risa sin humor.

—Claro que lo es.

—¿Por qué?

Abre la boca para responder, pero tarda un segundo en hacerlo.

—Porque cuando nazca el bebé todo esto puede convertirse en un lío enorme.

—No veo el lío.

Ella aprieta los labios.

—Esto empezó como una situación… —hace un gesto con la mano— práctica.

—Un embarazo inesperado.

—Exacto —asiente con la cabeza.

—Eso no ha cambiado.

Rachel niega con la cabeza.

—Tú sí.

La frase me hace sonreír ligeramente.

—No estoy seguro de que eso sea un problema.

Rachel se cruza de brazos.

—Te estás metiendo demasiado en mi realidad.

—Estoy aquí.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Por qué?

Rachel tarda un momento en responder.

—Porque no quiero que cuando nazca el bebé esto se convierta en algo confuso.

—¿Confuso para quién?

—Para todos.

La observo durante unos segundos.

—¿Te refieres a mí o a ti?

Rachel no responde inmediatamente y eso ya es una respuesta.

—Esto no era un plan de vida —me dice.

—Lo sé.

—No era algo que tuviese plannificado en mi agenda.

—Ni yo en la mía.

Rachel deja escapar el aire lentamente.

—No quiero que esto se convierta en algo que luego tengamos que desmontar.

—¿Desmontar qué?

Rachel me mira fijamente.

—Esto.

Señala entre nosotros otra vez.

—Lo que sea esto…

Su frase suena deliberadamente vaga. Me quedo observándola durante unos segundos y veo cómo se mueve inquieta mientras la miro.

—No sé por qué estás tan tranquilo —murmura.

—Porque no veo el problema.

Rachel suelta una risa breve.

—Claro que no lo ves.

—Explícamelo.

Rachel se pasa la mano por la frente.

—Cuando nazca el bebé vamos a tener que organizarnos.

—Claro.

—La custodia.

—Sí.

—Los horarios.

—También.

—Las rutinas.

—Correcto.

Rachel levanta las manos con frustración.

—No podemos mezclar eso con… esto.

—¿Esto?

Rachel me mira con los ojos ligeramente entornados.

—No finjas que no sabes de qué hablo.

—Quiero oírlo.

Rachel tarda unos segundos en decirlo.

—Con lo que está pasando entre nosotros.

La cocina se queda en silencio, porque Rachel parece darse cuenta de lo que acaba de admitir.

—No significa nada —añade rápidamente.

No le respondo y ella continúa.

—Solo digo que cuanto más se mezcle todo ahora, más difícil será separar las cosas después.

—¿Separarlas?

Rachel asiente.

—Sí.

—No estoy planeando separarlas.

Rachel se queda inmóvil.

—No puedes decidir eso tú solo.

—No lo estoy haciendo.

Rachel me mira fijamente.

—Estás actuando como si esto fuera… algo más.

—¿Y si lo es?

Rachel se queda completamente quieta y veo cómo se tensan sus dedos en el borde de la mesa.

—Eso es exactamente lo que me asusta —dice a media voz y, por primera vez desde que ha empezado esta conversación, Rachel deja de sonar fría.

No hago nada que pueda darle la excusa que está esperando.

—¿Qué es lo que te asusta exactamente? —pregunto.

Rachel piensa durante un segundo y después me responder

—Que te estés metiendo demasiado en mi realidad.

—Ya lo has dicho.

—Porque es verdad.

—Sigo aquí.

—Eso es exactamente el problema.

Me inclino ligeramente hacia delante en la silla.

—No estoy invadiendo nada.

Rachel suelta una risa breve.

—Claro que lo estás haciendo.

—Estoy quedándome.

—Te estás instalando.

—Estoy aquí.

Rachel niega con la cabeza.

—Esto no era el plan.

—Nunca hubo plan, ya te lo he dicho.

—Exactamente.

Rachel se aparta de la mesa y empieza a caminar por la cocina con una energía inquieta que no encaja con la calma que intenta mantener en la voz.

—Esto era un embarazo inesperado —dice—. Dos adultos intentando manejarlo con un mínimo de sentido común.

—Sigue siéndolo.

Rachel se gira hacia mí.

—No.

—¿Por qué?

—Porque tú estás actuando como si esto fuera una relación —suelta y se detiene frente a la ventana. No le respondo inmediatamente para que siga—. Vienes aquí todas las noches.

—Paso tiempo contigo.

—Duermes aquí.

—Sí.

—Cocinamos juntos.

—También.

—Vamos juntos a todas las revisiones médicas.

—Es mi hijo.

Rachel se gira bruscamente.

—No estoy discutiendo eso.

—Entonces ¿qué estás discutiendo?

Rachel abre la boca para responder, pero la vuelve a cerrar y se acerca de nuevo a la mesa.

—Estás demasiado en mi vida —repite.

—Me he quedado a tu lado.

Rachel apoya las manos en la mesa otra vez.

—Eso es lo que me asusta.

—No parece una amenaza.

Ella me mira con frustración.

—¿Por qué estás tan tranquilo?

—Porque no estoy haciendo nada malo.

—No he dicho que sea malo.

—Entonces ¿qué es?

Rachel tarda unos segundos en responder.

—Es peligroso.

La palabra se queda suspendida sobre nuestras cabezas.

—¿Para quién? —pregunto.

Rachel me mira directamente a los ojos.

—Para mí… —Se queda un instante en silencio y continúa—. Cuando nazca el bebé vamos a tener que tomar decisiones reales.

—Claro.

—No quiero que cuando llegue ese momento tengamos que desmontar algo que nunca fue una buena idea.

—¿Qué es lo que habría que desmontar?

Rachel me mira con incredulidad.

—Esto.

—No estoy planeando desmontarlo.

Rachel se queda completamente quieta y suelta el aire lentamente.

—Estás actuando como si esto fuera importante.

—Lo es —respondo asintiendo con la cabeza.

Rachel parpadea una vez.

—No digas eso.

—Es la verdad.

Rachel niega con la cabeza.

—Esto no estaba en nuestros planes.

—Tampoco ahora lo está.

Rachel me observa en silencio durante varios segundos.

—Estás demasiado en mi vida.

—No parece algo malo.

—No entiendes nada.

—Explícamelo.

Rachel tarda unos segundos en hacerlo.

—Porque cuando esto termine…

—No tiene por qué terminar —digo.

Rachel levanta la mirada bruscamente.

—Claro que sí.

—¿Por qué?

Rachel parece quedarse sin palabras durante un momento.

—Porque no funciona así.

—¿Cómo funciona? —quiero saber.

—Esto no es una relación.

—Podría serlo —le digo, busco su mirada y ella me mira con incredulidad.

—No digas eso.

—No estoy prometiendo nada.

Rachel tarda un segundo en responder.

—Entonces ¿qué estás haciendo?

La respuesta es sencilla.

—Quedándome.

Rachel se queda mirándome.

—Eso es lo que me asusta —dice finalmente.

Rachel me observa durante varios segundos sin decir nada. Sus manos siguen apoyadas en la mesa, pero la tensión que antes estaba en sus hombros ahora parece haberse trasladado a su mirada. Da un paso hacia atrás y luego otro.

—Puedes irte —dice, aunque no me muevo.

Rachel me mira.

—Lucke.

Sigo sentado.

—He dicho que puedes irte.

Inclino ligeramente la cabeza.

—Te he oído.

—Entonces ¿por qué sigues aquí?

—Porque no me estoy yendo.

Rachel suelta una pequeña carcajada que no tiene nada de humor.

—Esto es exactamente lo que decía.

—¿El qué?

—Te estás metiendo demasiado en mi realidad.

Apoyo los antebrazos sobre la mesa y la observo.

—Estoy quedándome a tu lado.

Rachel niega con la cabeza.

—Eso no es lo mismo.

—Para mí sí.

Rachel se cruza de brazos.

—No puedes decidir eso.

—No lo estoy decidiendo solo.

Rachel da un paso hacia mí.

—Lucke, esto no funciona así.

—Explícame entonces cómo funciona.

—Cuando alguien dice que necesita distancia, lo normal es que la otra persona la respete.

—¿Eso es lo que quieres?

Rachel tarda un segundo en responder.

—Es lo que debería querer.

—No es lo mismo.

Rachel aprieta los labios.

—Estás haciendo esto más difícil de lo necesario.

—No estoy haciendo nada.

Rachel suelta el aire lentamente.

—Te estoy diciendo que puedes irte.

—Ya lo sé.

—Entonces vete.

—No.

—Esto no es un juego —me dice mirándome fijamente.

—No lo estoy tratando como si lo fuera.

Rachel se pasa una mano por la cara.

—No quiero que cuando nazca el bebé todo esto sea un lío.

—No tiene por qué serlo, ya te lo he dicho.

—Claro que sí.

—No si dejamos de fingir que esto es solo logística.

Rachel se queda completamente quieta.

—Eso es lo que es.

—No.

Rachel frunce el ceño y da otro paso hacia mí. Ahora estamos muy cerca.

—Cuando nazca el bebé vamos a tener que organizarnos. No quiero que todo eso esté mezclado con algo que luego tengamos que desmontar.

—No estoy planeando desmontarlo.

—Puedes irte —repite y me mira durante varios segundos —. ¿Por qué no te vas de una maldita vez? —pregunta finalmente.

Me encojo ligeramente de hombros.

—Porque no quiero.

Rachel tarda un momento en responder.

—Eso no es una respuesta.

—Es suficiente.

Durante unos segundos ninguno de los dos habla.

—Esto no arregla nada —dice.

—No estoy intentando arreglarlo.

Rachel me observa un segundo más y luego sus manos suben a mi cuello y tira de mí hacia ella y me besa. Me levanto de la silla sin romper el contacto y la acerco a mí. Rachel rodea mi cuello con los brazos y su respiración se vuelve más irregular cuando nuestras bocas vuelven a encontrarse.

—Esto sigue siendo una mala idea —murmura contra mis labios.

—Probablemente.

—No voy a discutirlo.

—Perfecto.

Rachel vuelve a besarme.

—Lucke.

—¿Sí?

—Eres muy terco.

Sonrío ligeramente.

—Lo sé.

Rachel apoya la frente contra mi hombro durante un momento. Cuando vuelve a mirarme, su expresión es diferente, ya no parece tan a la defensiva.

—Sigues aquí —dice.

—Sí.

Rachel tarda un momento en responder.

—No estoy acostumbrada a eso.

—Lo sé.

Rachel me observa durante unos segundos más y me da la sensación de que no parece querer que me vaya.

Capítulo 15
Rachel

Hasta hoy, el espejo del baño nunca me había parecido un enemigo. Mientras me miro, me quedo quieta frente al lavabo con la camiseta levantada hasta debajo del pecho, observando la curva de mi barriga con incredulidad, por cómo mi cuerpo ha cambiado en los últimos meses, y también con fascinación. Mi barriga no es enorme todavía, pero está ahí: redonda, visible e innegable. Antes mi abdomen siempre era plano. De hecho, era algo en lo que ni siquiera pensaba y ahora, en cambio, no puedo dejar de mirarlo.

Me pongo una mano sobre la piel y noto el cambio en la forma en que mi cuerpo responde al contacto. Mis pechos también han cambiado. Ahora están más grandes y sensibles y la camiseta se me queda atrapada en ellos cuando intento bajarla y tengo que recolocármela como puedo.

—Genial —murmuro para mí misma.

Cojo el teléfono que he dejado sobre el mármol y abro el chat con Nora. Durante unos segundos pienso en no hacerlo e ignorar esta extraña sensación que me ha provocado mirarme en el espejo. Pero, después, sin pensármelo, me hago una foto rápida. La imagen muestra exactamente lo que estoy viendo: una barriga que cada vez reclama más protagonismo y un sujetador que me queda pequeño desde hace semanas.

Rachel:
Creo que mi cuerpo ha decidido independizarse.
Si mañana desarrollo branquias te aviso.

Nora:
Eso se llama embarazo, tía.

Resoplo.

Rachel:
No recuerdo haber firmado

para instalarme esta actualización de cuerpo…

Nora:
Estás perfecta.
Es completamente normal.

Rachel:
Normal es una palabra muy optimista.

Nora:
Tu cuerpo está haciendo exactamente lo que tiene que hacer.

Me miro otra vez al espejo y la mujer que aparece reflejada sigue siendo yo, solo que distinta… y más vulnerable de lo que me gustaría.

—Perfecta —repito con escepticismo y dejo el teléfono sobre el lavabo.

El problema es que hoy no me siento así y supongo que Lucke lo notará en cuanto me vea.

Cuando salgo del baño, Lucke está en la cocina. No es una sorpresa, porque lleva toda la tarde aquí. Tiene el portátil abierto sobre la mesa, una taza de café medio vacía a su lado y el apartamento huele a algo que ha estado cocinando hace un rato.

Me ve en cuanto cruzo el pasillo y no dice nada, lo que me confirma que Nora tiene razón en lo que siempre me dice: Lucke observa demasiado.

—¿Todo bien? —me pregunta con un tono que, a mí me parece, demasiado tranquilo.

Asiento mientras paso junto a la mesa sin mirarlo demasiado.

—Sí.

Abro el frigorífico de la pila de platos para tener ocupadas las manos con algo que no sea mi propio cuerpo y, por lo visto, eso hace que Lucke aparte su atención de la pantalla del portátil.

—Rachel.

—¿Qué?

—Estás rara.

Abro y vuelvo a cerrar la puerta del frigorífico con fuerza.

—No estoy rara.

—Estás evitando mirarme.

—Solo quiero un vaso de agua —le digo mientras vuelvo a abrir la nevera para coger una botella y la dejo sobre la encimera.

Lucke se levanta de la silla con una calma que empieza a resultarme sospechosa, da la vuelta a la mesa y se acerca despacio hasta detenerse a medio metro de mí.

—¿Qué pasa? —quiere saber.

Abro la botella y bebo directamente de ella. Ya sé que el agua fría no arregla nada, pero al menos me da unos segundos para pensar qué decir, porque la respuesta sencilla sería decir la verdad: que no me reconozco al mirarme en el espejo. Pero no me gusta cómo suena eso. Dejo la botella sobre la encimera y Lucke da un paso más, lo que aún lo deja más cerca de mí.

—No —digo e instintivamente levanto una mano que se queda a medio camino entre él y yo.

—¿No? —se detiene.

—No te acerques más.

Lucke levanta una ceja, pero me obedece y eso me irrita un poco.

—¿He hecho algo? —inquiere, desconcertado.

—No.

—Entonces explícamelo.

Cruzo los brazos sobre el pecho antes de responder.

—No soy la mujer que era hace unos meses —suelto con más sequedad de lo que esperaba.

—Lo sé —me responde tras un segundo.

—¿Ah, sí? —pregunto arqueando las cejas.

—Sí.

—Porque yo ya no me veo por ninguna parte…

Lucke me observa con atención y veo cómo su mirada baja hasta mi torso, para después volver a subir hasta mis ojos. A pesar de que no hay incomodidad en el gesto, tampoco hace ningún comentario y eso me desconcierta.

—Rachel.

—¿Qué?

—¿Esto tiene algo que ver con el baño?

Resoplo.

—Eres demasiado observador.

—Es una habilidad útil —me responde encogiéndose de hombros.

—Es irritante.

Lucke se apoya ligeramente contra la encimera, sin acercarse más a mí.

—¿Qué ha pasado?

Tardo un momento en responder, porque me resisto a reconocerlo delante de él. Lanzo un hondo suspiro y sin darle más vueltas, lo suelto.

—Me he mirado al espejo.

Lucke asiente.

—Sí, eso suele pasar en los baños.

—No te pongas gracioso.

—No lo intento.

Me paso una mano por el pelo.

—Mi cuerpo ya no es el mismo.

—Sí.

—Mucho.

—También.

—No soy la misma.

—Rachel —me dice después de un momento, que se me hace muy largo, de silencio.

—¿Qué?

—Eso no es necesariamente un problema.

Suelto una risa breve y sin humor.

—Claro que lo es.

—¿Por qué?

Abro la boca para responder y me doy cuenta de que no tengo una explicación elegante, porque esto es incómodo, extraño y no se parece a nada que haya vivido antes.

—Porque no es mi cuerpo.

Lucke frunce ligeramente el ceño.

—Claro que lo es.

—No.

—Rachel.

—Ya no me reconozco —sentencio con rotundidad.

Lucke no me responde inmediatamente y se limita a mirarme. Supongo que está esperando a que diga algo, pero no tengo ni idea de qué.

—No quiero que me mires —añado.

—Pues… te estoy mirando ahora mismo.

—Exactamente eso es lo que no quiero que hagas.

Lucke ladea la cabeza.

—¿Ese es el problema?

No le contesto, porque la respuesta es bastante evidente. Por suerte, no se acerca más, aunque tampoco se aleja.

—¿Qué? —pregunto al comprobar que no deja de mirarme sin decir nada.

—No voy a fingir que no te veo.

—No te estoy pidiendo eso.

—Entonces dime qué quieres.

La verdad es que no tengo una respuesta clara, porque lo único que tengo claro en este momento es que mi cuerpo ya no se parece al de hace unos meses y no sé muy bien qué significa eso para él… Ni para mí.

Justo en ese momento, Lucke da un paso hacia mí y mi reacción es inmediata.

—He dicho que no —le suelto alzando un poco la voz, alertada.

Lucke se detiene y no me discute, solo se limita a observarme. Aun así, eso, curiosamente, resulta peor, porque significa que está esperando y que no piensa marcharse. Pasan unos segundos eternos y sigue mirándome con atención.

—¿Qué? —le pregunto a la defensiva.

—Ven aquí.

Suelto una risa breve.

—Eso no va a pasar.

—No te he pedido permiso para tocarte, solo que te acerques.

—Eso también te lo prohíbo…

Lucke asiente ligeramente.

—Lo recordaré.

—Entonces respétalo.

—Lo estoy haciendo —me responde con los brazos aún apoyados en la encimera.

Sigue sin moverse y sin acortar la distancia que hay entre nosotros, pero tampoco retrocede y eso hace que la situación resulte más extraña de lo que esperaba.

—No soy la de antes —repito.

—Ya…

—Y tú no estás reaccionando como esperaba —le suelto con convencimiento.

—¿Qué esperabas?

—Algún comentario tranquilizador.

Lucke frunce ligeramente el ceño.

—Eso suena horrible.

—Exacto.

—No voy a decirte que todo es perfecto.

—Gracias por la honestidad.

—Pero tampoco voy a fingir que te veo diferente.

Lo miro con escepticismo.

—Mi cuerpo no es igual que hace unos meses.

—Sí.

—Mucho.

—También.

—Entonces claro que me ves diferente.

Lucke se separa de la encimera y da un paso hacia mí y, esta vez, no retrocedo, lo que me sorprende más que su movimiento.

—Rachel.

—¿Qué?

—Te veo.

—Eso no ayuda, ¿eh?

Lucke se acerca otro paso hacia mí y esta vez su mano llega hasta mi cintura antes de que pueda detenerlo. Notar su contacto hace que me tense.

—Te he dicho que no —le recuerdo.

—Lo sé —me responde con tono tranquilo y sin hacer presión con su mano.

—Mi cuerpo no es como antes.

—Sí.

—No soy la misma.

Lucke inclina ligeramente la cabeza.

—No estoy buscando a la de antes.

Parpadeo al escuchar lo que acaba de decir.

—Eso no suena mejor.

—Busco a la mujer que tengo delante.

—Eso sigue siendo solo un discurso.

Lucke me observa y después hace algo que no esperaba: me besa y me pilla desprevenida. Mi reacción inicial es apartarme, pero su mano en mi cintura me mantiene cerca de él, aunque sin imponerse. Sus labios se mueven con calma y con la seguridad tranquila que parece formar parte de su forma de existir.

—Lucke… —susurro, aunque mi voz se pierde cuando su boca vuelve a encontrar la mía y esta vez no intento apartarme.

Mis manos se apoyan en su pecho casi sin darme cuenta y el calor que atraviesa la tela de su camiseta me resulta demasiado familiar para ignorarlo.

—No hagas esto —musito.

—¿El qué?

—Actuar como si nada hubiera cambiado.

Lucke baja la cabeza un momento hasta mi cuello.

—Han cambiado cosas.

—Muchas.

—Sí.

—Entonces no me mires así.

Lucke levanta la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Así cómo?

No tengo una respuesta clara a su pregunta, porque la forma en que me está mirando no encaja con la sensación que me ha provocado mirarme al espejo.

—Deja de pensar —me ruega.

—No es tan fácil —susurro bajando la mirada.

Lucke me alza la barbilla con la punta de los dedos y vuelve a besarme. Mientras nos besamos, baja una mano por mi espalda

hasta detenerse en mi cadera. El gesto hace que mi respiración se altere antes de que mi cabeza pueda decidir si eso es buena idea o no.

—Mi barriga.

—Lo sé.

—No quiero que…

No termino la frase, porque vuelve a besarme y me acaricia como si siguiera siendo exactamente la misma mujer que era antes. Eso cambia algo dentro de mí, porque de repente recuerdo algo que Nora ha escrito hace un rato: «Tu cuerpo está haciendo exactamente lo que tiene que hacer».

—Sigues siendo tú —me susurra y esa frase es tan simple que casi me hace reír.

—Eso suena demasiado sencillo.

—Porque lo es.

—No debería serlo.

—Deja de pensar —insiste ahora mirándome a los ojos.

—Estás repitiéndote.

—Porque sigues haciéndolo.

—Esto sigue siendo una mala idea —le digo mientras subo mis manos hasta su cuello para abrazarle.

—Probablemente —. Sonríe ligeramente.

—No te lo discutiré.

—Perfecto.

Lo beso otra vez y ahora soy yo quien tira de él hacia mí, porque, aunque mi cuerpo ha cambiado, mi deseo por él no.

—Estás cambiando de estrategia —musita.

—No recuerdo haber dicho que fuera coherente.

Sus manos siguen en mi cintura y, aunque no me sujetan con fuerza, tampoco me dejan escapar. La cercanía hace que note su respiración contra mi boca, más lenta que la mía. Entonces hago algo que no había planeado. Le empujo ligeramente hacia atrás hasta que sus piernas chocan con la silla de la cocina.

—Eso parece peligroso —dice alzando una ceja.

—Probablemente.

Antes de que pueda reaccionar, tiro de su camiseta y lo obligo a sentarse. El movimiento es rápido, casi impulsivo, pero él no opone resistencia, solo me mira, lo que me da una ventaja inesperada. Apoyo las manos en sus hombros y me acerco lo suficiente para que nuestras caras queden a la misma altura.

—Rachel.

—¿Sí?

—No estás manteniendo la distancia.

—He cambiado de plan —suelto y él suelta una pequeña carcajada.

—Eso me preocupa.

—Debería —le respondo alzando una ceja de forma seductora.

Me inclino hacia él y lo beso otra vez y mis manos regresan a su cuello mientras noto cómo las suyas vuelven a apoyarse en mis caderas. La diferencia es que ahora soy yo quien controla el movimiento.

—Rachel…

—Shhhh… No hables —le hago callar y él obedece.

Me separo apenas unos centímetros de su cuerpo y lo miro. Sus ojos verdes siguen clavados en mí con una intensidad que me resulta peligrosa.

—¿Qué?

—Nada.

—Eso nunca significa nada.

Sonrío ligeramente.

—Solo estoy comprobando algo —le digo.

—¿El qué?

Apoyo las manos sobre sus hombros y me subo sobre él. Lucke reacciona instintivamente sujetando mi cintura para mantener el equilibrio y mi barriga queda entre nosotros.

Durante un instante espero que algo cambie: que dude o que cambie su expresión, pero nada de eso sucede. Lucke simplemente me mira.

—Rachel… —musita.

—¿Sí?

—Eso sí que es una estrategia nueva.

—No te acostumbres.

Sus manos siguen en mi cintura, mientras me mira con deseo, lo que agita el ritmo de mi respiración.

—Mi cuerpo es diferente a hace unos meses —digo y él me mira.

—Sí.

—Mucho.

—Ya…

—Entonces no finjas que no lo ves.

Lucke niega ligeramente con la cabeza.

—Lo veo.

—¿Y?

Baja sus manos hasta mi cintura con lentitud.

—Me gusta.

La respuesta me sorprende más de lo que esperaba.

—No digas eso solo para tranquilizarme.

—No estoy tranquilizándote.

—Entonces ¿qué haces?

Lucke inclina ligeramente la cabeza.

—Deseándote.

—Eso suena sospechosamente convincente —respondo, jugando con mis dedos en su cuello y Lucke sonríe.

—Porque lo es.

Me inclino otra vez hacia él y lo beso. Mis caderas se mueven instintivamente contra las suyas y noto cómo su respiración cambia.

—¿Estás intentando demostrar algo? —me pregunta a media voz.

—Probablemente.

—¿El qué?

Me inclino hasta rozar su boca.

—Que sigo siendo la misma.

—Nunca he pensado lo contrario —responde mirándome y sus manos aprietan ligeramente mi cintura—. Sigues volviéndome loco.

Esa frase hace que algo se encienda dentro de mí, porque no suena a consuelo, sino a verdad y le vuelvo a besar.

—Definitivamente sigues siendo tú —añade y yo ya no le discuto, porque mi cuerpo puede haber cambiado, pero el deseo sigue exactamente en el mismo sitio.

Lo miro un instante y me siento sobre sus piernas, con las manos apoyadas en sus hombros.

—No te acostumbres —murmuro, aunque ni siquiera yo misma sueno demasiado convencida.

—No estaba planeando hacerlo —me dice con una media sonrisa y mueve sus manos por mi cintura, lo que me provoca un escalofrío que me recorre la espalda antes de instalarse en algún punto bajo mi estómago. Sus dedos se abren ligeramente sobre mi piel, sujetándome con seguridad mientras mi respiración se altera casi sin que me dé cuenta.

Me inclino hacia él y le beso. Subo mis manos por su cuello y hundo los dedos en su pelo, mientras noto cómo él me acerca más a su cuerpo, guiando el movimiento con una naturalidad que me hace olvidar por completo la conversación del espejo.

—Rachel… —mi nombre se mezcla con mi respiración cuando se separa unos centímetros.

—No hables —le hago callar y él me obedece mientras mueve sus manos para recorrer mi espalda hasta detenerse otra vez en mis caderas. Cuando me muevo sobre él noto cómo su entrepierna responde inmediatamente al roce de mi cuerpo sobre él y eso me arranca una pequeña sonrisa.

—Sigues mirándome así —musito.

Lucke levanta ligeramente la cabeza.

—¿Así cómo?

Inclino la cara hacia la suya hasta que nuestras frentes casi se rozan.

—Como si no hubiera cambiado nada.

—Han cambiado cosas.

—Muchas.

—Sí.

Su mirada baja un instante hacia mi cuerpo antes de volver a subir hasta mis ojos.

—Pero tú sigues aquí.

Le beso otra vez, esta vez con más ansia y menos cuidado, como si mi cuerpo estuviera recordándome algo que había olvidado durante unos minutos frente al espejo.

Lucke responde inmediatamente. Baja las manos para apartar la ropa que nos separa y guía su erección hasta mi entrada que le recibe con ansia. Me sujeta ahora con fuerza por las caderas para guiar el movimiento, mientras nuestros cuerpos encuentran un ritmo común. La silla cruje ligeramente bajo nosotros con mi particular galope, pero ninguno de los dos parece demasiado preocupado por ese detalle.

—Rachel…

Su voz suena más baja ahora entre jadeo.

—¿Sí?

—Estás intentando demostrar algo.

Inclino la cabeza.

—Probablemente.

—¿El qué?

Apoyo la frente contra la suya y lo miro directamente a los ojos.

—Que sigo siendo la misma.

—Nunca he pensado lo contrario.

Me inclino hacia él, rodeando su cuello con los brazos mientras el movimiento entre nosotros se vuelve más intenso. Sus manos siguen guiando mis caderas con seguridad, ayudándome a mantener el ritmo mientras nuestras bocas vuelven a encontrarse una y otra vez.

El mundo fuera de la cocina deja de importarme y para mí solo existe la forma en que me mira, cómo me agarra y cómo nuestros cuerpos se entienden sin necesidad de palabras. Nuestras respiraciones se mezclan mientras el movimiento se acelera y el calor entre nosotros se vuelve casi insoportable.

El orgasmo llega casi al mismo tiempo para los dos y ninguno de los dos aparta la mirada del otro cuando ocurre. Nuestros labios vuelven a encontrarse mientras nuestras respiraciones se rompen contra la piel del otro, y durante unos segundos nos quedamos así, pegados,

con la frente apoyada y los cuerpos todavía temblando por la intensidad del momento.

Cuando finalmente me separo un poco, sigo sentada sobre sus piernas. Lucke me observa con una calma que ya empieza a resultarme demasiado familiar.

—Rachel.

—¿Qué?

—Creo que tu teoría del espejo tiene un problema.

Levanto una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Totalmente...

—¿Cuál?

Sus manos siguen en mi cintura.

—No te estás perdiendo.

La frase me hace sonreír a pesar de todo. Apoyo las manos en sus hombros y lo miro. Y sí, mi cuerpo es distinto, mi barriga sigue ahí y mi pecho es más grande de lo que recuerdo. Nada de eso ha desaparecido, pero tampoco ha desaparecido lo demás: el deseo, la ironía y la mujer que soy cuando dejo de analizarlo todo demasiado.

Quizá Nora tenía razón y esto no significa que esté perdiéndome, sino que mi cuerpo solo está cambiando.

Bajo de sus piernas despacio y él sigue mirándome.

—¿En qué estás pensando?

—En que quizá esto es normal —respondo recolocándome la ropa y Lucke se ríe

—Eso sí que es peligroso.

Sonrío, porque por primera vez en todo el día, la idea no me resulta tan aterradora.

Capítulo 16
Lucke

Rachel se ha quedado dormida en el sofá. Hoy ha sido uno de esos días largos que empiezan con buena intención y acaban con la sensación de que el cuerpo ya no quiere negociar más con la gravedad y acaba rindiéndose a la mínima de cambio. Así que, después de cenar se ha sentado solo un momento para descansar la espalda cinco minutos y ahora medio tumbada entre los cojines, con el pelo cayéndole sobre el hombro y la respiración tranquila de quien no tenía pensado dormirse, pero lo ha hecho y profundamente.

La televisión sigue encendida con el volumen bajo y yo estoy terminando de recoger cuando lo noto. Rachel se mueve ligeramente y su camiseta se levanta un poco y le deja la barriga al descubierto. La luz del salón dibuja la forma redonda con claridad. Me acerco hasta ella despacio, sin hacer ruido, y me apoyo en el respaldo del sofá.

Tiene una mano con los dedos abiertos sobre la barriga y justo cuando la estoy mirando vuelve a pasar. Veo un pequeño movimiento bajo la piel, aunque Rachel ni siquiera se despierta. Yo tardo un segundo en reaccionar, pero cuando lo hago bajo la mano hasta su vientre y la coloco justo al lado de la suya. El movimiento vuelve. Parece una patada pequeña y la sensación me atraviesa el brazo entero. Me quedo quieto conteniendo incluso la respiración. Rachel sigue dormida y el bebé vuelve a moverse, lo que hace que mis ojos se aneguen de lágrimas tras notar a mi bebé moverse por primera vez.

En la consulta del ginecólogo, Rachel está sentada a mi lado en una de esas sillas de plástico que parecen diseñadas para que nadie quiera quedarse demasiado tiempo. Tiene las manos apoyadas sobre el vientre, ese es un gesto que hace de forma casi automática desde hace semanas, tengo la sensación de que no se da ni cuenta.

Llevamos aquí diez minutos y Rachel ha mirado tres veces el reloj de la pared.

—Si sigue tardando voy a empezar a cobrar alquiler por esta silla —me susurra acercándose a mi oído.

—Tranquila.

—Eso lo dices tú…

—Siempre lo digo yo.

Rachel gira la cabeza para mirarme.

—Te recuerdo que eres el optimista de esta historia.

—No soy optimista.

—Entonces eres raro —suelta encogiéndose de hombros.

—También.

La puerta de la consulta se abre justo en ese momento.

—Rachel.

Nos levantamos casi al mismo tiempo y el médico nos hace pasar a su despacho. Rachel se sienta en la camilla y yo me quedo cerca, apoyado en la pared.

El médico revisa el historial en la pantalla y le hace una ecografía.

—Ocho meses ya, 36 semanas y 2 días —dice el doctor mientras pasea el ecógrafo por la barriga.

Rachel asiente.

—El tiempo pasa rápido —añade el ginecólogo.

—Para algunos más que para otros.

El médico sonríe y gira la pantalla hacia nosotros.

—El bebé está perfecto.

Rachel suelta el aire con un gesto que parece automático.

—¿Todo bien? —pregunta para asegurarse.

—Muy bien —El médico mueve el ratón sobre la pantalla—. Eso sí, es grandote.

Rachel me mira de reojo.

—Eso es culpa tuya —me dice.

—Siempre lo es —le respondo con una sonrisa mientras regreso la mirada a la pantalla.

El médico vuelve a hablar.

—Es bastante probable que la fecha de parto se adelante un poco.

Rachel frunce el ceño.

—¿Cuánto es un poco?

—Es difícil saberlo exactamente, pero el tamaño indica que podría decidir salir antes de la fecha prevista.

Rachel se queda quieta.

—¿Eso es un problema?

El médico niega con la cabeza.

—No. Si naciera ahora mismo no habría problema ni para el bebé ni para ti.

Rachel baja la mirada hacia su barriga, mientras el médico sigue hablando con tono práctico.

—Lo que sí tenéis que empezar a decidir es el tipo de parto que queréis.

Rachel levanta la cabeza.

—¿Queremos?

—Sí. Es una decisión que normalmente se toma en pareja.

Rachel se gira hacia mí con un gesto rápido y yo me encojo ligeramente de hombros.

—Nos lo pensaremos.

El médico asiente con naturalidad.

—Perfecto. Lo habláis con calma y en la próxima visita vemos qué preferís.

Rachel sigue mirando la pantalla unos segundos más con un gesto que me resulta difícil de descifrar.

—Todo está bien. Solo toca prepararse —añade el doctor mientras nos da una tira de papel con las imágenes de la ecografía de nuestro bebé.

Salimos de la consulta unos minutos después y cuando llegamos al pasillo, Rachel se queda quieta un momento.

—Queréis —repite

La miro.

—Sí, eso ha dicho el doctor.

Rachel se cruza de brazos.

—Pues a mí me ha sonado raro.

—A mí no —le contesto negando con la cabeza.

—A mí sí —me responde tras un segundo de silencio.

Rachel empieza a caminar por el pasillo con el paso rápido que utiliza cuando algo la incomoda y no quiere admitirlo. Aprieto el paso y la alcanzo antes de que llegue al ascensor.

—Rachel.

—¿Qué? —responde sin detenerse.

Cuando llega al ascensor, pulsa el botón con fuerza mientras mira las puertas metálicas como si ellas fueran las responsables directas de su irritación.

—Estás enfadada.

—No.

—Sí —insisto.

—Que no.

—Rachel.

Ella gira la cabeza hacia mí.

—¿Qué?

—No tienes que discutir conmigo solo porque el médico haya usado el plural.

—No estoy discutiendo —me responde soltando una carcajada breve sin rastro de humor.

—Estás discutiendo.

—Para nada… solo señalo un hecho.

—¿Cuál?

—Que no somos «nosotros».

Las puertas del ascensor se abren, entramos y Rachel pulsa el botón de la planta baja.

—Eso no es lo que ha dicho él.

—Ha dicho «tenéis que decidir».

—Sí —. Rachel se cruza de brazos otra vez—. Eso implica algo.

—Implica que el bebé no lo vas a tener sola.

Rachel se queda quieta.

—Eso no significa que tengamos que decidir cosas juntos.

La miro.

—Estoy aquí.

Rachel levanta la cabeza.

—Ya te veo y ya sabes que nadie te obliga a que te quedes.

La frase sale rápida y a la defensiva de su garganta.

—Ya lo sé.

—Entonces no conviertas esto en algo que no es.

—No lo estoy haciendo.

Tarda unos segundos en mirarme.

—No estoy aquí por obligación —le digo cuando me mira a los ojos.

Ella resopla.

—Nadie ha dicho eso.

—Lo estás insinuando.

Rachel niega con la cabeza.

—Solo digo que no tienes que asumir responsabilidades que no te corresponden.

—Quiero asumirlas —le aseguro.

—Eso es distinto.

—No tanto. Estoy aquí porque quiero.

Rachel se queda completamente quieta, porque no esperaba que le diera esa respuesta. Lo veo en su cara.

—No tienes que hacerlo y puedes irte cuando quieras.

—También lo sé.

Rachel baja la mirada, mientras el ascensor sigue descendiendo.

—No quiero que sientas que estás atrapado en algo que no has elegido.

La observo un momento.

—He elegido quedarme a tu lado.

Rachel levanta la cabeza otra vez.

—Eso no cambia las cosas.

—Para mí sí.

—Lucke…

—No te estoy pidiendo nada.

Rachel frunce el ceño.

—¿Entonces qué estás haciendo?

—Decirte la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

El ascensor se detiene, las puertas se abren y la miro directamente.

—Que quiero estar aquí.

Rachel no me responde y se queda quieta unos segundos antes de salir al vestíbulo. Cuando lo hace, camina con decisión a la puerta del edificio sin decir nada. Yo la sigo en silencio. Sé exactamente lo que está pasando en su cabeza. Rachel no está acostumbrada a que alguien elija quedarse con ella y eso es lo que la tiene totalmente descolocada.

Rachel no habla durante todo el trayecto hasta casa. Mira por la ventana del coche con el ceño ligeramente fruncido, una mano apoyada sobre el vientre mientras la otra descansa sobre el cinturón de seguridad.

Cuando aparco frente a su edificio, ella sigue mirando hacia fuera unos segundos más antes de abrir la puerta.

Al entrar en su apartamento, deja el bolso sobre la mesa del salón y se queda de pie unos segundos, como si estuviera intentando ordenar las ideas que no dejan de girar dentro de su cabeza.

—Rachel.

—No empieces.

—No iba a empezar.

Rachel suelta el aire y se gira hacia mí.

—Bien.

Durante un segundo ninguno de los dos habla.

—Lo que has dicho antes… —empieza.

—Es verdad.

—Eso no lo hace menos complicado.

—No intento que sea fácil.

—Pues lo parece.

Doy un paso hacia ella y no retrocede, lo que hace que estemos a menos de medio metro.

—Esto es peligroso —suelta.

Su mirada baja un segundo hacia mi boca antes de volver a subir a mis ojos. Rachel se acerca primero y lo suficiente para que

pueda notar su respiración.

—No deberíamos complicarlo más.

—No lo estoy complicando.

—Lo estás haciendo más real.

—Porque lo es.

Rachel se queda quieta un momento. Después levanta una mano y la apoya sobre mi pecho y noto que su pulgar se mueve ligeramente sobre la tela de mi camiseta.

—No sé qué hacer con eso.

—No tienes que hacer nada.

Rachel levanta la cabeza.

—Eso no es verdad.

—No te estoy pidiendo que lo resuelvas ahora.

Rachel me observa y veo cómo sus ojos se mueven por mi cara como si estuviera buscando algo.

—Eso sería más fácil.

—Sí.

Su mano sigue apoyada en mi pecho y mi cuerpo reacciona al contacto antes de que mi cabeza tenga tiempo de analizarlo. Rachel también lo nota y su respiración cambia ligeramente. Da medio paso hacia mí y la tensión entre nosotros cambia inmediatamente de naturaleza.

—Esto sería mucho más fácil si no me miraras así —dice buscando mi mirada con la suya.

—¿Así cómo?

Rachel no responde, solo se inclina un poco más y su boca queda a pocos centímetros de la mía. Sé exactamente lo que está pensando y también sé lo fácil que sería dejar que ocurriera. Basta con inclinar la cabeza y nada más.

Rachel espera un segundo, después otro y cuando se da cuenta de que no me muevo, frunce ligeramente el ceño. Su mano sigue en mi pecho.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—Pensando.

—Eso nunca es buena señal.

—Probablemente.

Rachel se acerca un poco más y su nariz casi roza la mía.

—Esto solucionaría muchas cosas.

La miro.

—No.

Rachel parpadea.

—¿No?

—No voy a usarte para que esto parezca más fácil.

La frase la desconcierta, lo veo claramente.

—Yo no te estoy usando a ti —me aclara.

—Lo sé.

—Entonces…

—Precisamente por eso.

—Eso es muy irritante.

—Puede serlo, sí.

Rachel da un paso atrás.

—Podrías haber aprovechado la oportunidad.

—Sí.

—La mayoría lo habría hecho.

—Probablemente.

—Eres un problema.

—También lo sé.

Camina hasta el sofá y se deja caer con cuidado, apoyando una mano sobre el vientre mientras exhala lentamente. Yo sigo de pie donde estaba y sin decir nada, porque no hace falta.

—Esto es absurdo —levanta la cabeza para hablar.

—Un poco.

—Podríamos haberlo hecho mucho más sencillo.

—Sí.

—Pero no has querido.

—No.

—¿Por qué? —pregunta arrugando el entrecejo.

—Porque no quiero que parezca fácil cuando no lo es —. Tardo un momento en responderle.

—Eso suena complicado.

—Porque lo es.

Rachel baja la mirada hacia su barriga y su mano se mueve de forma automática sobre ella.

—Lucke.

—¿Sí?

—Esto puede salir muy mal.

—Puede, sí…

Rachel levanta la cabeza otra vez.

—Entonces ¿por qué no te vas?

Su pregunta es directa, llena de curiosidad y sin rastro de reproche en su tono,

—Porque quiero estar aquí —le digo mirándola.

Rachel no me responde y solo me mira. Yo tampoco digo nada más, porque dentro de mi cabeza la decisión ya está tomada. No voy a retroceder. Si Rachel decide alejarse, lo aceptaré. Pero tampoco voy a manipularla para quedarme. Prefiero perderla antes que convertirme en alguien que juega sucio para no estar solo.

Lo extraño es que esa decisión no me hace sentir más débil, sino peligrosamente tranquilo.

Capítulo 17
Lucke

Rachel cena en el sofá con una bandeja apoyada sobre las piernas. Lleva un pijama gris, un moño despeinado, que amenaza con deshacerse en cualquier momento y la televisión está encendida con un programa absurdo que ninguno de los dos está viendo realmente. No hay velas, ni música, ni hay nada en el ambiente que recuerde ni remotamente a una escena romántica.

La mesa del salón está llena de platos, porque hemos pedido comida china y Rachel ha decidido probar un poco de todo, lo que significa que ahora mismo tiene cuatro recipientes abiertos delante y está intentando comer arroz con palillos mientras el bebé decide protestar desde dentro de su barriga.

—Esto es culpa tuya —murmura señalándome con el palillo.

—Siempre lo es —me encojo de hombros.

—Es enorme —añade mirando su vientre con una mezcla de incredulidad y resignación.

—Eso también es culpa mía.

Rachel suelta una carcajada breve y deja el recipiente de arroz sobre la bandeja.

—Me cuesta respirar cuando se pone así.

—El médico dijo que estaba perfecto.

—El médico no tiene que dormir con una sandía pegada al estómago.

Me acerco desde la cocina con dos vasos de agua y me siento en el extremo del sofá. Rachel levanta la camiseta ligeramente y se queda mirando la barriga con expresión crítica.

—De verdad… mira esto.

El bebé se mueve justo entonces y Rachel frunce el ceño.

—Creo que me está dando una patada en el pulmón.

—Eso sería complicado.

—No empieces…

Bebe un sorbo de agua y deja el vaso sobre la bandeja.

—Dentro de unas semanas esto habrá terminado —trato de tranquilizarla.

—Sí.

Rachel se queda pensativa un momento mientras mira la televisión.

—Eso da miedo —admite.

—Un poco.

—Mucho.

No dice nada más y vuelve a coger los palillos para atacar ahora a los *noodles*. Yo la observo unos segundos y después suelto algo que no había planeado decir justo en este momento.

—Rachel.

—¿Mm?

—Quiero pedirte algo.

Ella sigue mirando el plato.

—Si es que te pase el pollo, ni hablar.

—No, no es eso.

Rachel levanta la cabeza extrañada.

—Entonces suena peligroso.

—Puede ser.

Rachel entrecierra los ojos.

—No me gusta esa respuesta —. Deja los palillos sobre la bandeja—. Vale. Suéltalo.

La miro, aunque no saco ningún anillo, ni me arrodillo, ni hago ningún gesto dramático, solo digo lo que llevo varios días pensando.

—Quiero que te cases conmigo.

Rachel parpadea una vez, después otra y otra vez.

—¿Perdón?

—Que quiero casarme contigo.

Rachel me observa como si estuviera intentando decidir si acabo de decir una estupidez monumental o si he perdido completamente la cabeza.

—Lucke.

—Sí.

—Acabas de pedirme matrimonio mientras llevo un pijama que parece una tienda de campaña.

—Es el que tenías puesto.

—También tengo la barriga llena de *noodles*.

—Eso ya lo sé.

Rachel se queda callada unos segundos.

—Esto no nada es romántico.

—No.

—Ni siquiera te has arrodillado.

—Me dolerían las rodillas.

Rachel me sigue mirando.

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente.

Se recuesta contra el respaldo del sofá.

—Esto es surrealista.

Rachel sigue mirándome durante varios segundos más, como si estuviera intentando decidir si lo que acaba de oír pertenece a la categoría de las bromas absurdas o a algo bastante más peligroso.

Al final aparta la bandeja de comida hacia la mesa del salón y se gira un poco en el sofá para quedar frente a mí.

—Lucke.

—¿Qué?

—No quiero casarme.

Suelta la frase sin rodeos ni excusas y, cuando la escucho, asiento ligeramente.

—Ya lo sé.

Rachel frunce el ceño.

—Entonces esto es todavía más raro.

—Probablemente.

—Porque acabas de pedirme matrimonio sabiendo que no quiero casarme.

—Sí.

Rachel se pasa una mano por el pelo deshaciéndose el moño sin darse cuenta. El gesto hace que varios mechones le caigan sobre la cara.

—Explícate.

Me apoyo contra el respaldo del sofá.

—No quiero que te cases conmigo por el bebé.

Rachel se queda quieta.

—¿Perdona?

—No quiero que te sientas obligada.

Rachel suelta una carcajada breve.

—Demasiado tarde para esa conversación, ¿no crees?

—No.

—Lucke…

—Escúchame un segundo.

—Vale —acepta suspirando con resignación, para después mirarme mientras espera a que continúe hablando.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo ahora.

—Eso suena sospechoso.

—Ni dentro de un mes.

—Sigue sonando sospechoso.

—Ni siquiera antes de que nazca el bebé.

Rachel parpadea.

—Entonces ¿qué demonios estás haciendo?

La miro directamente.

—Decirte que me gustaría hacerlo contigo.

Rachel se queda completamente quieta y sin hacer ningún comentario sarcástico. Eso ya es bastante significativo.

—No como una solución —continúo—. Ni como una obligación, porque haya un bebé de por medio.

Rachel sigue observándome.

—Entonces ¿por qué?

—Porque quiero.

Rachel tarda unos segundos en hablar.

—Eso no tiene mucho sentido.

—Para mí sí.

—Lucke…

—No te estoy pidiendo que digas que sí.

Rachel levanta una ceja.

—Menos mal.

—Ni que lo decidas hoy.

—Gracias por la generosidad.

—Ni siquiera quiero que lo pienses ahora.

Rachel se cruza de brazos.

—Esto se está poniendo cada vez más raro.

—Solo quiero que lo sepas.

Rachel me mira fijamente.

—¿Que sepa qué exactamente?

—Que si algún día decides que quieres casarte, me gustaría que fuera conmigo.

Rachel abre la boca para responder… pero no sale nada, algo totalmente inusual en ella, porque Rachel Carter siempre tiene algo que decir. Siempre tiene una réplica preparada o sarcasmo listo para disparar. Pero esta vez no.

Su mirada se mueve por mi cara con atención, como si estuviera buscando algún tipo de trampa en lo que acabo de decir.

—Esto no es justo —empieza.

—No, no lo es.

—Porque no puedo discutir contigo.

—No estoy discutiendo.

Rachel suelta aire lentamente.

—Eso es lo que lo hace peor.

Se reclina contra el sofá y mira al techo unos segundos.

—No quiero casarme.

—Ya...

—Nunca he querido.

—También lo sé.

—Porque los matrimonios acaban mal.

—Muchos sí.

Rachel vuelve a mirarme.

—Además, no estoy hecha para eso.

—Puede ser.

Rachel frunce el ceño.

—¿Vas a discutir alguna de mis afirmaciones?

—No.

—Eso también es irritante.

—Empiezo a notarlo.

Rachel deja caer la cabeza hacia atrás sobre el sofá.

—Esto sería más fácil si fueras un imbécil.

—Lo intentaré en otra ocasión.

Rachel suelta una pequeña carcajada, pero justo después vuelve a ponerse seria.

—Esto cambia cosas —dice haciéndose el moño de nuevo con las manos.

—No tiene por qué.

Rachel se queda pensativa unos segundos y baja una mano hasta su barriga de forma automática y la acaricia distraída.

—¿Y si nunca quiero casarme?

—Entonces no nos casaremos.

Rachel levanta la cabeza.

—¿Así de simple?

—Sí.

—¿Y eso te parece bien?

—Me parece honesto.

Rachel me observa en silencio durante varios segundos y después niega ligeramente con la cabeza.

—No eres normal.

—Eso ya me lo habías dicho.

Rachel respira hondo.

—Necesito pensar.

—No tienes que hacerlo ahora.

Rachel abre la boca para responder, pero lo que sea que fuera a decir se queda a medio camino. Primero frunce el ceño, después baja la mirada hacia su barriga con una expresión rara, como si estuviera intentando entender algo que acaba de pasar dentro de su propio cuerpo.

—Espera.

—¿Qué pasa?

Rachel se inclina ligeramente hacia delante y apoya las manos en el sofá para incorporarse un poco. Su gesto es lento y concentrado.

—Eso ha sido…

—¿Una patada?

Rachel niega despacio.

—No.

Vuelve a quedarse quieta y yo también.

—¿Entonces? —pregunto alertado.

Rachel inspira despacio.

—Creo que… —deja de hablar y su expresión cambia de nuevo. Pero ahora levanta la camiseta un poco y se queda mirando su barriga.

—Rachel.

—Shhh.

—Rachel.

—Dame un segundo —susurra.

Obedezco y veo que vuelve a fruncir el ceño.

—Eso ha sido raro.

—¿Te duele?

—No exactamente.

Se queda pensando un momento e intenta levantarse del sofá. La ayudo instintivamente, pero en cuanto se pone de pie se queda completamente inmóvil.

—Lucke.

—¿Sí?

—No te muevas.

—Vale.

Rachel me mira y después baja la mirada hacia el suelo, luego vuelve a mirarme.

—Creo que ha pasado algo.

—¿Algo bueno o algo malo?

Abre la boca para responder y en ese mismo instante un pequeño hilo de agua cae por su pierna hasta el suelo. Baja la mirada y yo también. Durante medio segundo ninguno de los dos habla y Rachel vuelve a levantar la cabeza.

—Vale.

—Vale.

Rachel señala el suelo.

—Eso no estaba ahí antes.

—No.

—Creo que…

—Sí.

Rachel suelta aire de golpe.

—He roto aguas.

Nos miramos y ella cierra los ojos un segundo.

—Esto no está siendo nada romántico, joder.

No puedo evitar sonreír.

—Perfecto.

Rachel abre los ojos.

—¿Perfecto?

—Así es más nuestro.

Rachel se queda mirándome y durante medio segundo parece debatirse entre reírse o matarme. Al final hace lo primero.

—No puedo creer que esto esté pasando ahora —se carcajea.

—Yo sí.

Rachel vuelve a mirar el suelo.

—Estoy goteando en tu salón.

—No, no estamos en tu salón, no en el mío.

—Eso no mejora la situación.

—Podemos limpiarlo después.

Rachel levanta una mano.

—No. Espera.

—¿Qué?

—Necesito comprobar algo.

—Rachel…

—Calla un momento —me ordena y respira hondo—. No me duele.

—Eso es bueno.

—Todavía.

Rachel me mira otra vez.

—¿Cuántas semanas dijo el médico?

—Treinta y seis y dos días.

—Genial.

—Dijo que podía adelantarse.

Rachel deja caer los hombros.

—Pues parece que tenía razón.

Se mueve hacia el baño y cae otro chorro de agua a suelo.

—Esto es surrealista —dice y se detiene inmediatamente.

—Sí.

—Hace cinco minutos me estabas pidiendo matrimonio.

—No exactamente.

—Bueno… o algo muy parecido —. Vuelve a mirarme —. No te he respondido.

—Me he dado cuenta.

—Ni voy a hacerlo ahora.

—Me parece razonable.

Rachel respira hondo otra vez.

—Vale —. Se gira hacia el pasillo—. Necesito una toalla.

—Rachel.

—¿Qué?

—Tenemos que ir al hospital.

—Ya lo sé.

—Entonces deja la toalla.

Rachel me mira.

—Estoy goteando.

—Eso forma parte del proceso.

—Lucke.

—Rachel.

Ella suspira.

—Vale. Vamos al hospital.

—Eso es… Hospital.

Rachel da dos pasos hacia el dormitorio y vuelve con una chaqueta enorme que se pone por encima del pijama.

—Este no era el plan —farfulla.

—Nunca lo es.

—Tenía pensado ducharme antes de parir por lo menos.

—Puedes hacerlo allí.

Rachel me lanza una mirada.

—Así no ayudas.

—Lo intento —reconozco encogiéndome de hombros.

Rachel coge su bolso del sofá.

—Necesito el móvil.

—Está en la mesa —le digo y ella lo coge y vuelve a mirarme.
—Lucke.
—Sí.
—Creo que estoy empezando a ponerme nerviosa.
—Es normal.
—No me digas que es normal.
—Vale.
Rachel inspira hondo otra vez.
—Respira.
—Estoy respirando.
—Rachel.
—Lucke.
Nos quedamos mirándonos y niega con la cabeza.
—No puedo creer que esto esté pasando justo ahora.
—A mí me parece coherente.
—¿Por qué?
—Porque nuestra vida nunca ha sido normal.
—Vámonos antes de que cambie de opinión sobre tener este bebé —me dice abriendo la puerta del apartamento.
—Eso sería complicado en este punto.
Rachel sale al pasillo.
—No hagas bromas.
—Solo intento mantener la calma.
Rachel se detiene.
—Gracias.
—De nada.
Bajamos en el ascensor y Rachel se apoya ligeramente contra la pared mientras el aparato empieza a descender.
—Lucke.
—Sí.
—No te muevas mucho.
—¿Por qué?
Rachel señala el suelo.
—Sigo goteando.
—Eso sigue siendo normal.
Rachel niega con la cabeza.

—Nunca pensé que diría esto, pero ahora mismo odio tu calma.

—Me lo han dicho antes.

Las puertas del ascensor se abren y salimos hacia el coche. Rachel camina despacio. No parece tener dolor todavía, pero su cuerpo está tenso.

Cuando llegamos al coche, le abro la puerta y ella se sienta con cuidado.

—Esto está pasando de verdad —me dice como si yo no lo supiera ya.

—Sí.

—Vamos a tener un bebé.

—Sí.

Rachel me mira.

—Esto da miedo.

—Un poco.

—Mucho.

Arranco el coche y el trayecto hasta el hospital dura diez minutos. Rachel no habla durante casi todo el camino. Mira por la ventana con una mano apoyada sobre la barriga mientras respira de forma lenta y concentrada.

A mitad del trayecto vuelve a mirarme.

—Lucke.

—¿Sí?

—Antes…

—Sí.

Rachel duda.

—Lo que has dicho.

—¿Sobre el matrimonio?

Asiente antes de responderme.

—No voy a responder ahora.

—No tienes que hacerlo, ya te lo he dicho.

Rachel suspira.

—Bien.

—Bien.

Vuelve a mirar por la ventana y un par de minutos después el hospital aparece al final de la calle. Aparco frente a urgencias, apago el motor y Rachel se queda quieta unos segundos antes de abrir la puerta.

—No te vayas —me dice.

La miro.

—No pensaba hacerlo.

Rachel asiente, abre la puerta del coche y entramos juntos en el hospital.

Capítulo 18
Rachel

—¡No camines tan rápido! —grito a Lucke.

—Estoy caminando normal —responde girándose hacia mí.

—Pues deja de hacerlo.

—Rachel.

—¡Rachel nada! ¡Me estás estresando!

La recepcionista que está detrás del mostrador de admisiones levanta la vista con una sonrisa que deja claro que ha visto este espectáculo cientos de veces.

—Buenas noches.

—No son buenas —le digo sin detenerme—. Creo que estoy pariendo.

Lucke se aclara la garganta.

—Ha roto aguas hace unos veinte minutos —se apresura a corregirme.

La recepcionista teclea algo en el ordenador con absoluta tranquilidad.

—¿Su nombre, por favor?

—Rachel Carter.

—¿Semana de gestación?

—Treinta y seis y dos días.

—Muy bien.

—No, no está siendo «muy bien», en realidad —murmuro.

Lucke se queda a mi lado con una calma, que ahora mismo me resulta profundamente irritante.

—Rachel —empieza a decirme.

—¡No me hables!

—Solo intento ayudar…

—Pues deja de intentarlo.

—Parece que el trabajo de parto ha empezado con buen carácter —suelta la recepcionista alzando una ceja.

—No tengo carácter —respondo entre dientes—. Tengo una persona intentando salir de mi cuerpo.

La recepcionista me entrega una pulsera de plástico para que me la ponga.

—Vamos a llevarte a una sala de exploración.

Pero sin avisar ni preguntar me llega otra contracción justo en ese momento. Simplemente aparece y me atraviesa la espalda como si alguien hubiera decidido retorcerme la columna con una llave inglesa.

—¡Joder! —grito mientras me doblo de dolor.

Lucke se acerca inmediatamente.

—Respira.

—¡No me digas que respire! —exclamo con desespero.

—Rachel.

—¡No estás pariendo tú!

Una enfermera se acerca hasta donde estamos empujando una silla de ruedas hacia nosotros.

—Siéntate.

—No necesito una silla.

Otra contracción me corta la respiración y dejo la frase a la mitad.

—Vale, sí la necesito —rectifico a media voz un instante después.

Lucke me ayuda a sentarme.

—Gracias.

—De nada.

—Pero sigo enfadada contigo. —le recuerdo.

—Lo sé.

La enfermera empieza a empujar la silla por el pasillo.

—¿Es el primer bebé?

—Sí.

—Entonces esto es solo el principio.

La miro perdonándole la vida.

—Eso no es tranquilizador.

Lucke se inclina un poco hacia mí mientras avanzamos.

—Lo estás haciendo muy bien —me dice a media voz acercándose a mí.

—Todavía no he hecho nada.

—Exacto.

Le lanzo una mirada asesina.

—Te voy a culpar de esto toda la vida —le suelto mientras le lanzo una mirada asesina.

—No esperaba menos de ti —responde Lucke asintiendo con calma.

De repente noto cómo otra contracción empieza a formarse lentamente y me agarro con fuerza a los reposabrazos de la silla de ruedas como si eso hiciera algo.

—Esto duele —me quejo retorcida por el dolor.

—Lo sé —dice Lucke agachándose un poco a mi lado.

—No, no lo sabes.

—Tienes razón.

La enfermera empuja la puerta de una sala.

—¡Bienvenida al espectáculo! —exclama al entrar en la estancia.

—No me gusta ese nombre —refunfuño.

—A nadie le gusta… —me responde la enfermera dejando la silla a un lado de la camilla.

La sala de exploración es blanca, demasiado luminosa y hostilmente funcional. Hay una camilla con ruedas, monitores, una bandeja metálica con instrumentos que prefiero no mirar y una ventana estrecha en medio de una pared igual de blanca que el resto de la decoración.

—Odio este sitio —murmuro mientras otra enfermera me ayuda a subir a la cama.

—Eso también es bastante normal —me responde ella con una sonrisa profesional.

Lucke se queda junto a la pared, demasiado tranquilo para mi gusto actual.

—No te pongas ahí como si fueras parte de la decoración del hospital.

Se separa de la pared al instante.

—¿Aquí mejor?

—¡No me contestes con preguntas! —exclamo fuera de mí.

La enfermera me coloca una banda sobre la barriga y empieza a revisar algo en el monitor.

—Vamos a ver cómo van esas contracciones.

—Mal —respondo.

—Eso también entra dentro de lo esperado —me dice girándose hacia mí con una sonrisa que, supongo, debe querer que parezca amable, pero que a mí me parece la del mismísimo diablo.

—¿Todo está dentro de lo esperado? —quiero saber.

—Más o menos —me contesta con una sonrisa.

De repente, otra contracción se me enrosca en la espalda y me baja hasta el vientre con la delicadeza de un camión sin frenos. Aprieto los dientes y busco algo que agarrar. Mi mano encuentra la de Lucke antes de que pueda decidir si quiero cogerla o no. Él no se mueve y solo aprieta un poco.

—Vale —suelto cuando la contracción cede—. Quiero anestesia.

La enfermera levanta la mirada para clavarla en mí.

—Todavía es pronto —me aclara.

—Perfecto. Entonces la quiero en cuanto deje de ser pronto.

Lucke se aclara la garganta.

—Rachel.

—¡No empieces!

—Ni siquiera he dicho nada.

—Tu cara está diciendo cosas.

La enfermera revisa el monitor mientras yo intento recomponer un poco la dignidad, aunque no acabo de conseguirlo.

—Vas bien.

—No me gusta lo relativo.

—Eso también es normal.

Apoyo la cabeza contra la almohada.

—Quiero la epidural ¡Yaaaaaa!

Lucke se acerca un poco más a la cama.

—Si la quieres, la pides y te la pondrán.

—Ya la he pedido.

—Ya lo he oído, va todo bien, tranquila.

Lo miro.

—No me apoyes tanto, que me das rabia.

—Lo tendré en cuenta.

La enfermera se aparta un momento para escribir algo en la historia.

—Aún falta para que puedas pedirla formalmente. El cuello del útero tiene que avanzar un poco más.

—Eso es injusto.

—Bienvenida al trabajo de parto —me responde la enfermera con esa sonrisa que empiezo a tener ganas de borrarle con lo primero que tenga a mano.

Resoplo y miro a Lucke.

—A lo mejor debería tener un parto natural, ¿no?

Él parpadea una vez.

—Hace veinte segundos querías la epidural…

—La gente cambia de opinión —sentencio con el poco poder de convicción que siento que tengo ahora mismo.

—Y de forma muy rápida…

—No te burles de mí.

—No se me ocurriría nunca.

—Sí se te ocurriría y además lo estás haciendo con esa calma de psicópata que no soportooooo.

La enfermera suelta una risa ahogada.

—No es mala idea ir decidiéndolo según evoluciones.

—Eso no me ayuda —le digo.

Lucke se inclina un poco hacia mí.

—Rachel.

—¿Qué?

—Si quieres anestesia, la pides. Si no la quieres, no la pides.

—Eso suena excesivamente lógico.

—Bueno… es lo mejor que puedo decirte ahora mismo.

Otra contracción me corta el aire y esta vez le clavo las uñas en la mano.

—¡Joder, Lucke!

—Sigo aquí.

—Te odio.

—También lo tendré en cuenta.

—Esto es culpa tuya.

—Siempre lo es.

La contracción baja de intensidad y vuelvo a respirar mientras miro a la enfermera.

—Quiero dejar constancia de que, si muero, él es sospechoso —suelto con seriedad.

Lucke me ofrece un vaso de agua con la otra mano.

—Bebe.

Lo fulmino con la mirada.

—Tu nivel de serenidad me parece ofensivo.

—Intento que, al menos, uno de los dos esté tranquilo.

A pesar del dolor, me sale una pequeña risa y la enfermera lo ve y niega con la cabeza.

—Eso es buena señal —se gira para nosotros para decirlo.

—¿Que me esté riendo o que siga sin haberlo matado?

—Las dos cosas —me responde divertida.

Apoyo otra vez la cabeza sobre la almohada y cierro los ojos un momento.

—Vale. Quiero anestesia —sentencio y abro un ojo—. Salvo que dentro de diez minutos decida que no.

Lucke asiente.

—Perfecto.

—No respondas «perfecto» a todo.

—Lo intentaré —asiente apretando los labios.

Otra contracción empieza a arremolinarse desde el fondo de mi cuerpo y esta vez ni siquiera intento disimular.

—Vale. No. Definitivamente quiero drogas ¡Yaaaaaaaa!

Lucke aprieta mi mano.

—Mensaje recibido.

La siguiente contracción llega como una ola que rompe y explota contra una roca. No avisa, ni negocia. Simplemente aparece y se estalla en mi espalda, en mi vientre Y en cada músculo de mi cuerpo al mismo tiempo.

—¡Joder! —me quejo y encuentro la mano de Lucke otra vez, aunque esta vez no la agarro, sino que la aprieto como si fuera una cuerda a la que estoy intentando no soltarme.

—Respira —dice él.

—¡No me digas que respire!

—Vale.

—¡Pero ayúdame!

—Lo intento...

Otra contracción se superpone a la primera y mi cuerpo se inclina hacia delante de forma instintiva. Apoyo la frente en su hombro mientras el dolor me atraviesa la cadera y baja hasta las piernas con una intensidad que no sabía que era posible.

—Esto no estaba en el folleto —murmuro.

Lucke no se mueve, ni intenta decir nada inteligente, simplemente se queda donde está sin soltarme de la mano.

—Lo estás haciendo muy bien —me dice a media voz.

—No estoy haciendo nada bien.

—Sí lo estás haciendo.

La enfermera vuelve a entrar en la habitación con paso rápido y revisa el monitor.

—Las contracciones están siendo fuertes.

—Eso ya lo he notado —respondo entre dientes.

—Voy a avisar al médico.

—¿Eso es bueno?

—Significa que el parto está avanzando.

La palabra «parto» suena completamente irreal dentro de mi cabeza.

—¿Ahora?

—Parece que sí —me responde la enfermera antes de salir de la sala.

Otra contracción me dobla por dentro y esta vez ni siquiera intento mantener la compostura.

—¡Lucke!

—Aquí estoy.

Levanto la cabeza y lo miro. No sé exactamente qué ve en mi cara, pero no aparta la mirada y veo que sus ojos verdes están

completamente fijos en los míos.

—No te vayas —le digo sin pensar.

—No me voy a ir a ningún sitio.

—Prométemelo.

—Rachel.

—Prométemelo.

—No me voy a ir a ningún sitio —repite y yo resoplo.

La siguiente contracción llega más fuerte todavía y mi cuerpo se tensa entero mientras me aferro a él.

—Vale —jadeo—. Vale, esto es real.

Lucke coloca la mano que tiene libre en mi espalda y me ayuda a inclinarme un poco hacia delante.

—Respira conmigo.

—No me gusta este ejercicio.

—A mí tampoco.

A pesar del dolor me sale una risa breve que se mezcla con un gemido de dolor que me rasga la garganta.

—Si vuelvo a decir que quiero otro hijo, recuérdame este momento.

—Lo grabaré en vídeo.

—Ni se te ocurra.

La enfermera vuelve con otra mujer que debe ser la doctora y hablan entre ellas mientras revisan el monitor y después me miran.

—Rachel.

—¿Sí?

—El bebé está listo —me confirma la ginecóloga.

Parpadeo.

—¿Listo para qué?

La doctora sonríe ligeramente.

—Para nacer.

Al escucharla, me giro y miro a Lucke.

—Esto ha ido demasiado rápido.

—Estoy de acuerdo.

Otra contracción llega y esta vez mi cuerpo responde empujando sin que yo decida hacerlo.

—¡Joder!

La ginecóloga se acerca a la cama.

—Eso es. Escucha a tu cuerpo —añade mientras la enfermera me ayuda a colocar las piernas sobre unos estribos metálicos que me las mantienen abiertas.

—Mi cuerpo es un traidor.

Lucke sigue sujetándome la mano con firmeza, mientras el mundo se reduce a respiraciones, contracciones y voces que me dicen qué hacer en cada momento.

—Rachel —dice la doctora—. Cuando llegue la siguiente contracción empuja.

—No me gusta esa palabra.

—A nadie le gusta, pero tienes que hacerlo —añade colocada entre mis piernas.

Miro a Lucke.

—Si sobrevivo a esto, quiero una medalla.

—Te compraré dos.

—Y quiero que limpies el salón…. ¡Y el baño!

—Trato hecho —asiente con la cabeza.

La contracción vuelve y esta vez empujo.

—¡Eso es! —dice la ginecóloga.

—¡No me grites!

—Empuja otra vez.

—No puedooooooo.

—Claro que puedes —me anima Lucke.

—Un esfuerzo más, ya falta menos —me guía la ginecóloga.

—No tengo más fuerzas —les digo.

—Claro que sí, ahora con la siguiente contracción un empujón más y casi estará —me anima la doctora.

Lo hago y de repente todo cambia. Un sonido agudo corta el aire de la habitación y durante un segundo nadie habla mientras escuchamos el primer llanto de nuestro bebé. La ginecóloga levanta algo pequeño y rojo que se mueve con una energía sorprendente.

—Aquí está.

Miro y el mundo se detiene.

—Es una niña —añade la doctora.

La frase «es una niña» queda suspendida en el aire de la habitación. El dolor desaparece de golpe, como si alguien hubiera apagado un interruptor dentro de mi cuerpo y lo hubiera sustituido por una sensación completamente distinta: vacío, temblor, incredulidad… La ginecóloga sostiene a la bebé entre las manos mientras una enfermera se acerca con una toalla. La niña protesta con un llanto enfadado, potente y sorprendentemente decidido para alguien que acaba de llegar al mundo hace menos de medio minuto.

—Tiene buen carácter —dice la enfermera sonriente mientras la envuelve.

—Eso es culpa tuya —le digo a Lucke con la voz todavía temblorosa.

—No tengo la menor duda —responde emocionado y sin dejar de mirar a la niña.

Intento incorporarme un poco para verla mejor y la enfermera se acerca con la pequeña en brazos. La bebé sigue protestando, agitando los puños diminutos como si tuviera ya una opinión bastante firme sobre todo este asunto de haber nacido.

—Hola —murmuro sin pensar y mi voz suena extraña incluso para mí.

La enfermera me coloca a la niña sobre el pecho con cuidado y noto que su cuerpecito es real, caliente e inesperadamente sólido. Durante un segundo no sé muy bien qué hacer con las manos, hasta que se las pongo sobre su pequeño cuerpo y miro a Lucke sigue a mi lado visiblemente emocionado.

—Lucke —susurro.

—Sí —responde a media voz con lágrimas en los ojos.

—Mírala —musito, aunque no hace falta que se lo diga, porque ya la está mirando.

Nunca lo había visto así de emocionado ni con esa expresión que, en este momento, no soy capaz de definir. Tiene los ojos completamente abiertos y fijos en nuestra hija, como si estuviera intentando entender algo que acaba de aparecer delante de él y que no encaja con nada que conociera antes.

—Es muy pequeña —dice finalmente.

La bebé protesta otra vez.

—No parece estar de acuerdo —respondo con una sonrisa emocionada

La enfermera se acerca para tapar a la niña con la toalla para que no se enfríe.

—Está perfecta —me confirma la chica con una sonrisa.

—Eso suena bien —murmuro.

Lucke se pasa una mano por la cara y tarda un instante en darse cuenta de que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Estás llorando —le digo.

—No —dice limpiándose las lágrimas.

—Sí.

—Bueno… puede ser —reconoce y ambos nos echamos a reír sin poder contener las lágrimas.

No es una risa elegante ni bonita sino una mezcla extraña de agotamiento, alivio, pura incredulidad y felicidad.

—Esto ha sido una locura.

—Sí.

—No estaba preparada.

—Nadie lo está.

La bebé abre la boca y lanza otro grito indignado que rebota contra las paredes blancas de la habitación.

—Tiene pulmones —comenta Lucke.

—Eso también es culpa tuya.

La enfermera vuelve a acercarse.

—Vamos a limpiarla un poco —me dice tomándola de mi pecho.

—No te la lleves muy lejos —le ruego.

—No, solo es un momento y os la devuelvo aún más bonita de lo que es.

La pequeña desaparece de mi pecho y la sensación es tan inmediata que me sorprende. Hace treinta segundos no sabía que existía y ahora mi cuerpo protesta cuando se la llevan a medio metro de distancia.

Lucke las sigue con la mirada y lo observo mientras se inclina un poco para mirar lo que hace la enfermera. Su mano sigue en la mía, no la ha soltado ni un segundo.

—Lucke.

—¿Sí?

—Sigue siendo surrealista… —reconozco.

—Estoy de acuerdo —me responde aún con la mirada fija en nuestra hija.

La enfermera termina de limpiarla y vuelve con la bebé envuelta en una manta blanca y esta vez se la entrega a Lucke. Él la recibe entre sus brazos con cuidado y con una concentración casi exagerada, como si sostuviera algo frágil y al mismo tiempo completamente poderoso.

—Hola —dice en voz baja.

La bebé deja de protestar durante un instante y lo mira. Lucke se queda inmóvil.

—Creo que me está juzgando —añade.

—Eso lo ha heredado de mí.

Él vuelve a acercarse a la cama y coloca a la pequeña entre nosotros.

—Lo hemos hecho bien —musita Lucke.

—Ha sido brutal —le digo mirándole ahora a él.

—También.

Me echo a reír otra vez y esta vez las lágrimas salen solas.

—Estoy llorando.

—Y yo —reconoce.

—Esto es humillante.

—Un poco. Pero no lo cambio por nada del mundo.

—Ni yo tampoco —. La bebé vuelve a protestar—. Bienvenida al caos —murmuro y ambos nos sonreímos.

La habitación se va calmando poco a poco y la doctora y la enfermera salen después de comprobar que todo está bien y por primera vez desde que llegamos al hospital nos quedamos en silencio. La bebé duerme ahora entre nosotros, envuelta en el arrullo que hemos traído para ella, completamente ajena al terremoto que acaba de provocarnos a Lucke y a mí.

—Lucke, antes… —empiezo a decir y él levanta la mirada—. Lo que dijiste.

—¿Sobre el matrimonio?

Asiento despacio.

—No te voy a responder ahora.

Lucke asiente con la misma calma que ha tenido durante toda la noche.

—No tienes que hacerlo.

—No quiero decidir algo así en medio de todo esto.

—Tiene sentido.

Miro a la bebé tan pequeñita y absurdamente real durmiendo entre mis brazos y sonrío.

—Pero no es porque dude, sino porque ahora mismo mi cabeza está… —busco una palabra y termino riéndome— completamente patas arriba.

Lucke suelta una pequeña sonrisa.

—Eso también es normal.

Miro a nuestra hija otra vez y después vuelvo a mirarlo a él y lanzo un hondo suspiro. La respuesta sigue dentro de mí, solo que todavía no es el momento de decirla.

Capítulo 19
Lucke

Rachel duerme con la boca entreabierta y el pelo despeinado y pegado a la frente. Tiene el gesto completamente relajado por primera vez desde que empezaron las contracciones, como si todo el dolor y las emociones de la noche hubieran decidido abandonarla de golpe en cuanto nuestra hija salió de su cuerpo. La sábana blanca del hospital le cubre hasta la cintura y encima de su pecho, envuelta en el arrullo que hemos traído para ella, la niña respira con pequeños movimientos regulares que apenas levantan la tela.

Estoy sentado en la silla de plástico al lado de la cama y no tengo ni idea de cuánto tiempo llevo mirándolas. El reloj de la pared marca las tres y algo de la madrugada y el hospital se ha vuelto más silencioso, aunque todavía se oyen ruedas de carros por el pasillo y voces bajas que atraviesan la puerta cada cierto tiempo.

Rachel no se mueve y la niña tampoco. Me inclino hacia delante apoyando los antebrazos sobre las rodillas y observo cómo nuestra pequeña abre ligeramente la boca mientras duerme. Tiene la nariz pequeña, arrugada todavía, y los dedos cerrados en dos puños diminutos que descansan sobre el pecho de Rachel. Hace unas horas esa niña no existía fuera de su cuerpo y ahora está aquí.

No sé exactamente en qué momento ha ocurrido el cambio dentro de mí, pero algo se ha movido de sitio y no tiene ninguna intención de volver a donde estaba antes. Miro a Rachel otra vez dormida profundamente. Está agotada, aunque la conozco lo suficiente para saber que cuando despierte fingirá que tiene todo bajo control y que esto no es tan grande como parece. Probablemente hará algún comentario sarcástico antes de admitir que tiene hambre o que le duele todo el cuerpo. Pero ahora mismo no está fingiendo nada, ahora solo está durmiendo y nuestra hija está respirando sobre su pecho.

Me levanto despacio de la silla tratando de no hacer ruido y me acerco un poco más a la cama. La enfermera que pasó hace un rato me explicó que no pasa nada si la niña se queda así un rato, porque el contacto con la madre es bueno y su calor y su olor la tranquilizan.

La miro y después miro a Rachel y dentro de mí se instala la sensación de que esto es mi familia. Justo en ese momento, la puerta de la habitación se abre un poco y una enfermera asoma la cabeza.

—¿Todo bien por aquí? —susurra.

Asiento.

—Sí.

Ella entra con un carrito metálico y mira a Rachel.

—¿Sigue dormida? —murmura.

—Ha pasado una noche movida.

La enfermera sonríe.

—Eso suele pasar cuando alguien decide nacer a las dos de la mañana.

Se acerca a la cama y observa a la niña.

—Tenemos que cambiarle el pañal.

—¿Ahora?

—Sí.

La enfermera levanta una ceja.

—Las personas pequeñas también tienen necesidades urgentes.

Rachel se mueve ligeramente en la cama y abre un ojo.

—¿Qué pasa?

—Nada —le digo—. Operación pañal.

Rachel tarda dos segundos en procesarlo y después sonríe.

—Eso quiero verlo.

La enfermera me mira.

—Papá, es tu turno.

—¿Mi turno?

—Claro.

Rachel levanta un poco la cabeza.

—Buena suerte.

La enfermera coge a la niña con cuidado y la coloca sobre la pequeña cuna transparente que está junto a la cama. Después abre un paquete de pañales y me hace un gesto para que me acerque.

—Venga —me anima.

Me pongo frente a la cuna y observo a mi hija, que abre los ojos un momento y vuelve a cerrarlos inmediatamente.
La enfermera levanta el arrullo que la cubre.

—Primero hay que quitar este.

—Eso lo había deducido.

Rachel suelta una risa débil desde la cama.

—Lucke está intentando parecer seguro de sí mismo.

—Lo estoy consiguiendo.

La enfermera se cruza de brazos.

—Eso ya lo veremos.

Despego las tiras del pañal con cuidado y levanto un poco a la niña para retirarlo. Rachel vuelve a reír al verme.

—Tienes expresión de estar muy concentrado.

—Esto es delicado.

—Solo es un pañal —añade la enfermera divertida mientras niega con la cabeza—. Papá primerizo.

—¿Se nota?

—Mucho.

Cojo el pañal limpio y lo coloco debajo de la niña siguiendo las instrucciones que la enfermera me va dando. Mientras Rachel me mira desde la cama con una sonrisa que no intenta ocultar.

—No sabía que ibas a ser tan aplicado —me dice sin dejar de sonreír.

—Aprendo rápido.

—La motivación ayuda.

Termino de cerrar el pañal y miro a la enfermera.

—¿Listo?

Ella lo revisa.

—Sorprendentemente sí.

Rachel levanta una mano desde la cama.

—Déjame verla.

La enfermera coloca a la bebé otra vez sobre su pecho y Rachel la mira con una expresión completamente distinta a la de antes.

—No lo has hecho mal —me dice levantando la mirada hacia mí.

—Gracias por tu aprobación —respondo haciendo una reverencia teatral.

—Estoy reconsiderando mi opinión sobre tus habilidades domésticas.

—Eso es un avance.

Cuando se marcha la enfermera, Rachel se queda mirándome unos segundos y veo algo distinto en su mirada que no estaba antes.

—Lucke.

—¿Sí?

—No me lo has vuelto a preguntar.

Sé perfectamente a qué se refiere y apoyo una mano en el borde de la cama mientras la miro.

—No es el momento.

Rachel observa a la pequeña mientras se mueve un poco entre sus brazos.

—Podrías haber insistido.

—No quiero insistir.

—¿Por qué?

—Porque acabas de tener una hija hace unas horas.

Rachel suelta una pequeña risa cansada.

—Ese argumento es bastante sólido.

Me acerco un poco más.

—Primero deberíamos hacer algo más importante.

Rachel levanta una ceja.

—¿Más importante que el matrimonio?

—Mucho más.

—Sorpréndeme.

Miro a la niña.

—Tenemos que ponerle nombre.

Rachel baja la mirada y observa a nuestra hija unos segundos.

—Eso también es verdad.

—No podemos seguir llamándola «la bebé».

—¿Tienes alguna idea? — Rachel se acomoda un poco en la almohada y me pregunta.

—Sí.

—Por supuesto que la tienes… —dice rodando los ojos.

—Mia.

Rachel repite el nombre en voz baja.

—Mia.

La niña mueve un poco la cabeza, como si protestara y Rachel sonríe.

—Es corto.

—Es bonito.

—Es fuerte.

La observo.

—También es sencillo.

Rachel acaricia la mejilla de la niña con la punta del dedo.

—Me gusta.

—¿Sí?

—Sí.

Levanta la vista hacia mí.

—Hola, Mia —susurra tocándole la punta de la naricilla con la yema de su dedo.

La niña abre los ojos un segundo y Rachel suelta una pequeña risa.

—Creo que lo aprueba.

Me acerco un poco más y saco el móvil del bolsillo.

—Tenemos que hacer una foto.

Rachel levanta una ceja.

—Ahora mismo parezco un desastre.

—Eso forma parte del momento.

—Vale —acepta después de soltar un resoplido.

Me inclino sobre la cama y coloco el móvil frente a nosotros. Rachel sostiene a Mia contra su pecho, sonreímos y disparo la foto.

—¡Dios! —exclama mirando la pantalla.

—¿Qué?

—Parezco una persona que ha sobrevivido a una guerra.

—Más o menos es lo que ha pasado.

Rachel vuelve a mirar a Mia.

—Vale, haz otra.

Hago otra foto y esta vez Rachel sonríe y Mia bosteza.

—Esto es ridículo —se ríe Rachel.

—Es perfecto.

La niña vuelve a protestar y Rachel se acomoda mejor en la cama.

—Creo que esta noche no vamos a dormir.

—Probablemente no.

Rachel levanta la mirada.

—¿Te arrepientes?

—Ni un poco.

Rachel sonríe.

—Bien.

Mia vuelve a moverse entre sus brazos y Rachel la observa con una expresión más tranquila, segura y completamente distinta a la de antes. La habitación recupera el ritmo extraño que tienen los hospitales de madrugada con sonidos de máquinas que pitan a intervalos regulares, pasos lejanos en el pasillo y la respiración tranquila de alguien que acaba de atravesar algo enorme y todavía no ha tenido tiempo de procesarlo como ella.

Mia está apoyada contra su pecho con los ojos cerrados. Tiene la cara arrugada de recién nacida y la boca ligeramente abierta, como si todavía estuviera intentando entender qué ha pasado exactamente en las últimas horas. Rachel la observa con calma y después levanta la mirada hacia mí.

—No me has vuelto a preguntar.

Sé perfectamente a qué se refiere. No necesito que lo explique, ni mirar el anillo que sigue en el bolsillo interior de mi chaqueta desde que salimos de casa corriendo hacia el hospital.
Me apoyo en el borde de la cama.

—No es el momento —le respondo apoyándome en el borde de la cama.

Rachel frunce un poco el ceño.

—Podría serlo.

—Podría.

—Entonces ¿por qué no lo haces?

La miro.

—Porque acabas de parir hace unas horas.

Rachel deja escapar una pequeña risa cansada.

—Eso es cierto.

—También porque estás agotada.

—Eso también es cierto.

—Y porque ahora mismo lo único que importa está aquí —digo mientras miro a Mia. Rachel sigue mi mirada y durante unos segundos se queda completamente quieta mirando a nuestra hija. Después, vuelve a mirarme.

—No esperaba esa respuesta.

—¿Qué esperabas?

—No sé, algo más… impulsivo.

—He tenido toda la noche para pensarlo.

Rachel arquea una ceja.

—¿Mientras yo gritaba?

—Especialmente en ese momento.

Rachel suelta una carcajada corta que termina convirtiéndose en un pequeño gesto de dolor cuando su cuerpo protesta por el esfuerzo del parto.

—Eso tampoco estaba en mis planes.

—Me imagino.

Rachel baja la mirada otra vez hacia Mia.

—Gracias —musita.

—¿Por qué?

—Por no presionarme.

—No tengo prisa.

Rachel parece pensar en algo mientras observa a la niña.

—Eso me tranquiliza.

—Me alegro.

Se queda unos segundos en silencio, moviendo ligeramente a Mia contra su pecho cuando la niña hace un pequeño gesto de incomodidad. Me acerco un poco más a la cama y apoyo la mano sobre la mantita que envuelve a la niña y Mia mueve los dedos. Son tan pequeños que me cuesta creer que sean reales. Rachel me observa hacerlo.

—Estás impresionado.

—Un poco.

—Bastante diría yo.

—Sí.

Rachel sonríe con gesto cansado.

—Te recordaré esta cara cuando tenga quince años.

—Eso es chantaje...

—Soy muy buena en eso.

La niña emite un pequeño sonido que no llega a ser llanto, pero tampoco parece muy satisfecho y Rachel la balancea suavemente.

—Creo que acaba de decidir que dormir no es una prioridad.

—Son las tantas de la madrugada —resoplo.

—No parece importarle.

—Eso es preocupante.

Rachel suelta una risa breve.

—Bienvenido a la paternidad.

—Pensaba que tendría unas horas de margen.

—Ingenuo.

La niña vuelve a moverse y esta vez abre los ojos durante un momento antes de cerrarlos otra vez. Rachel la observa con una expresión que todavía me cuesta interpretar, porque no es la Rachel sarcástica de siempre, ni la Rachel enfadada que me gritaba hace unas horas en admisiones. Esta es otra versión de Rachel, más abierta, más vulnerable y peligrosa para alguien que, como yo, intenta mantener cierta distancia emocional.

—Haz otra foto —me pide a media voz.

—¿Ahora?

—Sí.

—Dentro de diez años vas a odiar esta.

—Dentro de diez años lo odiaremos todo.

Saco el móvil otra vez y Rachel acomoda a Mia un poco mejor contra su pecho. La niña protesta con un pequeño gruñido y Rachel levanta la vista hacia mí.

—Rápido.

—Ya voy.

Disparo la foto y Rachel mira la pantalla.

—Dios.

—¿Qué pasa ahora?

—Parecemos completamente agotados.

—Lo estamos.

Rachel se queda mirando la imagen unos segundos y después sonríe.

—Me gusta.

—A mí también.

Mia vuelve a emitir un pequeño sonido y Rachel la balancea instintivamente.

—Creo que esta noche no vamos a dormir.

—Eso ya lo hemos asumido.

Rachel levanta la mirada hacia mí.

—¿Te quedas?

La pregunta le sale tan natural que tardo un segundo en responderle.

—Claro.

Rachel parece aliviada.

—Bien.

La niña vuelve a protestar un poco más fuerte y Rachel la mira con una mezcla de cariño y desconcierto.

—Creo que quiere algo.

—Eso parece.

—¿Sabes qué quiere?

—Ni idea.

Rachel me mira.

—Eres de gran ayuda…

—Estoy aprendiendo —respondo encogiéndome un poco de hombros.

La niña emite un pequeño llanto más claro y Rachel suspira.

—Vale —dice acomodándose en la cama—. Creo que le toca comer.

—Tiene lógica...

Rachel me mira.

—Puedes mirar hacia otro lado si quieres.

—Rachel…

—Es una bromaaaa.

Entre risas de ambos, se coloca un poco mejor la bata del hospital y acerca a Mia a su pecho. La niña tarda exactamente dos segundos en empezar a comer y Rachel abre los ojos con sorpresa.

—¡Qué rapidez! —exclamo sorprendido.

—Extremadamente.

Nos miramos y empezamos a reírnos de verdad con una risa cansada, absurda y completamente sincera.

—Esto es una locura —afirma secándose una lágrima.

—Un poco.

—No estaba preparada para nada de esto.

—Nadie lo está.

Rachel mira a Mia.

—Hola, Mia —susurra, mientras la niña sigue completamente concentrada en su tarea. Rachel levanta la vista hacia mí—. Esto acaba de cambiarlo todo.

Miro a las dos.

—Así es.

Rachel vuelve a acomodarse en la almohada y Mia termina de comer unos minutos después y se queda dormida casi inmediatamente. Después, Rachel la coloca con cuidado en la pequeña cuna transparente junto a la cama y ambos nos quedamos embobados mirándola.

La habitación está tranquila otra vez y Rachel apoya la cabeza en la almohada.

—Creo que ahora sí podría dormir —susurra.

—Inténtalo.

Rachel cierra los ojos, pero los vuelve a abrir un momento después.

—Gracias por esperar —musita.

—No hace falta que me des las gracias —respondo mirándola.

Rachel observa a Mia un momento más.

—Aun así.

Asiento y Rachel cierra los ojos otra vez y se duerme segundos después. Mientras, yo me quedo sentado en la silla junto a la cama observando a las dos. Rachel respira profundamente y Mia duerme en la cuna con los puños cerrados.

Apoyo los antebrazos en las rodillas y las observo durante un largo rato. No tengo ninguna prisa, porque algunas respuestas merecen ser esperadas.

Capítulo 20
Rachel

La teoría de volver a casa con un bebé parecía bastante sencilla cuando la imaginaba desde la cama del hospital. En mi cabeza todo seguía un orden lógico: llegábamos al apartamento, dejábamos a Mia en su cuna, abríamos una ventana, respirábamos hondo el aire fresco y de alguna manera todo empezaba a encajar en su sitio, como si nuestra vida anterior simplemente se hubiera ampliado unos centímetros para hacer hueco a una persona nueva.

Sin embargo, la realidad tiene bastante menos sentido del ritmo.

En cuanto cruzo la puerta del apartamento con Mia en brazos, la sensación que me recibe no es paz, ni de calma, sino una especie de caos silencioso que parece haber decidido instalarse en cada superficie disponible de la casa.

Hay pañales encima de la mesa de la cocina. Una bolsa abierta de la farmacia con gasas y un termómetro digital. En el respaldo del sofá cuelga un *body* diminuto, que claramente nadie recuerda haber colocado ahí y, por si todo eso fuera poco, la lavadora tiene delante una montaña de ropa que, por el tamaño de algunas prendas, solo puede pertenecer a una persona que mide menos de cincuenta centímetros.

Lucke entra detrás de mí cargando con dos bolsas más y cierra la puerta con el pie. Se queda quieto un momento observando el apartamento con una expresión que mezcla curiosidad y resignación.

—Creo que alguien ha venido a vivir aquí mientras estábamos en el hospital.

—Puede ser —respondo caminando despacio hacia el salón.

Mia duerme dentro del portabebés con tranquilidad, como si hace unos días no hubiera estado gritando para salir de mi cuerpo.

—¿Siempre ha habido tantas cosas? —pregunta Lucke tras dejar las bolsas en el suelo.

—No.

—Entonces estamos ante una invasión.

—Eso explica lo de los pañales.

Lucke coge uno del paquete y lo levanta como si fuera una pieza arqueológica.

—Hay más de cien.

—Eso significa que estamos preparados para sobrevivir.

—Eso significa que alguien cree que esta niña va a producir residuos a nivel industrial —afirma convencido y no puedo evitar reírme. La carcajada se me escapa sola y de forma inesperada de la garganta.

Durante unos segundos observo el apartamento otra vez: los pañales, la ropa diminuta, el portabebés, la cuna portátil al lado del sofá…

Había imaginado que al volver a casa iba a sentir algo parecido al vértigo. Que iba a mirar todo esto y pensar que mi vida anterior había desaparecido y que la versión de mí que existía antes del parto había quedado enterrada bajo una montaña de responsabilidades nuevas. Pero eso no ocurre, porque no me siento más pequeña, ni que haya desaparecido nada. La vida que tenía no se ha encogido, simplemente se ha hecho más grande.

Lucke se inclina sobre el portabebés.

—Sigue dormida.

—Milagro.

—No lo digas muy alto.

—Tienes razón.

Justo en ese momento Mia se mueve y Lucke y yo nos quedamos completamente quietos.

—No respires —susurro.

—No estoy respirando.

La niña vuelve a quedarse quieta y Lucke exhala.

—Esto es más difícil que cualquier negociación que haya tenido en mi vida.

—Bienvenido a la paternidad.

El milagro dura exactamente cuarenta segundos, porque Mia abre la boca con la lentitud elegante de quien se está preparando para anunciar algo importante y un segundo después lanza un llanto fino, decidido y completamente incompatible con mis planes inmediatos de sentarme cinco minutos y fingir que tengo la vida más o menos organizada.

—Vale —murmuro.

Lucke endereza la espalda.

—Eso suena poco optimista.

—Eso suena a hambre, sueño, gases o a que simplemente nos odia.

Me acerco al portabebés y la saco con cuidado. Su cuerpo es tan pequeño y sólido al mismo tiempo que todavía me resulta raro pensar que hace nada estaba dentro de mí y ahora está aquí, enfadada, roja y protestando contra el universo en mi salón. La apoyo sobre mi hombro y la balanceo con torpeza.

—Hola, Mia. Estamos en casa. Ya puedes dejar de gritar —le digo con una cantinela que pretende ser tranquilizadora, aunque no deja de gritar.

Lucke da un paso hacia nosotras.

—¿Qué necesita?

—Si lo supiera, estaría haciéndolo— resoplo.

Intento cambiarla de postura. La sostengo más arriba, luego más abajo, después vuelvo a pegarla a mi pecho con la dignidad en ruinas de alguien que hace apenas unos días todavía creía que la maternidad tendría una curva de aprendizaje algo más gradual, pero el llanto aumenta.

—No funciona —digo entre dientes.

Lucke sigue a mi lado. No intenta arrebatármela de los brazos, ni me corrige, ni empieza a dar instrucciones absurdas solo para sentir que participa. Solo está ahí y eso me ayuda y me irrita a la vez.

—Rachel.

—Un segundo.

Mia suelta otro grito más agudo y noto cómo algo dentro de mí se tensa de golpe. No es solo el ruido, sino también cansancio.

Todavía tengo el cuerpo dolorido por el parto, la falta de sueño y la presión de sentir que debería saber hacer esto mejor de lo que lo estoy haciendo.

—Vale —murmuro otra vez, aunque ya no se lo digo a Mia sino a mí misma.

Me siento en el sofá con la niña en brazos y trato de recolocarla, pero no mejora.

—Creo que lo estoy haciendo mal.

Lucke se agacha delante de mí hasta quedar a mi altura.

—No.

—Está llorando.

—Los bebés lloran.

—Ya, pero esta es nuestra primera tarde en casa y parece que ya la hemos traumatizado.

Lucke baja un poco la voz.

—Rachel.

Levanto la mirada.

—¿Qué?

—No tienes que hacerlo perfecto en el primer asalto.

Mia sigue llorando y yo siento que estoy a dos segundos de un colapso completamente indigno en mitad del salón rodeada de pañales.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes.

Tiene razón, eso me fastidia bastante y no puedo evitar resoplar.

—Vale, pues no lo sé.

Lucke asiente como si acabara de conseguir una pequeña victoria.

—¿Puedo cogerla?

Dudo un instante antes de entregársela, pero finalmente se la doy. Lucke la sostiene con una mezcla de firmeza y contención que, por alguna razón, resulta irritantemente eficaz. No parece más seguro que yo. Parece un hombre igual de cansado que yo que ha decidido quedarse quieto y prestar atención. Mia tarda unos segundos en bajar el volumen del llanto, pero finalmente lo hace.

—Traidora —le digo a la niña.

Lucke alza una ceja.

—No es nada personal.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que está ganando —respondo y se sienta a mi lado en el sofá sin dejar de mecer a la niña.

—No estoy ganando nada.

—Bueno, al menos, has conseguido que deje de sonar como una sirena antiaérea.

—Creo que solo necesitaba cambiar de ángulo.

Me echo hacia atrás en el sofá y cierro los ojos un segundo. El alivio no es total, pero sí suficiente para notar que no me he roto por no saberlo todo al instante. No me estoy hundiendo, solo estoy aprendiendo.

Cuando abro los ojos, Lucke sigue ahí, con Mia ya casi tranquila entre los brazos y no siento que el hecho de que él esté en casa no hace que me sienta invadida, sino acompañada. Eso también es nuevo para mí.

El llanto de Mia termina apagándose poco a poco hasta quedar reducido a un par de quejidos que suenan más a protesta protocolaria que a auténtico desastre. Lucke sigue balanceándola con un movimiento suave y constante mientras yo me levanto del sofá. Camino hasta el pasillo casi sin pensar y me detengo frente al espejo que hay junto al perchero. No lo hago con ninguna intención ni con la expectativa de encontrar una revelación épica sobre la maternidad, pero cuando levanto la mirada y veo mi reflejo me quedo ahí unos segundos observándome.

Llevo el pelo está recogido de cualquier manera, una camiseta enorme que seguramente pertenece a Lucke y unos pantalones de algodón que hace dos días me parecían cómodos y ahora simplemente me parecen el uniforme oficial de alguien que ha pasado la última semana en modo supervivencia. Mi cara tampoco engaña a nadie. Tengo ojeras, la piel cansada y los ojos todavía un poco hinchados por el parto, el hospital y la mezcla de emociones que han pasado por mi cuerpo como un tren de mercancías a toda velocidad. Pero sigo siendo yo. Sí, eso es lo primero que noto. No

me veo más pequeña, ni me he convertido en una versión diluida de mí misma. Sigo viendo a Rachel, solo que ahora hay algo más en mi vida, algo muy importante: mi hija.

Me acerco un poco más al espejo y me apoyo en la pared del pasillo mientras dejo que esa idea se asiente en mi cabeza. Durante todo el embarazo hubo un momento en el que pensé que esto iba a ocurrir. Que la maternidad iba a tener ese efecto silencioso y traicionero de reducirme, de estrechar mi mundo hasta convertirlo en una lista de pañales, biberones y horarios de sueño y que, por tanto, una parte muy importante de mí iba a desparecer para dejar espacio a mi hija. Pero eso no ha sucedido, porque mi vida en lugar de reducirse, se ha ampliado. La diferencia es sutil pero enorme.

Sigo siendo la misma persona que toma decisiones rápidas, que discute con Lucke cuando algo no le parece justo, que tiene un carácter que no cabe fácilmente en los moldes tranquilos que a veces se esperan de las mujeres que acaban de convertirse en madres.

Respiro despacio y vuelvo al salón. Lucke sigue sentado en el sofá con la niña apoyada contra su pecho. La ha colocado de una forma que parece cómoda para los dos y Mia ya no llora. Tiene los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta, completamente concentrada en quedarse dormida otra vez.

Lucke levanta la mirada cuando entro.

—Creo que hemos superado la crisis —musita.

—Eso ha sido rápido.

—No te acostumbres.

Me acerco despacio y me siento a su lado para poder seguir hablando entre susurros.

—¿Qué has hecho?

—Nada espectacular.

—Eso me preocupa.

Lucke mira a Mia.

—Solo la he movido un poco y he esperado.

—Esperar es una estrategia arriesgada —añado moviendo las cejas de forma cómica.

—A veces funciona.

Observo a la niña unos segundos.

—Es increíblemente pequeña.

—También es sorprendentemente ruidosa.

—Eso lo ha sacado de mí.

Lucke sonríe un poco.

—No voy a discutírtelo.

Apoyo los codos en las rodillas y me inclino hacia delante para mirar mejor a Mia. Sus manos diminutas están cerradas en dos puños que descansan sobre el pecho de Lucke y cada vez que respira su cuerpo se mueve apenas unos milímetros. Es tan real que todavía me cuesta asimilarlo.

—¿Sabes?

—Dime…

—No me siento perdida.

Él frunce ligeramente el ceño.

—¿Perdida?

—Pensaba que iba a ocurrir.

Lucke espera sin interrumpirme.

—Pensaba que iba a mirar todo esto —señalo el salón lleno de cosas diminutas, bolsas abiertas y ropa por doblar— y sentir que mi vida se había reducido a esto.

Lucke baja la mirada hacia Mia.

—¿Y?

—No es eso lo que siento.

—¿Entonces qué sientes?

Pienso un instante antes de responder.

—Siento que todo se ha vuelto más grande.

Lucke levanta la mirada para buscar mis ojos.

—Eso suena bastante bien.

—Es raro.

—Las cosas importantes suelen ser raras.

La casa se queda en una calma frágil que parece sostenida por un hilo invisible. Mia duerme sobre el pecho de Lucke con la serenidad absoluta de alguien que ignora que acaba de provocar un pequeño terremoto en el salón hace apenas diez minutos. Me acomodo a su

lado en el sofá y apoyo la espalda contra el respaldo con cuidado. El cansancio sigue instalado en cada músculo de mi cuerpo, pero ahora se parece más al cansancio de una maratón que sabes que querías correr, que al de una batalla que te ha arrastrado sin preguntar.

Lucke baja la mirada hacia la niña.

—Si se despierta, te cedo el turno —susurra con una media sonrisa.

—Qué generoso.

—Estoy construyendo una reputación de padre implicado.

—Con una crisis superada tampoco te vengas muy arriba.

Lucke alza una ceja.

—Rachel.

—Dimeeee.

—Hace diez minutos estabas convencida de que habíamos traumatizado a nuestra hija.

—Sigo creyendo que esa posibilidad existe.

—Eres dramática.

—Soy realista.

Lucke no responde y su mano sigue sosteniendo a Mia con firmeza y algo en esa imagen me obliga a recrearme en lo que tengo frente a mí. Hace unas semanas me parecía imposible imaginarlo así.

Lucke siempre me ha parecido muy seguro de sí mismo, cómodo en cualquier situación, con una calma que a veces parece arrogancia y otras veces simplemente una manera elegante de no dejar que nada lo altere demasiado. Pero ahora la forma en que sostiene a Mia no tiene nada que ver con la seguridad que proyecta en el resto de su vida. Aquí no hay control, ni estrategia, ni ese aire de hombre que siempre sabe qué está pasando.

Lucke levanta la vista y me encuentra observándolo.

—¿Qué?

—Nada.

—Eso no es verdad.

—Solo estaba pensando.

—Eso suena peligroso.

Me apoyo un poco más hacia él y bajo la voz.

—Estaba pensando que eres sorprendentemente bueno en esto.

Lucke mira a Mia.

—Pues no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Yo tampoco.

—Perfecto.

—¿Perfecto?

—Eso significa que estamos empatados.

Sonrío sin querer y mi mano se mueve casi sola hasta apoyarse en su brazo. Lucke baja la mirada hacia mi mano y no dice nada, aunque tampoco se aparta.

El calor de su piel atraviesa la tela de la camiseta y de pronto soy muy consciente de lo cerca que estamos los tres en este sofá que antes de ponerme de parto parecía enorme y ahora resulta justo del tamaño adecuado.

—Rachel.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

La pregunta es simple pero el tono con el que la hace no lo es. Lucke no está preguntando por el llanto de Mia, ni por el caos de la casa, ni por el cansancio evidente que llevo escrito en la cara. Lo miro unos segundos antes de responder.

—Sí.

—¿Segura?

—Más de lo que esperaba.

Lucke asiente despacio y veo que Mia se mueve un poco entre sus brazos y ambos la miramos al mismo tiempo. La niña frunce la nariz, estira una mano diminuta contra su camiseta y vuelve a quedarse completamente quieta.

—Creo que se parece a ti.

Lucke resopla.

—Tiene dos días.

—Suficiente para empezar a juzgar.

—No puedes decidir eso todavía.

—Puedo decidir lo que quiera.

Lucke gira la cabeza hacia mí y la distancia entre nuestras caras se reduce sin que ninguno de los dos haga un gesto consciente para provocarlo y, durante un instante, me pregunto si va a besarme, porque el deseo sigue ahí. Eso también me sorprende. No tiene nada que ver con el ansia física de otras veces, ni con la tensión sexual que nos empujaba a buscarnos en cualquier rincón de la casa. Ahora es algo más tranquilo, profundo y, en definitiva, real. Lucke levanta una mano y me aparta un mechón de pelo que se ha escapado de su lugar. Sus dedos rozan mi sien con suavidad y ese leve contacto recorre mi piel con la misma intensidad que un gesto mucho más grande.

—Sigues siendo tú.

Lo dice muy bajo.

—Eso espero.

—Lo eres —responde asintiendo con la cabeza.

No respondo. Solo sostengo su mirada, mientras mi mano sigue apoyada sobre su brazo. Mia suspira entre nosotros y de pronto esta escena me parece absurdamente perfecta. No porque tenga todo bajo control, sino porque no lo está y aun así seguimos aquí los tres.

Lucke vuelve a acomodar a Mia con cuidado antes de recostarse un poco más en el sofá. La niña sigue dormida, completamente ajena a la conversación silenciosa que acabamos de tener. Apoyo la cabeza en el respaldo y dejo que el cansancio recorra mi cuerpo sin pelear contra él. Hace unas horas todavía pensaba que volver a casa iba a ser como entrar en territorio desconocido y que la pregunta sobre el matrimonio iba a quedarse flotando entre nosotros como una presión incómoda que exigiría una respuesta inmediata. Pero ahora lo veo con claridad. Lucke no ha vuelto a mencionarlo, aunque podría haberlo hecho. Podría haber aprovechado el momento del hospital, el nacimiento, la emoción, el huracán hormonal y sentimental que convierte cualquier decisión en algo más fácil de aceptar. Pero no lo ha hecho y ha decidido esperar. Lanzo un suspiro y observo a Mia dormida sobre su pecho y luego levanto la vista hacia Lucke.

—Gracias. —susurro.

Frunce el ceño ligeramente.

—¿Por qué?

—Por no presionarme.

Lucke tarda un instante en entender a qué me refiero.

—No tienes que decidir nada ahora.

Eso confirma exactamente lo que ya sabía. Apoyo la cabeza contra el respaldo y cierro los ojos un momento y por primera vez tengo la certeza de que la decisión no es una obligación, sino como una elección que puedo tomar cuando quiera y cuando esté preparada.

Abro los ojos y miro a Mia otra vez y siento que ahora sí que puedo elegir.

Capítulo 21
Rachel

El apartamento se queda en silencio cuando Mia por fin se duerme. No es un silencio limpio ni tranquilo, porque hay pañales usados en una bolsa que alguien ha olvidado cerrar, una montaña de ropa diminuta extendida sobre el sofá y un biberón medio lavado que descansa en el fregadero como si hubiese abandonado cualquier esperanza de volver a ser útil en las próximas horas. Aun así, después de varias horas escuchando llantos, dar pasos nerviosos y mantener conversaciones absurdas sobre temperaturas de leche y cuál es la mejor posición para que se duerma un bebé, el simple hecho de que la casa deje de tener ruidos durante unos minutos parece tan extraño que me quedo quieta en medio de la cocina como si cualquier movimiento pudiese romper el hechizo.

La camiseta que llevo tiene una mancha de leche que ya ni siquiera intento disimular y la desaliñada coleta que me mantiene el pelo recogido de alguna manera, tiene toda la pinta de ser el resultado de una pelea violenta con una goma del pelo. Estoy absolutamente agotada, pero también extrañamente lúcida. Supongo que es un tipo de claridad que aparece cuando el cuerpo ya no puede más y la mente deja de intentar controlar cada detalle. Como si todas las voces que llevaban semanas opinando sobre lo que debería hacer, sentir o decidir después de dar a luz hubieran salido de la habitación sin avisar y por fin me quedara sola con mis propios pensamientos.

Justo en este momento, oigo a Lucke moverse por el pasillo. El sonido de sus pasos es lento y el tipo de caminar que adopta alguien que lleva demasiadas noches durmiendo mal, pero se niega a admitirlo.

Antes de pensar demasiado lo que voy a decir, levanto la vista hacia la puerta de la cocina y suelto la primera frase que me sale.

—Si te vuelvo a oír decir «todo bien», te tiro el sacaleches a la cabeza.

Lucke aparece en el marco de la puerta un segundo después. Tiene el pelo revuelto, la camiseta arrugada y una expresión ligeramente desencajada. Se apoya contra el marco de la puerta, me observa y asiente con gravedad.

—Apunto: no mentirle a una mujer con un artefacto medieval en la mano.

Me quedo mirándolo y luego me río. No es una risa irónica ni una de esas carcajadas sarcásticas que utilizo para esconder lo que realmente estoy pensando. Es una risa limpia y real.

Lucke levanta una ceja.

—Esa risa suena peligrosa.

—Lo es.

—¿Para quién?

—Para mí.

Me apoyo contra la encimera y lo observo caminar hasta la cocina con su habitual calma, que siempre me ha puesto un poco nerviosa porque parece la única persona del planeta que no siente la necesidad de reaccionar de inmediato ante cada desastre.

Se acerca al fregadero, mira el biberón medio lavado y lo levanta.

—¿Esto está limpio o estamos jugando a la ruleta rusa bacteriana?

—Está limpio.

—Tu tono no me tranquiliza.

—Mi tono nunca tranquiliza.

Lucke abre el grifo.

—Eso es cierto.

Durante un momento nos movemos por la cocina sin decir nada, cada uno ocupándose de pequeñas tareas que ya empiezan a parecer automáticas: comprobar si queda agua mineral, buscar un biberón limpio, mover una pila de pañales que alguien dejó en el lugar equivocado… Lo observo mientras trabaja concentrado.

Durante meses pensé que el romance tenía que parecer otra cosa: grandes discursos, momentos espectaculares y decisiones

dramáticas. Ahora mismo, en cambio, lo que veo es a un hombre medio dormido calentando un biberón a las tres de la madrugada con una paciencia que no intenta demostrar nada a nadie. Y por primera vez esta escena me parece más romántica que cualquier otra cosa que haya imaginado.

Lucke deja el biberón bajo el chorro de agua caliente mientras abre el armario superior con la familiaridad de alguien que lleva solo unos días en esta casa en su nueva versión de padre y, aun así, ya se ha aprendido de memoria dónde está todo lo necesario para sobrevivir.

—Necesitamos reorganizar esto —dice, mirando el caos que se acumula entre biberones, chupetes y una caja de cereales que no recuerdo haber comprado.

Me cruzo de brazos y lo observo desde la encimera.

—Necesitamos sobrevivir hasta mañana. Reorganizar es un objetivo demasiado ambicioso para esta familia en este momento.

Lucke coge el calentador de biberones, lo coloca sobre la encimera y empieza a preparar la mezcla con la precisión casi absurda que utiliza para cualquier tarea, desde cerrar un contrato hasta doblar un *body* de recién nacido.

—Hay pañales en tres sitios distintos —murmura.

—Eso es solo estrategia.

—Eso es caos.

—No, es distribución logística.

Lucke se gira hacia mí con el biberón en la mano.

—Hay toallitas dentro del cajón de los cubiertos —afirma arrugando en entrecejo.

—Eso es porque alguien decidió moverlas.

—Ese alguien has sido tú.

—Ese alguien estaba bajo presión.

Lucke asiente despacio, como si estuviera evaluando la validez científica de mi afirmación.

—Necesitamos normas.

La palabra me provoca una reacción automática. Me incorporo, señalo el centro de la cocina con la autoridad propia de

quien acaba de decidir que es directora ejecutiva del caos que nos rodea.

—Muy bien, entonces establezcamos una nueva política doméstica.

Lucke se apoya contra la encimera, biberón en mano, y adopta la expresión ligeramente divertida que pone cuando sabe que estoy a punto de improvisar algo completamente absurdo.

—Te escucho.

—Norma uno: los pañales sucios desaparecen inmediatamente de mi campo visual.

—Aceptable.

—Norma dos: cualquier objeto que esté relacionado con fluidos corporales debe permanecer a menos de un metro de la zona de emergencia.

Lucke levanta ligeramente el biberón.

—¿La cocina es zona de emergencia?

—Toda la casa es zona de emergencia.

Lucke asiente.

—Tiene sentido.

—Norma tres…

Me quedo pensando un segundo y veo que Lucke levanta una ceja.

—¿Norma tres? —pregunta.

Lo miro con gesto serio.

—No existe la norma tres, Lucke.

Lucke se toma un segundo para procesarlo y luego asiente con absoluta seriedad.

—Perfecto. Me encantan los sistemas coherentes.

Me sale una sonrisa antes de poder evitarlo.

—No te rías de mí.

—No me estoy riendo.

—Te estás riendo.

—Estoy admirando tu capacidad para dirigir un sistema completamente inexistente.

Lucke deja el biberón en el calentador y se gira hacia el salón, donde la pequeña cuna portátil descansa junto al sofá. Durante unos

segundos ambos miramos en esa dirección, como si el simple hecho de hablar de ella pudiera despertar a nuestra hija. No obstante, la casa sigue en calma y Lucke vuelve a hablar en voz baja.

—Creo que hemos sobrevivido a los primeros días.

—No lo digas demasiado alto.

—¿Por qué?

—Porque la vida tiene un sentido del humor horrible.

—Rachel…

—¿Qué pasa?

—Lo estás haciendo bien.

Su frase me pilla desprevenida.

—No he hecho nada del otro mundo.

—Has tenido una hija hace apenas unos días.

—Eso lo ha hecho mi cuerpo. Yo estaba bastante ocupada gritando.

Lucke se acerca a la encimera y apoya el hombro a mi lado.

—Sigue contando.

—He sobrevivido.

—Eso también cuenta.

Durante un momento me quedo mirándolo y me doy cuenta de que ya no intenta demostrar que sabe hacerlo todo, ni trata de impresionar a nadie. Simplemente hace lo que hay que hacer y eso es lo que más me impresiona.

El calentador emite un pequeño clic. Lucke levanta el biberón y lo agita suavemente.

—Creo que está listo.

—Eso es optimismo.

—Eso es experiencia acumulada en las últimas ocho horas.

—Lo cual es aterrador.

Lucke me mira con una media sonrisa.

—Creo que acabamos de inventar un tipo nuevo de romance.

Levanto una ceja.

—Ah, ¿sí?

Lucke alza el biberón.

—Romance logístico.

No puedo evitar reírme y esta vez también sin rastro de ironía.

La cocina se queda en una calma extraña después de nuestra conversación. Mia continúa dormida en el salón y Lucke sigue apoyado contra la encimera, mientras yo estoy de pie frente a él. Durante unos segundos ninguno de los dos dice nada. Pero mi cuerpo empieza a moverse antes de que mi cabeza decida qué hacer con todo lo que acabamos de decirnos. Me acerco como una reacción instintiva de alguien que ha estado sosteniendo demasiadas emociones durante mucho tiempo y de repente necesita tocar algo real para no venirse abajo. Lucke lo nota y cuando estoy a medio paso de distancia, mueve la mano y me agarra por la cintura. No me aparta de él, pero tampoco me deja avanzar.

—No quiero que me uses para calmarte.

La frase me hace alzar la mirada hasta sus ojos.

—Calla.

—Rachel.

—No te estoy usando.

Lucke espera a que acabe mi frase y yo suelto un resoplido antes de hacerlo.

—Te estoy… eligiendo mal.

La esquina de su boca se curva ligeramente.

—Entonces elige bien.

La respuesta me provoca una reacción inmediata y le agarro la camiseta a la altura del pecho y tiro de él hacia mí. Le beso con la necesidad de comprobar que seguimos siendo nosotros mismos debajo del cansancio, de las conversaciones serias y de todo lo que acaba de cambiar en nuestras vidas. Lucke responde a mi beso con la misma mezcla extraña de calma y deseo que siempre lo ha definido.

Su mano sigue en mi cintura mientras la otra sube despacio por mi espalda, rozando la tela arrugada de mi camiseta hasta detenerse en la base de mi cuello. El contacto me recorre la piel con una intensidad que me sorprende. Estoy agotada, mi cuerpo sigue dolorido y recuperándose del parto, pero el deseo continúa intacto.

—Rachel —me dice separándose unos centímetros de mí.

—No hables.

—Estás cansada.

—Estoy viva.

Lucke me observa y pasea el pulgar por la línea de mi mandíbula con una lentitud que consigue que mi respiración cambie de ritmo.

—Sigues siendo peligrosa.

—Siempre lo he sido.

—Ahora más.

—Eso es culpa tuya.

Lucke baja la cabeza y me besa otra vez. Mi mano baja por su cuello mientras su cuerpo se acerca al mío. Durante unos segundos solo existe el calor de su cuerpo, sus manos sobre mi piel y el ritmo acelerado de nuestras respiraciones. Cuando nos separamos otra vez, mi frente se queda apoyada contra la suya y respiro hondo.

—Si esto es enamorarme —murmuro— voy a denunciarlo.

Lucke no se aparta de mí.

—Te acompaño a comisaría.

Su respuesta me hace reír en voz baja y él me imita.

Lucke deja el biberón sobre la encimera para comprobar la temperatura con el gesto automático que ha empezado a repetir tantas veces en las últimas horas que parece formar parte de él desde siempre. Mientras lo observo hacerlo, me doy cuenta de que mis manos también han encontrado una tarea propia sin que yo lo decida conscientemente. Cojo uno de los pequeños *bodies* que están doblados sobre el respaldo de una silla y empiezo a estirarlo con cuidado antes de doblarlo otra vez, como si necesitara ordenar algo mientras en mi cabeza empieza a formarse una frase que llevo evitando desde hace días.

El tejido diminuto se resbala entre mis dedos y durante un momento me concentro en alinear las mangas, en doblar la tela con una precisión casi absurda para una prenda que dentro de unas horas volverá a estar manchada de leche o de cualquier otro fluido imprevisible que nuestra hija decida producir. Cuando por fin hablo, la frase sale de mi boca sin preparación.

—No te he respondido aún a tu propuesta.

Lucke no levanta la cabeza inmediatamente, sino que termina de cerrar el biberón, lo coloca sobre la encimera y entonces se gira hacia mí con una tranquilidad que me pone ligeramente nerviosa.

—Tienes razón.

La naturalidad con la que lo dice me obliga a levantar la mirada.

—No es que no sepa la respuesta —añado, doblando la parte baja del *body* con más cuidado del necesario—. Es que no quería decidir con el cuerpo destrozado y todo el mundo pendiente de mí.

Lucke se apoya contra la encimera, cruzando los brazos con calma.

—No hay prisa.

—Eso es trampa —le respondo y él inclina ligeramente la cabeza.

—No.

—Sí que lo es.

—No —insiste.

Lo miro.

—Eso es respeto —me aclara y la forma en que lo dice me deja inmóvil.

No hay grandilocuencia en su voz, ni un intento de convencerme, ni siquiera una emoción especialmente visible. Solo la seguridad tranquila que tiene cuando habla de algo que considera evidente.

Dejo el *body* doblado sobre la silla y trato de respirar profundamente, porque hay algo en esta conversación que me obliga a dejar de moverme por unos segundos.

—No quiero que esto me convierta en alguien pequeña.

Lucke no tarda ni un segundo en responder.

—No lo ha hecho.

—Todavía no.

—Tampoco lo hará —le aclaro—. Además, no quiero que me quieras por lo que has construido conmigo.

Lucke frunce ligeramente el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Quiero que me quieras por lo que soy.

Lucke mantiene mi mirada.

—Te quiero por eso, precisamente.

La frase queda suspendida entre nosotros y no trato de convertirla en una broma, ni suavizarla con sarcasmo. Por primera vez desde que empezó esta conversación, no busco una salida cómica que me permita esquivar el momento. Simplemente lo miro y me doy cuenta de algo que hasta ahora había evitado reconocer con claridad: Lucke nunca ha intentado moldearme, ni volverme más tranquila, razonable o cómoda para su vida. Nunca ha intentado domesticar el caos que soy, sino que ha hecho algo mucho más peligroso: me ha dejado ser exactamente quien soy.

—Esto es sospechoso —le respondo después de pasarme una mano por la cara.

Lucke levanta una ceja.

—¿El qué?

—Que todo tenga sentido.

—Eso es un problema interesante.

—No me gustan los problemas que no puedo discutir.

Lucke sonríe ligeramente.

—Podemos discutirlo si quieres.

—No.

—¿No?

—No quiero estropearlo.

Lucke se queda mirándome unos segundos.

—No tienes que decidir nada esta noche —me aclara y esa frase me provoca un pequeño pinchazo en medio del pecho.

—Eso vuelve a ser trampa.

Lucke niega con la cabeza con una paciencia que empieza a parecer sospechosa.

—Sigue siendo respeto.

Respiro hondo y lo miro directamente a los ojos una vez más, porque esta vez no busco una escapatoria. Lucke levanta la mirada cuando doy medio paso atrás. Durante un instante ninguno de los dos habla y yo me limito a observarlo.

Lucke no parece un hombre esperando una respuesta, sino un hombre que simplemente está aquí. Eso cambia algo dentro de mí.

—Lucke —digo después de lanzar un hondo suspiro.

—¿Sí? —. Su voz suena igual de calmada que siempre.

Durante semanas pensé que este momento me daría vértigo y algo de miedo que me obligaría a elegir entre una vida y otra. Pero no lo siento así, sino más bien como reconocer algo que lleva tiempo creciendo sin que yo quisiera mirarlo demasiado de cerca.

—Sí —le digo alzando la barbilla un poco para mirarle a los ojos directamente.

Lucke parpadea una vez.

—¿Sí qué?

No hay sorpresa exagerada en su voz, solo una pregunta tranquila y eso me hace sonreír ligeramente.

—Sí a lo que sea esto.

Lucke inclina la cabeza apenas unos milímetros para mirarme a los ojos.

—Eso es muy específico.

—No me interrumpas.

Lucke cierra la boca con obediencia teatral.

—Continúa —añade asintiendo con la cabeza.

—Sí a esto —repito, señalando vagamente la cocina, la casa, la madrugada, la vida entera que parece haberse instalado aquí en los últimos días— mientras no me pidas que deje de ser yo.

Lucke no tarda ni un segundo en responder.

—Nunca lo haría.

Su respuesta es tan inmediata que me obliga a observarlo con más atención, pero no veo ni rastro de duda en su gesto, solo una seguridad que siempre me ha desconcertado un poco.

Durante un segundo pienso en decir algo ingenioso y que rebaje la intensidad del momento. Pero, ahora mismo, no siento la necesidad de hacerlo. Mientras sigo mirándole, veo que Lucke se mete la mano en el bolsillo del pantalón. El gesto es tan natural que tardo un segundo en entender lo que está haciendo. Cuando vuelve a sacar la mano, hay una pequeña caja entre sus dedos y noto cómo la respiración se me entrecorta.

—La llevabas encima.

—Soy un hombre previsor —me responde moviendo las cejas de manera cómica.

—Eso es inquietante.

—Más bien práctico diría yo…

Abre la caja y dentro de ella aparece un anillo sobre una pequeña almohadilla oscura. No es exagerando, ni parece diseñado para impresionar, algo que me encanta. Lucke levanta la vista hacia mí y durante un segundo pienso que va a coger mi mano y que va a arrodillarse y va a convertir esto en una de esas escenas que todo el mundo espera cuando alguien dice que sí, pero, por suerte, no lo hace. Simplemente sostiene la caja abierta entre los dedos y su gesto es tan simple que me emociona más de lo que esperaba.

Me acerco un poco más a él, miro el anillo y luego a él.

—¿No vas a ponérmelo?

Lucke niega suavemente con la cabeza.

—No.

—Eso también es sospechoso.

—Eso es elección.

«Elección».

Esa palabra se queda flotando entre nosotros. Durante mucho tiempo pensé que enamorarse significaba perder mi independencia, mi espacio o el control de mi vida. Sin embargo, ahora mismo, mirando a este hombre medio dormido en una cocina llena de biberones, pañales y ropa diminuta, me doy cuenta de que lo que siento no se parece a perder. Se parece mucho más a poder. Así que extiendo la mano y Lucke coloca la caja sobre mi palma sin apartar los ojos de mi cara. El anillo brilla bajo la luz de la cocina y lo miro sin tocarlo aún, porque en este momento no tengo la sensación de estar perdiéndome algo, sino de estar eligiendo precisamente lo que quiero y eso lo cambia todo.

Capítulo 22
Lucke

Caminar por el salón con un bebé dormido sobre el hombro debería ser una escena tranquila. En teoría, claro… En la práctica significa caminar despacio, con una concentración casi absoluta, intentando que cada paso sea tan silencioso que ni siquiera el suelo se atreva a crujir, ni las zapatillas a emitir el más mínimo sonido.

Mia pesa menos que un gato, pero su capacidad para despertarse en el momento equivocado tiene algo de mecanismo de defensa evolutivo, así que llevo diez minutos recorriendo el mismo tramo de salón con una paciencia que jamás habría imaginado desarrollar en mi vida anterior.

Rachel duerme en el sofá o, al menos, está en ese estado extraño entre el sueño y el agotamiento absoluto, en el que el cuerpo se rinde, aunque la mente todavía esté peleando con la realidad. Tiene el pelo suelto sobre el cojín, la manta medio torcida y una mano apoyada sobre el estómago. El anillo brilla en su dedo y he de reconocer que todavía me cuesta acostumbrarme a verlo. No porque me sorprenda que haya dicho que sí, sino porque verlo en su mano convierte algo que hasta hace unos días solo era una posibilidad, en una escena concreta que existe delante de mí.

Mi hija respira contra mi cuello, Rachel duerme en el sofá y la casa huele a pañales y comida recalentada. Durante años pensé que la palabra «hogar» era un concepto publicitario inventado para vender sofás. Sin embargo, ahora estoy aquí, caminando en círculos por un salón lleno de ropa diminuta, y me doy cuenta de que esto es exactamente eso, un hogar.

El teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón y lo saco con cuidado, intentando no mover demasiado el brazo en el que Mia se duerme a pierna suelta.

Mason:
¿Sigues vivo?

Lo miro un segundo y respondo con una mano.

Lucke:
He cambiado pañales…
Soy un superviviente del infierno.

El teléfono vibra casi al instante.

Mason:
Voy para allá.

El timbre suena antes de que tenga tiempo de plantearme si Mason hablaba en serio. Mia se mueve ligeramente contra mi hombro.

—No —murmuro en voz baja—. Ni se te ocurra.

El timbre vuelve a sonar y Rachel abre un ojo desde el sofá con la expresión ligeramente homicida de alguien que ha dormido exactamente veintitrés minutos.

—Si eso es un repartidor —murmura— dile que vuelva el siglo que viene.

—No es un repartidor.

—Entonces finge que no estamos.

Otro timbrazo y Rachel se incorpora un poco más.

—Lucke.

—¿Sí?

—Dile a quien sea que está muerto.

—Anotado.

Camino hacia la puerta con Mia todavía apoyada sobre mi hombro. Abro con cuidado y la escena que aparece al otro lado es exactamente la que esperaba: Nora entra primero cargando con dos bolsas enormes de comida y una caja que parece contener algo peligroso. Mason aparece detrás de ella con cara de alguien que sabe que esta situación no es su culpa.

—Traemos suministros —anuncia Nora.

—Traéis ruido —respondo.

Nora mira a Mia con ternura y baja inmediatamente el volumen de su voz.

—Traemos suministros silenciosos.

—Eso no existe —susurro.

—Claro que sí.

Mason levanta unas cajas

—¡Y pizzas recién hechas! —exclama sonriente.

—Eso no es silencioso.

—Pero sí necesario —responde ahora a media voz.

Rachel se incorpora en el sofá justo cuando Nora entra en el salón y durante un segundo las dos se miran.

—Si habéis venido a decir que esto es precioso y milagroso, podéis iros —les dice a los recién llegados pasándose una mano por el pelo.

Nora deja las bolsas sobre la mesa.

—He venido a ver el anillo —le contesta con convicción.

Rachel levanta inmediatamente la mano.

—Ni hablar.

—Racheeeeeeeeel, enséñamelo —le exige Nora.

Rachel se acomoda contra el respaldo del sofá con una expresión teatral.

—Este anillo es un ser vivo.

Nora parpadea incrédula.

—¿Perdón?

—Necesita privacidad.

Mason se ríe y Rachel le apunta con el dedo.

—Tú tampoco.

Nora se cruza de brazos.

—He esperado años para este momento y no pienso moverme de aquí hasta que lo vea —le dice mirando a Rachel fijamente.

—Pues sigue esperando.

—No seas cruel.

—No lo soy.

Rachel mira su mano.

—Solo soy protectora.

Mason se acerca un poco más a la mesa, observando el caos que impera en toda la casa con una mezcla de fascinación y respeto.

—Esto parece una zona de guerra.

—Porque lo es —respondo con convicción.

Nora me mira con una sonrisa cómplice.

—Así que al final ha dicho que sí.

Rachel se encoge de hombros.

—He tomado una decisión.

—Eso suena menos romántico.

—Eso es porque soy una persona seria.

Nora levanta una ceja.

—¿Tú?

—Sí.

—Rachel.

—Exacto.

Mason y Nora se miran un segundo y él rompe el momento.

—Tenemos que hacer una fiesta.

Rachel lo mira con horror.

—Ni se te ocurra.

—Para celebrar a Mia.

—Mason —le dice Rachel.

—Y el compromiso —añade Nora emocionada.

—Mason —añado ahora yo

—Y el hecho de que Lucke sigue vivo.

—Mason —insiste Rachel.

—Dentro de unos días —aclara Nora.

Rachel suspira, aliviada.

—¡No puedo creer que estéis organizando cosas en mi casa sin tener en cuenta mi opinión! —. Resopla.

—Es por tu bien —dice Nora.

Rachel mira el anillo y luego a todos.

—Sois insoportables —sentencia Rachel.

Yo observo la escena desde la cocina y veo a Rachel discutiendo, Nora provocando y Mason disfrutando del caos. Y tengo la sensación de que Rachel no parece estar defendiéndose de nada, sino que simplemente está brillando y no intentando escapar y eso me deja más tranquilo de lo que pensaba que algo así podría dejarme.

Después de eso, la casa tarda casi media hora en recuperar la calma. Nora habla demasiado incluso cuando intenta hablar en voz

baja, Mason se dedica a inspeccionar la cocina con la curiosidad de alguien que considera fascinante cualquier desastre del tipo que sea y Rachel participa en la conversación con su habitual humor afilado, aunque ahora me parece menos defensivo, como si el hecho de haber dicho que sí le hubiera quitado un peso invisible de los hombros.

Mia termina en brazos de Nora durante un par de minutos, lo suficiente para que Rachel proteste por la forma en que la sostiene y para que Mason anuncie solemnemente que la niña tiene una expresión de absoluto desprecio hacia los adultos que la rodean.

Después de un rato se marchan, pero primero Nora deja instrucciones sobre comida en la nevera, Mason promete que la fiesta se hará «cuando Rachel deje de amenazar a la gente con objetos domésticos» y ambos desaparecen del apartamento con la satisfacción evidente de quienes creen haber cumplido una misión social importante.

Cuando la puerta se cierra, la casa vuelve a ese silencio extraño que se instala cuando una visita ruidosa se marcha y escucho a Rachel suspirar desde el sofá.

—No puedo creer que hayan intentado organizar una fiesta en mi casa.

—No es tu casa.

Rachel levanta una ceja.

—¿Perdón?

—Es nuestra casa.

Rachel me mira unos segundos.

—Eso suena sospechosamente adulto.

—Porque lo es.

Rachel se levanta del sofá y camina hacia la cocina para empezar a recoger las bolsas que Nora ha dejado abiertas sobre la mesa y yo me acerco también.

Durante unos minutos nos movemos por la cocina en una coreografía improvisada que ya empieza a resultarnos familiar: yo guardo cosas en la nevera, ella tira envoltorios y ambos intentamos no hacer demasiado ruido porque Mia podría decidir que ha dormido suficiente por hoy.

Rachel coge una caja de pizza.

—Esto está frío ya…—resopla.

—Da igual… sigue siendo pizza.

—Sigue siendo triste.

—Sigue siendo comida.

Rachel suspira.

—Tu capacidad para aceptar la decadencia culinaria es preocupante —dice dejando la caja sobre la mesa.

Durante un momento nos quedamos uno frente al otro en medio de la cocina.

—Esto ha sido raro —añade apoyando las manos sobre la encimera.

—¿Qué parte?

—Cuando Nora ha actuado como si estuviéramos en una comedia romántica.

—¿No lo estamos? —pregunto divertido.

Rachel levanta una ceja.

—Lucke, no te pongas irónico conmigo ahora.

—Estoy siendo sincero.

Rachel me observa y por un segundo pienso que va a hacer una broma para cambiar de tema, pero no lo hace.

—Gracias por no salir corriendo —dice.

Su frase me sorprende.

—No era yo el que iba a huir.

Rachel se encoge de hombros.

—La gente huye cuando las cosas se complican.

—Esto no es complicarse.

Rachel me mira.

—Ah, ¿no?

—No.

Rachel cruza los brazos.

—Hemos tenido una hija.

—Correcto.

—Me has pedido que me case contigo.

—Correcto.

—Mi mejor amiga quiere organizar una fiesta.

—Eso sí es preocupante.

Rachel resopla.

—Esto es una locura.

Me apoyo contra la encimera frente a ella.

—Nunca ha sido sencillo.

Rachel levanta la mirada hacia mí.

—Eso no ayuda.

—Nunca ha sido sencillo —repito—. Solo… ha sido.

Rachel se queda quieta y callada durante unos segundos. Pero la conozco lo suficiente para saber que su mente está buscando una respuesta ingeniosa para rebajar el peso de su frase.

—¿Vas a ponerte romántico? —pregunta finalmente inclinando la cabeza.

—No —Rachel espera sin dejar de mirarme—. Solo voy a decirte la verdad.

Rachel arquea una ceja.

—Eso suena peor —resopla.

—Me quedo.

La frase no necesita que añada nada más y Rachel sigue mirándome después de que diga «me quedo». Durante todo este tiempo, ha tenido la costumbre de desmontar cualquier momento serio con una broma rápida, un comentario lleno de sarcasmo o un cambio de tema que obligara a todo el mundo a retroceder un paso. Sin embargo, esta vez no lo hace. Se limita a inclinar la cabeza ligeramente hacia un lado, observándome con una mezcla de curiosidad y cansancio que le aparece en su gesto cuando está demasiado cerca de algo que le resulta importante.

—Eso suena sospechosamente definitivo.

—Porque lo es.

Rachel deja escapar una pequeña exhalación.

—No me lo pongas fácil.

—Nunca lo ha sido.

Rachel se queda quieta un segundo y luego da un paso hacia mí. Se apoya en mi pecho, justo sobre el corazón, como si necesitara comprobar que sigo aquí de verdad.

—Sigues teniendo la costumbre de aparecer en el momento equivocado.

—Siempre he tenido mal *timing*.

Rachel levanta la mirada.

—Eso no es *timing*.

—¿Entonces qué es?

Rachel tarda un instante en responderme.

—Persistencia.

Mi mano encuentra su cintura de manera casi automática, como si mi cuerpo hubiera decidido hace tiempo que ese lugar le pertenece.

—Esto sigue siendo una locura —murmura.

—Sí.

—No sé si sabes en qué te has metido.

—Tengo una idea aproximada.

Rachel levanta una ceja.

—Ese optimismo es peligroso.

—Solo es una elección.

Rachel se queda mirándome unos segundos y luego me besa. Sus dedos se deslizan por mi cuello mientras la otra mano se aferra a mi camiseta. Yo la acerco más contra mí con calma y Rachel respira contra mi boca.

—Sigues siendo insoportablemente tranquilo.

—Eso te gusta.

—Me irrita.

—Eso también te gusta.

Suelta una pequeña carcajada contra mis labios antes de besarme otra vez. Sus manos se deslizan por mi espalda mientras el resto del mundo parece reducirse a un espacio muy pequeño entre los dos. Cuando se separa, su frente se queda apoyada contra la mía.

—No me dejes ir.

Mi mano se mueve por su espalda con suavidad, para mantenerla cerca.

—No pienso hacerlo

Rachel cierra los ojos un segundo y respira y durante ese instante todo parece encajar con una naturalidad que nunca había

imaginado posible.

El llanto llega exactamente en el peor momento. No es un sonido tímido ni un aviso suave de que alguien empieza a despertarse. Es un llanto decidido, con la intensidad de quien acaba de recordar que el mundo existe y exige atención inmediata. Rachel abre los ojos y me mira. Durante medio segundo parece debatirse entre dos opciones muy claras: ignorar el sonido o fingir que no lo ha oído, pero el llanto aumenta de volumen.

Rachel deja caer la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que todavía tiene algo de respiración acelerada.

—Perfecto —murmura—. Nuestro sentido del *timing* familiar es impecable.

Me levanto sin protestar.

—Ya sabes que yo y el *timing* no nos llevamos muy bien —le respondo riendo.

Rachel me observa mientras cruzo el salón.

—Lucke.

Me detengo en la puerta.

—¿Sí?

Rachel me mira con la cara todavía ligeramente sonrojada. El anillo brilla en su mano cuando levanta un poco los dedos para mirarlo.

—Esto sigue siendo raro.

—Lo sé.

—Y probablemente lo seguirá siendo.

—Y tanto que sí.

Rachel me mira unos segundos más y luego asiente para sí misma con una sonrisa pequeña, satisfecha.

—Bien.

Voy hasta la cuna, donde me encuentro con Mia que protesta con la convicción absoluta de alguien que considera que el mundo ha tardado demasiado en atenderla. La levanto con cuidado y en cuanto está apoyada en mi pecho el llanto se transforma en un murmullo indignado.

Regreso hacia el salón y veo que Rachel está en el sofá apoyada sobre un codo, mirándonos. Hay algo tranquilo en su

expresión. No es la mirada de alguien que se pregunta qué va a pasar, sino la de alguien que ha decidido quedarse para verlo.
Durante mucho tiempo pensé que la vida tenía que seguir un plan, en el que debían darse unos pasos y tomar unas decisiones para vivir los momentos correctos. Sin embargo, esto
empezó sin nada de eso: sin plan, sin orden y sin garantías.

Mia suspira contra mi hombro y Rachel sonríe desde donde está y de repente tengo la sensación de que todo parece estar exactamente donde tiene que estar, porque lo que empezó sin plan se convirtió en elección y yo ya no sé, ni quiero vivir de otra manera.

Epílogo
Rachel

Las fiestas improvisadas tienen algo sospechosamente optimista, porque suelen empezar con alguien diciendo «vamos a tomar algo rápido» y terminan con diez personas hablando a la vez, una mesa llena de comida y un nivel de alcohol que sugiere que las decisiones responsables abandonaron la casa hace rato. Cuando Nora me escribió por la tarde para decir «venid a casa, Lucke y yo hemos pensado que vamos a organizar nosotros la fiesta para celebrar que Mia ha nacido. Vosotros estáis demasiado liados», imaginé que sería una fiesta pequeña e íntima. Sin embargo, en cuanto llegamos a su puerta con Mia apoyada contra mi pecho y Lucke con una bolsa de cosas de bebé colgada del hombro, me doy cuenta de que mi amiga ha interpretado la palabra «fiesta» como una excusa para reunir a media ciudad alrededor de un sofá, abrir botellas y bautizar el evento en honor a Mía con un nombre ambiguo que podría significar cualquier cosa.

—¡¡¡Bienvenida, Mia!!! —anuncia Nora al abrir la puerta con una copa de champán en la mano y la expresión satisfecha propia de quien está disfrutando demasiado de su propia idea.

—Esto parece más bien «no sé qué celebramos, pero hay alcohol» —respondo mientras cruzo el umbral.

—Las dos cosas pueden convivir perfectamente —contesta ella con solemnidad.

Cuando entramos al salón y la escena me arranca una sonrisa inmediata, porque el lugar tiene exactamente el aspecto caótico y acogedor de una reunión que empieza a crecer sin control: alguien ha movido muebles para hacer sitio, hay platos repartidos por la mesa como si una pequeña tormenta gastronómica hubiese pasado por allí y Mason circula entre la cocina y el salón con la concentración de un hombre, que cree que su misión social consiste en mantener llenas las copas de los demás.

—Mirad quién ha llegado —anuncia Nora—. Nuestra madre más elegante.

Bajo la vista hacia mi chándal gris, mis zapatillas cómodas y suelto un resoplido sin querer pensar en los pelos de loca que debo llevar.

—Entro como una reina —digo con gravedad—. Una reina que ha dormido cuarenta minutos seguidos en las dos últimas semanas y considera eso una victoria.

—Eso cuenta como lujo extremo —responde Mason desde la cocina mientras levanta una botella.

Lucke entra detrás de mí y cierra la puerta con la tranquilidad de alguien que parece moverse con absoluta naturalidad incluso dentro de una fiesta que no ha planeado. Coge a Mia y se la pone en el portabebés, con una mano apoyada sobre su espalda diminuta para mantenerla cómoda, mientras la niña duerme con la serenidad absoluta de quien no tiene ni la menor idea de que su presencia ha desencadenado esta especie de celebración que mezcla amigos, alcohol y conversaciones cruzadas.

Nora se queda mirándolo unos segundos.

—Esto debería estar prohibido.

—¿El qué? —pregunta Mason.

—Lucke con el bebé. Es demasiado atractivo para haberse convertido ya en padre… —resopla.

—Te recuerdo que estoy aquí —le digo.

—Tú también eres atractiva —responde sin pestañear—. Pero él tiene un bebé.

—Eso inclina la balanza —añade Mason.

Lucke se limita a encogerse de hombros con su habitual calma, que a veces me resulta sospechosa y otras profundamente tranquilizadora. Por mi parte, me dejo caer en el sofá con un suspiro, acepto la copa que aparece en mi mano sin que recuerde haberla pedido y durante unos minutos disfruto de la agradable mezcla de conversación, comida y ruido suave que me rodea.

Naturalmente, la paz dura exactamente lo que tarda alguien en mencionar la palabra «crianza». Una mujer que conozco vagamente, amiga de Nora y claramente convencida de que ha leído

suficientes artículos en internet como para convertirse en autoridad moral sobre cualquier bebé del hemisferio occidental, se sienta a mi lado, observa a Mia dormida en el portabebés y adopta ese tono dulce que la gente utiliza justo antes de decir algo que debería haberse quedado en su cabeza.

—¿La lactancia va bien?

—Sobrevivimos las dos —respondo con tranquilidad—. Considero que es un buen punto de partida.

Ella sonríe con entusiasmo.

—Es que al principio hay que ser constante. Yo siempre digo que cuando el bebé llora, lo mejor es no cogerlo enseguida para que no se acostumbre demasiado a los brazos.

La miro, aunque no mucho, la verdad.

—Mi hija tiene un mes —sentencio.

—Por eso mismo.

—¿Sugieres que la deje llorar sola para que aprenda la lección? —le pregunto a punto de que los ojos se me salgan de las cuencas.

Nora aparece en ese momento con una bandeja de comida y una sonrisa diplomática que solo utiliza en situaciones de emergencia como esta.

—Rachel tiene un enfoque muy personal de la maternidad.

—Rachel tiene sentido común —corrijo.

Mason observa la escena desde el sillón con una satisfacción que ni siquiera intenta disimular.

—Esto es entretenimiento premium —dice con una sonrisa satisfecha.

La mujer insiste con una valentía totalmente admirable.

—Las madres modernas a veces…

—Cuidado —la interrumpo con amabilidad peligrosa—. Si terminas esa frase, Mason va a servirse otra copa para disfrutar mejor del espectáculo y Nora va a tener que ejercer de mediadora.

—Confirmo ambas posibilidades —dice Mason alzando su vaso como si hiciera un brindis.

Lucke, que sigue balanceando a Mia en el portabebés, interviene desde el otro lado del salón.

—Rachel está siendo sorprendentemente amable —añade sin elevar demasiado la voz.

La conversación termina poco después y la mujer se levanta con una excusa que incluye la palabra cocina, pero que yo no me esfuerzo en escuchar. Nora suspira aliviada.

—Podrías haber sido más suave.

—He sido terciopelo con uñas —sonrío satisfecha.

—Eso no es una categoría.

—Debería serlo.

Durante unos minutos el ambiente vuelve a relajarse y la fiesta recupera su ritmo natural. Las conversaciones se dispersan, Mason abre otra botella y Lucke sigue caminando por el salón con Mia dormida contra su pecho con la serenidad de alguien que parece haber nacido sabiendo exactamente cómo sostener un bebé.

La puerta del pasillo se abre entonces y aparece una chica joven con el pelo recogido en una coleta alta, una cazadora de piel y una niña pequeña agarrada a su mano. La niña debe de tener unos tres años, lleva un abrigo amarillo y observa el salón con la prudencia propia de quien evalúa si el lugar es digno de su confianza.

Lucke levanta la vista en ese momento.

—Sylvia.

—Hola —le responde la chica sonriente y tardo un segundo en darme cuenta de quién es.

—Mason, ¿es tu hermana? —le pregunto.

—Sí, es mi hermana pequeña.

—¡Encantada de volver a verte! Tengo lagunas de la boda de tu cuñada y tu hermano… —le digo acercándome a ella para saludarla con una sonrisa cómplice.

La niña se esconde ligeramente detrás de Sylvia mientras otro hombre aparece tras ellas. Reconozco a Harry, amigo y compañero de trabajo de Lucke y amigo también de Mason, aunque hoy tiene una expresión distinta y más cansada de lo que recordaba.

—Perdonad el retraso —dice—. Hazel no quería ponerse los zapatos.

La niña levanta la vista al oír su nombre y se esconde detrás de Sylvia otra vez y veo que Lucke observa la escena con interés.

—¿Está tranquila con ella?

Harry frunce ligeramente el ceño.

—Eso es lo raro. Hazel no suele acercarse a desconocidos.

Hazel ignora la conversación adulta y le enseña a Sylvia algo diminuto que parece una pulsera de plástico.

—Son dragones —explica mientras Sylvia asiente con absoluta seriedad.

—Los dragones siempre ayudan —le responde y Harry suelta una pequeña risa cansada.

—Llevo semanas buscando una canguro. Mi madre se ha roto la cadera y no puede ayudarme durante unos meses.

Nora y Mason intercambian una mirada que conozco demasiado bien y Harry se vuelve hacia Sylvia.

—No sé si te interesaría algo así. Cuidarla algunas tardes… quizá más horas algunos días.

Sylvia no responde enseguida y se limita a mirar a Hazel, que sigue aferrada a su mano.

—Podríamos hablarlo —dice finalmente.

Harry asiente demasiado rápido para alguien que intenta parecer tranquilo. Desde el sofá observo la escena y tengo la sensación de estar viendo el principio de algo que todavía no sabe que va a complicarse muchísimo.

Lucke se acerca a mí y se queda de pie detrás del sofá con Mia dormida contra su pecho.

—No empieces —murmura.

—No he dicho nada.

—Lo estás pensando… Te veo venir.

—Sylvia tiene veintitrés años.

—Lo sé.

—Él tiene treinta y tres y una hija que acaba de elegirla en tres minutos.

Lucke suspira y Nora aparece con una copa para Lucke y para mí.

—Esto tiene muchísimo potencial.

Mason levanta la suya.

—Definitivamente esto es entretenimiento premium.

Mia se mueve ligeramente contra el pecho de Lucke y él la acomoda con una mano mientras yo observo el salón lleno de gente, de conversaciones y de historias que empiezan sin que nadie lo haya planeado.

Durante años pensé que una vida ordenada era la única forma sensata de vivir: decisiones calculadas, caminos claros y sin ninguna sorpresa capaz de desmontar lo que ya estaba construido.

Miro a Lucke, a mí y al caos que hay dentro de esta casa llena de gente y me entra la risa.

—Nunca quise una vida ordenada —digo alzando mi copa.

Lucke arquea una ceja.

—Menos mal… —añade él arqueando una ceja y al ver su gesto se me escapa una carcajada.

Nota de la autora

Querida lectora:

Gracias por haber llegado hasta aquí y regalarle a esta historia algo tan valioso como tu tiempo. Entre todos los libros que esperan en una lista de lectura, que hayas elegido acompañar a Rachel, a Lucke y a esa pequeña vida que llegó para poner su mundo patas arriba significa mucho más de lo que imaginas para mí.

Esta es una historia sobre muchas cosas: sobre decisiones inesperadas, sobre aprender a confiar cuando lo fácil sería marcharse, y sobre descubrir que a veces el amor no aparece como lo habíamos planeado… pero sí exactamente como lo necesitábamos.

Ojalá, mientras leías, hayas sonreído en algún momento, hayas sentido un pequeño nudo en el pecho en otros, o incluso hayas querido sacudir a alguno de los dos protagonistas cuando se empeñaban en complicarlo todo más de la cuenta. Si esta historia ha conseguido acompañarte durante unas horas, hacerte suspirar un poco o simplemente regalarte un rato de evasión, entonces ya ha cumplido su propósito.

Si te apetece —y solo si te nace— dejar una opinión en Amazon, recomendar el libro o hablar de él en tus redes, es una de las formas más bonitas de apoyar mi trabajo. Cada reseña, mensaje y recomendación me ayudan muchísimo más de lo que parece y hacen posible que pueda seguir escribiendo nuevas historias.

Gracias por leer mis novelas y por formar parte de este pequeño universo de personajes imperfectos que, a pesar de todo, siempre acaban encontrando el camino de vuelta.

Con cariño,

Rosie Promise

Esto es para ti

Si te ha gustado esta novela, te animo a que leas la historia de Sylvia y Harry, que se titula:

Guía rápida para no enamorarte de un padre soltero

Comedia romántica de gruñón irresistible, niñera caótica y familia inesperada

«Todo empezó con una niña de tres años, un dragón imaginario y un padre gruñón que estaba convencido de que yo iba a arruinar su vida… Puede que tuviera razón».

Harry Montgomery tiene tres reglas muy claras:

1. Mantener su vida bajo control.

2. Proteger a su hija.

3. No depender de nadie.

Durante tres años lo ha conseguido hasta que aparece **Sylvia Green**.

Sylvia solo iba a quedarse unos días mientras Harry encontraba una niñera de verdad. Pero **Hazel**, la hija de tres años de Harry, ya ha tomado una decisión muy seria: **Sylvia se queda.** Y cuando una

niña que cree en dragones decide algo, discutir es completamente inútil.

Entre desayunos que terminan cubiertos de harina, cuentos improvisados sobre dragones y un padre gruñón desesperado por mantener el orden en su casa, Sylvia empieza a descubrir que **la vida perfectamente organizada de Harry Montgomery no es tan perfecta** como él quiere aparentar.

El verdadero problema para Harry no es que Sylvia altere su rutina, ni siquiera que su hija la adore. El verdadero problema es que, poco a poco, **empieza a sentirse peligrosamente bien cuando Sylvia está cerca.**

Pero **Harry Montgomery ya ha aprendido una lección muy dolorosa**: cuando te acostumbras a una familia… perderla puede romperte por completo y Harry no piensa volver a pasar por eso.

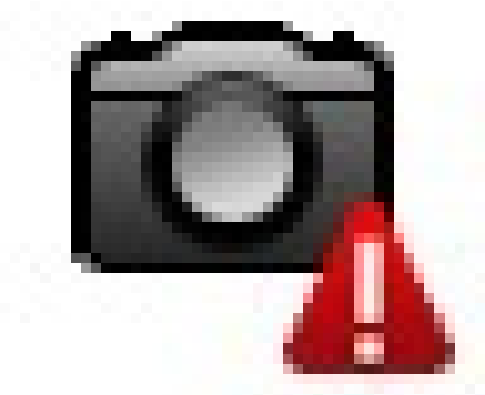
Guía rápida para no enamorarte de un padre soltero es una **comedia romántica divertida, tierna y adictiva** sobre un **gruñón irresistible**, una **niñera** caótica y una **niña de tres años** que está convencida de que **el amor es mucho más sencillo de lo que los adultos creen.**

Esta es la tercera entrega de la **serie Compromisos imperfectos**, una serie de **historias auto conclusivas**, perfectas para **disfrutar y enamorarte**.

¿Qué vas a encontrar en esta historia?

- Gruñón irresistible
- Niñera caótica
- Niña adorable que cree en dragones
- Convivencia forzada
- Familia encontrada
- Grumpy x sunshine
- Romance tierno y divertido
- Final feliz

Empieza a leerla aquí.



Encuéntrame aquí

En mi newsletter: Rosie Promise

Instagram: @rosiepromise.escritora

TikTok: @rosiepromise.escritora

Facebook: Rosie Promise

En mi mail: rosiepromise.escritora@gmail.com
